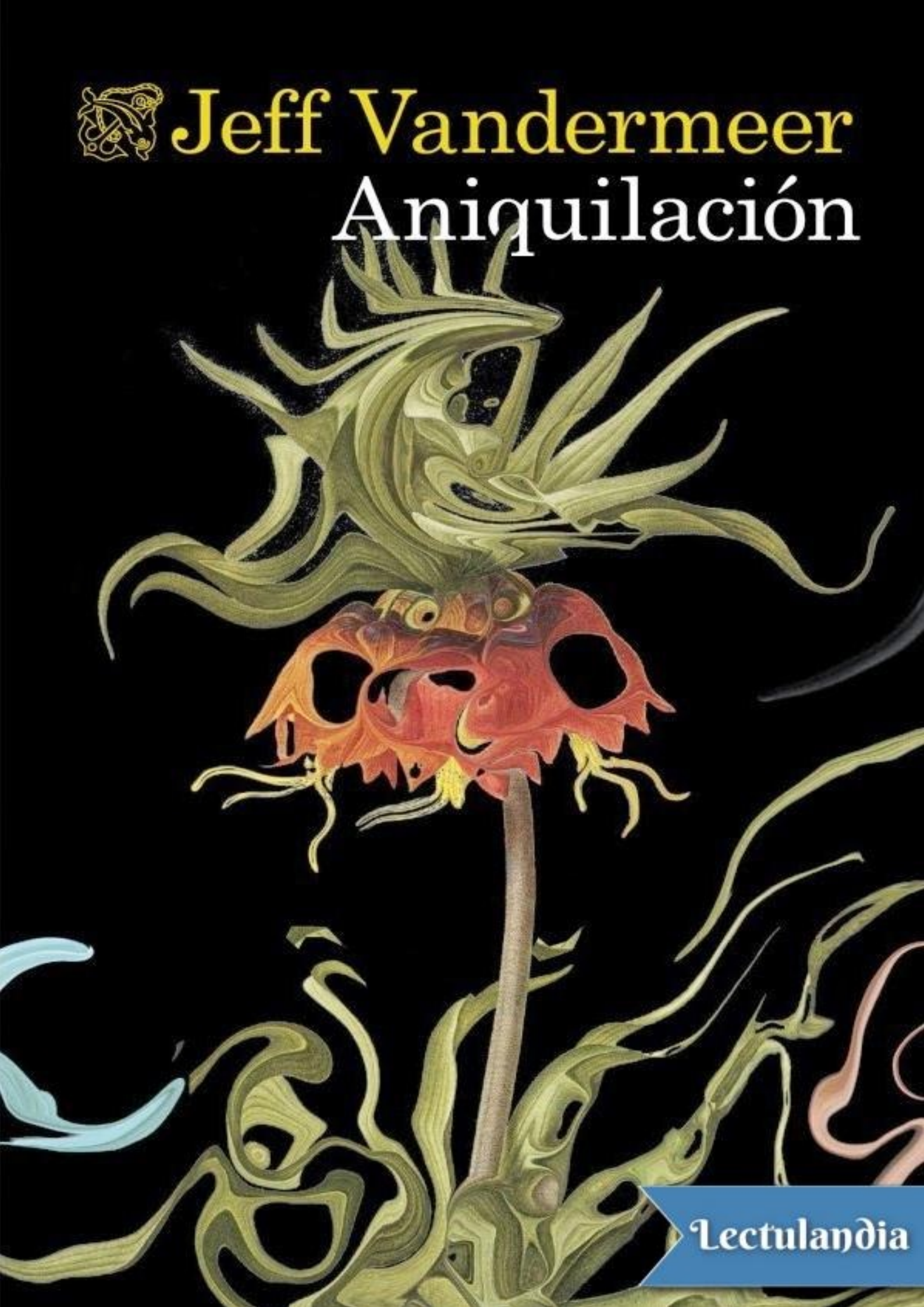
Jeff Vandermeer

Aniquilación



Lectulandia

En un futuro no determinado, el Área X es un lugar remoto y escondido declarado zona de desastre ambiental desde hace décadas. La naturaleza salvaje ha conquistado el lugar y su acceso está prohibido. La agencia estatal Southern Reach ha enviado diversas expediciones pero casi siempre han fracasado: todos los miembros de una expedición se suicidaron; otros enloquecieron y acabaron matándose entre sí, y los integrantes de la última expedición regresaron convertidos en sombras de lo que un día fueron.

Ésta es la expedición número doce. El grupo está compuesto por cuatro mujeres: una antropóloga, una topógrafa, una psicóloga y la narradora, una bióloga. Su misión es cartografiar el terreno y recolectar muestras, anotar todas sus observaciones tanto de su entorno como de sus compañeras. Pronto descubren una gran anomalía geográfica y formas de vida más allá de todo entendimiento. Mientras se enfrentan a una naturaleza tan bella como claustrofóbica, el pasado y los secretos con los que cruzaron la frontera se vuelven cada vez más amenazantes.

Aniquilación es el primer volumen de la Trilogía Southern Reach, una serie que crea un mundo como nunca has imaginado y que nos enfrenta al extraño que se esconde dentro de nosotros mismos.

Lectulandia

Jeff VanderMeer

Aniquilación

Trilogía Southern Reach - 1

ePub r1.2
17ramsor 12.12.14

Título original: *Annihilation*
Jeff VanderMeer, 2014
Traducción: Isabel Margelí

Editor digital: 17ramsor
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

Para Ann

01: Iniciación

La torre, que en principio no debía estar ahí, penetra en el suelo justo antes de que el bosque de pinos negros empiece a dar paso a la marisma, y luego a los juncos y a los árboles torcidos por el viento de los llanos pantanosos. Más allá de estos y de los canales naturales están el océano y, algo más lejos siguiendo la costa, un faro deshabitado. Toda esta parte del territorio llevaba décadas abandonada, por motivos que cuesta referir. Nuestra expedición era la primera que se adentraba en el Área X desde hacía más de dos años; buena parte del equipo de nuestros predecesores se había oxidado y sus tiendas y refugios eran poco más que caparazones. No creo que nadie viera la amenaza contemplando aquel paisaje inalterado.

Éramos cuatro: una bióloga, una antropóloga, una topógrafa y una psicóloga. Yo era la bióloga. En esa ocasión, todo mujeres, elegidas en función de las variables que regían el envío de las expediciones. La psicóloga, mayor que las demás, ejercía de líder. A la hora de cruzar la frontera nos había hipnotizado a todas para asegurarse de que mantuviéramos la calma. Después de cruzarla, alcanzar la costa nos llevó cuatro días de dura marcha.

La misión era sencilla: proseguir la investigación gubernamental en la misteriosa Área X, abriéndonos camino poco a poco a partir del campamento base.

La expedición podía durar días, meses o incluso años, en función de varios incentivos y condiciones. Llevábamos provisiones para seis meses, y el equivalente a otros dos años se encontraba ya almacenado en el campamento base. Además, nos habían asegurado que, en caso necesario, podríamos vivir de la tierra sin temor. Todos nuestros alimentos estaban ahumados, enlatados o empaquetados. Nuestra herramienta más sofisticada consistía en un aparato de medición que nos facilitaron a todas y que llevábamos colgando de una correa del cinturón: un pequeño rectángulo de metal negro con un orificio acristalado en el centro. Si en el orificio se encendía una luz roja, disponíamos de treinta minutos para retirarnos a «un lugar seguro». No nos dijeron qué medía el aparato ni por qué debíamos asustarnos si se ponía rojo. Pasadas las primeras horas, me había acostumbrado a él de tal modo que ya no volví a mirarlo. Teníamos prohibidos los relojes y las brújulas.

Al llegar al campamento, nos dedicamos a sustituir el equipamiento obsoleto o dañado por el que habíamos llevado y montamos nuestras tiendas. Ya reconstruiríamos los cobertizos más adelante, cuando nos asegurásemos de que el Área X no nos había afectado. Los miembros de la última expedición habían ido cayendo uno tras otro. Con el tiempo, habían vuelto junto a sus familias, así que, estrictamente hablando, no se desvanecieron. Tan solo desaparecieron del Área X y, por medios desconocidos, reaparecieron en el mundo del otro lado de la frontera. No pudieron describir los detalles de ese trayecto. Esta *transferencia* se había dado a lo

largo de un período de dieciocho meses y no era algo que hubieran experimentado expediciones previas. Pero existían otros fenómenos que también podían resultar en una «disolución prematura de expediciones», en palabras de nuestros superiores, por lo que había que comprobar nuestra resistencia en aquel lugar.

Además, debíamos aclimatarnos al medio. En el bosque próximo al campamento base podías encontrar osos negros o coyotes. De golpe podías oír un graznido y ver un martinete lanzarse de una rama y, distraída, pisar una serpiente venenosa, de las que había al menos seis variedades. Las ciénagas y los arroyos ocultaban enormes reptiles acuáticos, por lo que procurábamos no adentrarnos demasiado a la hora de recoger las muestras de agua. Con todo, estos aspectos del ecosistema no nos preocupaban demasiado. Había otros elementos que sí nos afectaban. Tiempo atrás, allí habían existido pueblos, y nos topábamos con signos fantasmagóricos de asentamientos humanos: barracas podridas de techos hundidos y rojizos, radios oxidados de ruedas de vagones medio enterradas en el suelo o el contorno, apenas visible, de lo que fueron recintos para ganado, convertidos en simples soportes para capas de hojarasca de pinos.

Aunque era mucho peor el grave y potente gemido del ocaso. El viento marino y el insólito silencio del interior menguaban nuestra capacidad de determinar su dirección, de modo que era como si el sonido se infiltrara en el agua oscura que empapaba los cipreses. Esa agua era tan negra que nos veíamos la cara en ella; rígida como el cristal, no se agitaba nunca, reflejando las barbas de musgo gris que cubrían dichos árboles. Mirando el océano entre esas zonas, solo se veía el agua negra, el gris de los troncos de ciprés y la lluvia constante e inmóvil del musgo que manaba. Solo se oía aquel gemido grave. Su efecto no se puede entender sin estar allí. Tampoco se puede entender la belleza de todo ello, y cuando contemplas la belleza en la desolación, algo cambia en tu interior. La desolación intenta colonizarte.

Como he señalado, encontramos la torre justo en el límite donde el bosque se anega para transformarse en marisma de agua salobre. Ocurrió el cuarto día tras llegar al campamento base, y para entonces ya estábamos bastante orientadas. No esperábamos encontrar nada allí, basándonos tanto en los mapas que habíamos llevado como en los documentos, manchados de polvareda y agua, que nuestros predecesores habían dejado tras de sí. Pero ahí estaba, rodeado de un cerco de maleza y oculto por el musgo caído hacia la izquierda del sendero: un bloque circular de piedra grisácea, como una mezcla de cemento y conchas molidas. El bloque en cuestión medía unos veinte metros de diámetro y se alzaba unos veinte centímetros del suelo. En la superficie no había nada grabado ni escrito que revelara en lo más mínimo su propósito o la identidad de sus creadores. Empezando en el norte exacto, una abertura rectangular practicada en la superficie del bloque mostraba una escalera que bajaba en espiral hacia la oscuridad. La entrada estaba cubierta por telas de araña

de seda dorada y los escombros de las lluvias, pero de abajo llegaba corriente de aire.

Al principio, solo yo lo vi como una torre. No sé por qué se me ocurrió la palabra «torre», teniendo en cuenta que perforaba la tierra. Habría sido más fácil considerarlo un búnker o una construcción sumergida. Sin embargo, en cuanto vi la escalera me acordé del faro de la costa y tuve una visión repentina de la última expedición desapareciendo miembro tras miembro y, después, del terreno moviéndose de un modo uniforme y preestablecido para dejar el faro en pie donde había estado siempre pero depositando esa parte subterránea del mismo lejos de la costa. Lo vi con pelos y señales estando todas allí y, pensándolo ahora, lo considero mi primer pensamiento irracional una vez alcanzado nuestro destino.

—Es imposible —dijo la topógrafa contemplando sus mapas.

Las densas sombras vespertinas la proyectaban como una oscuridad fría y volvían sus palabras más apremiantes de lo que habrían sido en otras circunstancias. El sol nos decía que pronto tendríamos que encender las linternas para interrogar lo imposible, aunque yo no habría tenido inconveniente en hacerlo en la oscuridad.

—Pero aquí está —dije—. A no ser que se trate de una alucinación en masa.

—El modelo arquitectónico es difícil de identificar —señaló la antropóloga—. Los materiales son ambiguos e indican origen local, pero no por fuerza construcción local. Si no entramos, no sabremos si es primitivo o moderno, o algo intermedio. Y no sé si me gustaría adivinar de cuándo es.

No había modo de informar a nuestros superiores sobre el descubrimiento. Una norma para las expediciones al Área X era no mantener contacto con el exterior, para evitar toda contaminación irrevocable. Además, disponíamos de pocas cosas que se ajustaran a la capacidad tecnológica de nuestro lugar de origen. No teníamos teléfonos móviles ni vía satélite, ni ordenadores, ni videocámaras, ni instrumentos de medición complejos, salvo esas cajitas negras tan raras que nos colgaban del cinturón. La falta de teléfonos móviles en particular hacía que a las demás el mundo real les pareciera muy distante; yo, en cambio, siempre había preferido vivir sin ellos. Como armas teníamos cuchillos, un contenedor candado y lleno de pistolas antiguas y un rifle de asalto, reacia concesión a los patrones de seguridad del momento.

Simplemente se esperaba que lleváramos un registro, como ese, en un diario, como ese: ligero de peso pero casi indestructible, con su papel resistente al agua, su cubierta flexible de color blanco y negro y sus líneas horizontales para escribir, con una línea roja a la izquierda para señalar el margen. Dichos diarios regresarían con nosotras o bien los recuperaría la siguiente expedición. Nos habían indicado que ofreciéramos el máximo contexto, de tal modo que cualquier profano en el Área X entendiera nuestros informes. También nos habían ordenado que no nos mostráramos las unas a las otras las anotaciones de los diarios: demasiada información compartida podía alterar nuestras observaciones, creían nuestros superiores. Pero yo sabía por

experiencia lo vano que es este propósito de eliminar todo sesgo. Nada que viva y respire es realmente objetivo, ni siquiera en estado de aislamiento, ni siquiera aunque lo único que poseyera al cerebro fuese el deseo autoinmolador de la verdad.

—Me emociona este descubrimiento —terció la psicóloga antes de que llegásemos a hablar más sobre la torre—. ¿También estáis emocionadas?

Jamás nos había preguntado eso en concreto. Durante la instrucción, tendió más a hacernos preguntas del tipo: «¿Crees que en una emergencia podrías mantener la calma?». Ya entonces, me había parecido como un mal actor representando un papel. De pronto, me resultaba aún más evidente, como si el hecho de ser nuestra líder la pusiera nerviosa por algún motivo.

—Sin duda, es emocionante… e inesperado —señalé, tratando de no burlarme y sin conseguirlo del todo.

Me sorprendió percibir un sentimiento de desasosiego creciente, sobre todo porque en mi imaginación, en mis sueños, este descubrimiento habría sido de lo más trivial. Antes de llegar a cruzar la frontera, me había imaginado muchísimas cosas: vastas ciudades, animales peculiares y una vez, estando enferma, un monstruo enorme que surgía de entre las olas para abalanzarse sobre nuestro campamento.

La topógrafa, por su parte, se limitó a encogerse de hombros sin contestar la pregunta de la psicóloga. La antropóloga asintió como si estuviera de acuerdo conmigo. La entrada a la torre, que conducía hacia abajo, ejercía una especie de presencia, como una superficie en blanco que nos permitía escribir de todo sobre ella. Una presencia que se manifestaba como una fiebre ligera que pesara sobre nosotras.

Diría los nombres de las otras tres si eso tuviera importancia, pero solo la topógrafa duraría más allá de un día o dos. Además, siempre nos disuadieron firmemente de utilizar nombres: teníamos que centrarnos en nuestro propósito y «dejar de lado todo lo personal». Los nombres pertenecían al lugar del que proveníamos, no a quienes éramos mientras estuviéramos insertadas en el Área X.

En origen, nuestra expedición era de cinco personas e incluía a una lingüista. Para alcanzar la frontera, tuvimos que meternos cada una en una sala distinta, blanca y brillante, y con una puerta en un extremo y una única silla metálica en el rincón. La silla presentaba orificios a los lados para correas; las implicaciones de este hecho daban un poco de mala espina, aunque a esas alturas yo ya estaba decidida a ir al Área X. Las instalaciones que albergaban esas salas se hallaban bajo el control de Southern Reach, la agencia clandestina del gobierno que gestionaba todas las cuestiones referentes al Área X.

Allí aguardamos mientras leíamos innumerables textos, y varias ráfagas de aire, algunas frías y otras calientes, nos presionaban desde unos conductos del techo. En un momento dado, la psicóloga nos visitó a cada una de nosotras, aunque no recuerdo qué nos dijimos. Después salimos por la puerta del extremo hacia una zona central de

preparación, con puertas dobles al final de un largo pasillo. La psicóloga nos recibió allí, pero la lingüista ya no volvió a aparecer.

—Se lo ha pensado mejor —nos dijo la psicóloga, anticipándose a nuestras preguntas con mirada firme—. Ha decidido quedarse.

Fue un pequeño golpe, aunque también era un alivio que no se tratara de otra: entre todas nuestras capacidades, en aquel momento las de la lingüista parecían las más prescindibles.

Al rato, la psicóloga dijo:

—Bien, despejad la mente.

Lo que significaba que empezaba el proceso de hipnosis para que pudiéramos cruzar la frontera. A continuación se hipnotizaría a sí misma, o algo parecido. Nos habían explicado que, al cruzar la frontera, debíamos tomar precauciones para que la mente no nos engañara: por lo visto, las alucinaciones eran algo habitual. Al menos fue lo que nos dijeron. Yo ya no sé qué era verdad. Nos habían ocultado la verdadera naturaleza de la frontera por motivos de seguridad; solo sabíamos que, a simple vista, era invisible.

Así pues, cuando «desperté» junto a las demás, llevábamos puesto el equipo completo, incluidas unas pesadas botas de marcha, veinte kilos de peso en mochilas y multitud de provisiones suplementarias colgando de los cinturones. Las tres nos tambaleamos y la antropóloga se cayó de rodillas al suelo, mientras la psicóloga esperaba con paciencia a que nos recuperásemos.

—Lo siento —dijo—. Es la entrada menos brusca que he logrado.

La topógrafa blasfemó y se la quedó mirando. Tenía un genio que debió de considerarse una cualidad. La antropóloga, en su estilo, se levantó sin protestar. Y yo, en el mío, estaba demasiado ocupada observando como para tomarme personalmente aquel despertar. Por ejemplo, advertí la crueldad de la sonrisa casi imperceptible en los labios de la psicóloga mientras nos veía pugnar por adaptarnos, con la antropóloga todavía flaqueando y disculpándose por ello. Más adelante comprendí que tal vez había malinterpretado su expresión: quizá era de sufrimiento o de autocompasión.

Nos encontrábamos en un camino de tierra lleno de guijarros, hojas muertas y agujas de pino húmedas al tacto, por las que trepaban hormigas de felpa y minúsculos escarabajos esmeralda. Los altos pinos alzaban a ambos lados la escamosa rugosidad de sus cortezas, y las sombras de las aves en vuelo evocaban líneas entre ellos. De tan fresco, el aire era un azote para los pulmones y estuvimos unos segundos esforzándonos por respirar, debido sobre todo a la sorpresa. Luego, tras señalar nuestra ubicación con un pedazo de tela roja atada a un árbol, empezamos a avanzar, rumbo a lo desconocido.

Si, por algún motivo, la psicóloga quedaba incapacitada para poder guiarnos hasta

el final de nuestra misión, teníamos órdenes de regresar y esperar la «extracción». Nadie explicó nunca qué forma de «extracción» tendría lugar, pero se deducía que nuestros superiores podían observar el punto de extracción desde la distancia, aunque estuviera dentro de la frontera. Nos ordenaron no mirar atrás a nuestra llegada, pero yo eché un vistazo de todos modos, cuando la psicóloga no se fijaba. No sé muy bien lo que vi. Era algo indefinido y nebuloso y ya muy por detrás de nosotras; tal vez un portal, o tal vez los ojos me engañaron. Tan solo la impresión súbita de un bloque de luz efervescente que se desvaneció de pronto.

Los motivos por los que me presenté voluntaria distaban mucho de los requisitos que cumplía para la expedición. Creo que me seleccionaron por mi especialización en medios en transición, pues este paraje en concreto sufría muchas transiciones, es decir, que albergaba una especial complejidad de ecosistemas. En pocos lugares se seguían encontrando hábitats donde, en el lapso de una caminata de diez o doce kilómetros, pasaras del bosque a los pantanos y a las marismas de agua salobre y a la playa. En el Área X, según tenía entendido, me encontraría formas de vida marina que se habían adaptado al agua dulce de baja salubridad y que, con marea baja, ascendían nadando por los canales naturales que formaban los juncos, para compartir el mismo medio que nutrias y ciervos. Si caminabas por la playa, acribillada de agujeros de cangrejos violinistas, podías ver en alguna ocasión un reptil gigante de agua dulce, pues también ellos se habían adaptado a su hábitat.

Sabía por qué nadie vivía en el Área X y que, si estaba virgen, era por ese motivo, pero fingí que no me acordaba. Decidí hacer como si me creyera que era un simple santuario de vida salvaje protegida, y nosotras unas senderistas que daba la casualidad de que éramos científicas. Lo cual era acertado en otro sentido: no sabíamos qué había ocurrido allí, qué continuaba ocurriendo, y cualquier teoría preconcebida afectaría a mi análisis de la prueba cuando la halláramos. Además, por mi parte, apenas me importaban las mentiras que me contara, porque mi existencia anterior en el mundo se había vuelto al menos tan vacía como el Área X. Sin nada a lo que agarrarme, necesitaba estar ahí. Respecto a las demás, ignoro qué se dijeron a sí mismas y no quise saberlo, pero creo que todas reivindicaban al menos cierto grado de curiosidad. La curiosidad podía ser una potente distracción.

Aquella noche hablamos de la torre, aunque las otras tres insistían en llamarla túnel. La responsabilidad del enfoque de nuestras investigaciones recaía en cada individuo, aunque la autoridad de la psicóloga describía un círculo amplio en torno a esas decisiones. Parte de los fundamentos de las expediciones consistían en dar a cada miembro cierta autonomía para decidir, lo que ayudaba a incrementar «la posibilidad de una variación significativa».

Este vago protocolo se enmarcaba en el contexto de las habilidades que teníamos por separado. Por ejemplo, aunque todas habíamos recibido armamento básico e

instrucción para la supervivencia, la topógrafa tenía mucha más experiencia médica y en armas de fuego que el resto de nosotras. La antropóloga también había sido arquitecta; de hecho, años atrás, había sobrevivido a un incendio en un edificio diseñado por ella, lo único realmente personal que averigüé sobre su vida. En cuanto a la psicóloga, lo ignorábamos casi todo sobre ella, pero me parece que todas le atribuíamos algún tipo de práctica en gestión.

La discusión sobre la torre era, en cierto sentido, la primera oportunidad de probar los límites de desacuerdo y de compromiso.

—Pienso que no deberíamos centrarnos en el túnel —señaló la antropóloga—. Antes deberíamos explorar más y volver a él más adelante, con los datos que hayamos recogido de nuestras investigaciones, faro incluido.

Qué predecible, aunque también profético, que la antropóloga intentara tomar una opción más cómoda y segura. Pese a que la idea de cartografiar se me hacía mecánica o repetitiva, no podía negar que ahí estaba la torre, de la que nada se sugería en ningún mapa.

A continuación habló la topógrafa:

—Creo que en este caso deberíamos descartar que el túnel sea algo invasivo o amenazador. Antes de seguir explorando. Si continuamos adelante, será como un enemigo en la retaguardia.

La topógrafa procedía del entorno militar, y entonces pude apreciar el valor de dicha experiencia. Yo pensaba que un topógrafo siempre sería partidario de continuar explorando, así que esta opinión pesó mucho.

—Estoy impaciente por explorar todos esos hábitats —dije—. Pero, en cierto sentido, puesto que no aparece en ningún mapa, el «túnel»… o torre… parece importante. O es una exclusión deliberada de nuestros mapas y por lo tanto se conoce, y eso ya dice mucho, o es algo nuevo que no estaba cuando llegó la expedición anterior.

La topógrafa me miró agradeciéndome el apoyo, pero mi postura no tenía nada que ver con echarle una mano a ella. La idea de una torre orientada hacia abajo me causaba sensaciones encontradas de vértigo y de fascinación por la estructura. No sabía decir qué parte ansiaba y cuál temía, y me venían a la mente imágenes de conchas de nautilos y otros patrones naturales en contraposición a saltos repentinos a lo desconocido desde un acantilado.

La psicóloga asintió, pareció sopesar las opiniones y anunció:

—¿Alguien tiene aunque sea un atisbo de sensación de querer marcharse?

Era una pregunta legítima, pero que, no obstante, desentonó. Las tres negamos con la cabeza.

—¿Y tú? —preguntó entonces la topógrafa—. ¿Qué opinas?

La psicóloga sonrió entre dientes, cosa que resultó rara. Pero seguro que sabía que

a cualquiera de nosotras podían haberle encargado observar sus propias reacciones a los estímulos. A lo mejor le divertía la idea de que hubieran elegido a una topógrafa, experta en la superficie de las cosas, antes que a una bióloga o a una antropóloga.

—Reconozco que en este momento siento una inquietud considerable. Pero no sé si es por el efecto del medio en conjunto o por la presencia del túnel. Personalmente, me gustaría descartar el túnel.

«Torre».

—Tres a uno —resumió la antropóloga, claramente aliviada de que se tomara la decisión por ella.

La topógrafa se limitó a encogerse de hombros. Tal vez yo me equivocara con el asunto de la curiosidad: la topógrafa no parecía tener curiosidad por nada.

—¿Aburrida? —le pregunté.

—Con ganas de seguir con esto —contestó, dirigiéndose al grupo como si yo hubiese hablado por todas.

Estábamos reunidas en la tienda comunitaria. Para entonces ya había oscurecido y pronto llegó el extraño lamento nocturno que, lo sabíamos, debía de responder a causas naturales pero, con todo, nos provocaba cierto escalofrío. Como si fuese la señal para dispersarse, cada cual regresó a su cuarto, a quedarse a solas con sus pensamientos. Yo tardé un rato en dormirme, mientras intentaba convertir la torre en un túnel o incluso en un pozo, pero fue en vano. En lo único que fui capaz de concentrarme fue en la pregunta: «¿Qué se esconde en su base?».

Durante la marcha desde la frontera hasta el campamento base, cerca de la costa, casi no habíamos experimentado nada fuera de lo normal. Los pájaros cantaban según lo previsto; los ciervos huían y sus colas blancas eran como puntos de exclamación en el verde y castaño del sotobosque; los mapaches, con sus patas arqueadas, se bamboleaban a su aire, ignorándonos. Como grupo, sentíamos el vértigo, diría yo, de estar libres después de tantos meses confinadas, entrenándonos y preparándonos. Mientras estuviéramos en aquel pasaje, en aquel espacio de transición, nada nos afectaría. No éramos lo que habíamos sido ni lo que seríamos una vez alcanzáramos nuestro destino.

El día antes de llegar al campamento, ese talante se vio brevemente sacudido por la aparición de un enorme jabalí delante de nosotras en el camino. Estaba tan lejos que al principio hasta con binóculos nos costó identificarlo. Pero esos animales, pese a ser cortos de vista, tienen un olfato milagroso, y empezó a cargar contra nosotras desde unos cien metros de distancia. Se acercó corriendo en estampida; aun así, tuvimos tiempo de pensar qué hacer, sacar los largos cuchillos y, en el caso de la topógrafa, el rifle automático. Se suponía que las balas detendrían a un cerdo salvaje de más de trescientos kilos, aunque tal vez no. Estábamos demasiado recelosas como para apartar la vista del animal, desempaquetar el estuche de pistolas del equipo y

abrir su cerrojo triple. No había tiempo para que la psicóloga preparase alguna sugestión hipnótica destinada a mantenernos concentradas y firmes; de hecho, lo único que se le ocurrió fue decir:

—¡No os acerquéis a él! ¡Que no os toque! —Mientras, el jabalí continuaba a la carga.

A la antropóloga le salió una risita nerviosa por lo absurdo de vivir una situación de emergencia que tardaba tanto en desarrollarse. La única que emprendió una acción directa fue la topógrafa, rodilla al suelo para apuntar mejor. Las órdenes recibidas incluían la útil directriz de «matar solo si estáis bajo amenaza de que os maten».

Yo continué observando por los binóculos y, a medida que el jabalí se acercaba, su rostro se volvió cada vez más extraño. Tenía los rasgos desfigurados, como si la bestia estuviera sufriendo un tormento interior extremo. Ni su hocico ni su cara larga y ancha tenían nada extraordinario; sin embargo, tuve la asombrosa percepción de alguna presencia por cómo su mirada parecía vuelta hacia dentro y su cabeza tiraba tercamente a la izquierda, como si llevara una rienda invisible. En sus ojos chispeaba una especie de electricidad que no pude interpretar como real, sino que la consideré fruto de mi mano, ya algo temblorosa, sobre los binóculos.

Fuera lo que fuese lo que consumía al jabalí, pronto consumió también sus ansias de atacarnos. Bruscamente viró a la izquierda, con lo que yo describiría como un gran grito de angustia, y se metió en la maleza. Cuando llegamos allí, el animal ya no estaba; solo dejó un rastro de tierra completamente revuelta.

Me pasé varias horas dando vueltas en la cabeza a posibles explicaciones de lo que había visto, como parásitos y otros polizones de naturaleza neurológica. Busqué teorías biológicas por entero racionales. Más tarde, el jabalí se acabó diluyendo en el entorno como todo lo que habíamos visto en la marcha desde la frontera, y yo volví a mirar hacia el futuro.

A la mañana siguiente de descubrir la torre nos levantamos temprano, desayunamos y apagamos la hoguera. El aire tenía un punto frío habitual en esa estación. La topógrafa abrió el alijo de armas y nos entregó un revólver a cada una. Ella se siguió reservando el rifle de asalto, que tenía la ventaja añadida de contar con una linterna debajo del cañón. No nos esperábamos tener que abrir tan pronto ese estuche y, aunque nadie protestó, percibí una nueva tensión entre nosotras. Sabíamos que algunos miembros de la segunda expedición al Área X se habían suicidado pegándose un tiro y que algunos de la tercera se habían disparado unos a otros. Hasta que varias expediciones subsiguientes no registraron víctimas, nuestros superiores no volvieron a proporcionar armas de fuego. La nuestra era la duodécima.

Así pues, las cuatro volvimos a la torre. Los rayos de sol caían moteados a través de musgos y hojas, creando archipiélagos de luz en la superficie llana de la entrada. Esta continuaba siendo anodina, inactiva, en absoluto funesta… y, aun así, requería

un acto de voluntad permanecer en torno a la torre, contemplando el punto de entrada. Me di cuenta de que la antropóloga comprobaba su caja negra y me alivió ver que no se encendía la luz roja: de haber ocurrido, tendríamos que haber abortado la expedición y pasar a otra cosa. Algo que yo no deseaba, pese a la punzada de temor.

—¿Cuánto creéis que desciende? —preguntó la antropóloga.

—Recordad que solo tenemos que fiarnos de nuestras mediciones —respondió la psicóloga frunciendo un poco el ceño—. Las mediciones no mienten. Esta estructura mide 18,7 metros de diámetro. Se alza 20,1 centímetros del suelo. La escalera parece haber sido colocada en el norte exacto o muy cerca, lo que tal vez nos diga algo sobre su creación, en un momento dado. Está hecha de piedra y coquina, no de metal ni ladrillo. Esto son hechos. Que no estuviera en los mapas solo significa que una tormenta puede haber dejado la entrada al descubierto.

La fe de la psicóloga en las mediciones y su racionalización de la ausencia de la torre en los mapas me parecieron extrañamente… ¿reconfortantes? Puede que su única intención fuese tranquilizarnos, aunque me gustaría creer que intentaba tranquilizarse a sí misma. Su posición de líder, sabiendo posiblemente más que nosotras, debía de ser complicada y solitaria.

—Espero que solo tenga unos dos metros de hondo y podamos seguir cartografiando —comentó la topógrafa procurando sonar despreocupada, pero entonces todas reconocimos la espectral expresión de «dos metros bajo tierra» y se impuso un silencio.

—Quiero deciros que no puedo dejar de pensar en esto como una torre —confesé —. No puedo verlo como un túnel.

Me pareció importante hacer la distinción antes del descenso, aunque eso influyera en su evaluación de mi estado mental. Yo veía una torre adentrándose en el suelo. Y la idea de estar en su cima me daba cierto vértigo.

Las tres se me quedaron mirando como si yo fuera el grito extraño del crepúsculo; al cabo de un momento, la psicóloga dijo a regañadientes:

—Si eso te ayuda a sentirte más cómoda, no le veo ningún mal.

Otra vez se hizo el silencio bajo las copas de los árboles. Un escarabajo subía en espiral hacia las ramas, dejando tras de sí átomos de polvo. Creo que todas comprendimos que apenas acabábamos de entrar realmente en el Área X.

—Entro yo la primera a ver qué hay ahí —dijo al fin la topógrafa, y nos alegramos de dejárselo a ella.

La escalera inicial bajaba muy empinada y estrecha, por lo que tuvo que adentrarse en la torre de espaldas. Mientras se agachaba para colocarse bien en la escalera, quitó las telas de araña con unos palos. Se tambaleó un poco, con el arma cruzada detrás y alzando la vista. Se había recogido el pelo y eso hacía que las líneas

de expresión de la cara le quedaran tensas y marcadas. ¿Se suponía que en ese momento teníamos que detenerla e idear otro plan? En todo caso, nadie se atrevió.

Con una sonrisa extrañamente satisfecha, casi como juzgándonos, la topógrafa descendió hasta que solo le vimos el rostro enmarcado en la penumbra de abajo; después, ni eso siquiera. Dejó un espacio vacío que me impactó, como si en realidad hubiera ocurrido lo contrario: como si un rostro hubiera surgido de pronto de la oscuridad. Ahogué un grito, lo que arrancó una dura mirada a la psicóloga. La antropóloga estaba demasiado ocupada mirando abajo como para advertir nada.

—¡¿Va todo bien?! —gritó la psicóloga a la topógrafa. Todo iba sobre ruedas hasta hacía un segundo. ¿Por qué iba a haber cambiado algo?

La topógrafa contestó con un gruñido áspero, como si coincidiera conmigo. Durante otro rato seguimos oyendo sus esfuerzos en los breves peldaños. Luego no se oyó nada; después, otro movimiento a un ritmo diferente, de modo que, por un aterrador instante, pareció que procediera de una segunda fuente. Pero entonces nos gritó:

—¡Despejado en este nivel!

«En este nivel». Algo en mi interior se excitó ante el hecho de que mi visión de una «torre» no quedase desmentida todavía.

Fue la señal para que yo descendiera junto a la antropóloga, mientras la psicóloga se quedaba vigilando.

—Ya es la hora —dijo esta, tan mecánicamente como si estuviéramos en un colegio y se acabara la clase.

Me invadió una emoción difícil de identificar y, por un instante, mi campo de visión se llenó de puntos negros. Seguí con tantas ganas a la antropóloga hacia la fría salubridad de aquel sitio, a través de los restos de telaraña y cascarones embalsamados de insectos, que casi la pisé. Mi última visión de la superficie: la psicóloga escudriñándome con el ceño fruncido y, en los árboles que tenía detrás, el azul del cielo casi cegador en contraste con los costados oscuros de la escalera.

Abajo, las sombras recorrían las paredes. La temperatura cayó y el sonido se volvió amortiguado; los suaves peldaños absorbían nuestras pisadas. A unos seis metros por debajo de la superficie, la estructura iba a dar a un nivel inferior. El techo medía unos dos metros y medio de altura, es decir, que unos tres metros y medio de piedra descansaban sobre nuestras cabezas. La linterna del rifle de asalto de la topógrafa iluminaba el espacio, pero no miraba hacia nosotras, sino que repasaba los muros, que eran de un color blanquecino y carecían de todo ornamento. Había algunas grietas, indicios del paso del tiempo o de algún factor de estrés repentino. Por lo visto, aquel nivel presentaba la misma circunferencia que el remate expuesto de la estructura, lo que de nuevo apoyaba la idea de una sola estructura sólida y enterrada.

—Sigue más —afirmó la topógrafa, que señaló con el rifle el extremo opuesto,

justo enfrente de la abertura por la que habíamos llegado a ese nivel.

Allí había un arco y una oscuridad que sugería unos peldaños en descenso. Una torre, que convertía ese nivel no tanto en un suelo como en un rellano o una parte del torreón. La topógrafa empezó a dirigirse hacia el arco mientras yo continuaba absorta examinando los muros con la linterna. Estaban tan lisos que me fascinaron. Intenté imaginarme al constructor de aquel sitio, pero no pude.

Me acordé otra vez de la silueta del faro, tal como lo había visto al final de la tarde del primer día en el campamento base. Dimos por hecho que la estructura en cuestión era un faro porque el mapa mostraba uno en aquella ubicación y porque todo el mundo reconoció de inmediato cuál debería ser el aspecto de un faro. De hecho, tanto la topógrafa como la antropóloga expresaron una especie de alivio al verlo. Su aparición en el mapa y en la realidad las reconfortó, les dio seguridad. Estar familiarizadas con su función las reconfortó más aún.

Con la torre, no sabíamos nada de eso. No podíamos intuir su perfil completo. No teníamos ni idea de su propósito. Y una vez que habíamos empezado a bajar por su interior, seguía sin revelarnos lo más mínimo. Por más que la psicóloga recitara las mediciones de la «cima» de la torre, aquellas cifras no significaban nada, pues carecían de un contexto más amplio. Sin contexto, aferrarse a las cifras era una forma de locura.

—El círculo presenta regularidad visto desde el interior de los muros; eso sugiere precisión en la creación del edificio —señaló la antropóloga.

«El edificio». Ya había empezado a abandonar la idea de que se tratara de un túnel.

Todos los pensamientos se me agolparon en la boca, como la descarga final de un estado que ya arriba se había apoderado de mí.

—Pero ¿cuál es su propósito? ¿Y es creíble que no esté en los mapas? ¿Podría haberlo construido y ocultado alguna expedición anterior?

Pregunté eso y más, sin esperar respuesta. Aunque no se había revelado ninguna amenaza, me pareció importante eliminar cualquier posible instante de silencio. Como si el vacío de los muros se alimentara de silencio y como si fuese a aparecer algo en los intersticios de nuestras palabras si no andábamos con cuidado. De haberle comunicado esta inquietud a la psicóloga se habría preocupado, lo sé. Pero yo, que era la más avezada de todas a la soledad, habría afirmado, en ese momento de la exploración, que aquel lugar nos vigilaba.

La topógrafa ahogó un grito, dejándome con la palabra en la boca, sin duda para gran alivio de la antropóloga.

—¡Mirad! —exclamó la primera, bajando con la linterna por el arco.

Corrimos a su lado y sumamos nuestras luces a la suya. En efecto, allí descendía una escalera, esta vez con una curvatura suave y peldaños mucho más anchos, aunque

hecha de los mismos materiales. Más o menos a la altura del hombro —a un metro y medio tal vez— y pegadas al muro interno de la torre, vi lo que al principio creí unas enredaderas de un verde vagamente chispeante, que bajaban adentrándose en la oscuridad. De pronto me vino un recuerdo absurdo de las flores que adornaban las paredes de mi baño cuando vivía con mi marido. Entonces, al mirarlas, las «enredaderas» se fueron definiendo y vi que eran palabras: unas letras en cursiva que asomaban unos quince centímetros de la pared.

—Seguid enfocando —pedí, y pasé entre ellas para bajar los primeros peldaños.

Otra vez me fluyó la sangre a la cabeza y me sentí tan confusa que los oídos me retumbaban. Fue un acto de control extremo dar tan pocos pasos. No sabría decir qué me impulsó a hacerlo, salvo que yo era la bióloga y aquello parecía extrañamente orgánico. De haber estado allí la lingüista, tal vez lo habría delegado en ella.

—No lo toques, sea lo que sea —advirtió la antropóloga.

Asentí, pero estaba demasiado cautivada por el descubrimiento. De haber sentido el impulso de tocar esas palabras en el muro, no habría podido detenerme.

A medida que me acercaba, ¿me sorprendió entender el idioma en que estaba escrito aquello? Sí. ¿Me colmó de una especie de euforia mezclada con temor? También. Traté de suprimir el millar de preguntas nuevas que tomaban forma en mi interior. Con la voz más serena que fui capaz de sacar, consciente de la importancia del momento, leí desde el principio en voz alta:

—Allí donde aguarda el fruto asfixiante llegado de la mano del pecador yo traeré las semillas de los muertos para compartirlas con los gusanos que…

Entonces se sumía en la oscuridad.

—¿Palabras? ¿Palabras? —dijo la antropóloga.

—Palabras, sí.

—¿De qué están hechas? —quiso saber la topógrafa. ¿Acaso tenían que estar hechas de algo?

La luz que ambas arrojaban sobre la frase irresoluta se volvió trémula. *Allí donde aguarda el fruto asfixiante* pasaba de la sombra a la luz, como si se librara una batalla por su significado.

—Esperad un momento. Tengo que acercarme un poco más.

¿Era así? Lo era. Tenía que acercarme un poco más. «¿De qué están hechas?» Ni siquiera lo había pensado, aunque tendría que haberlo hecho. Yo continuaba enfrascada en el análisis del significado lingüístico, sin llegar a la idea de tomar una muestra física. Pero ¡qué alivio ante esa pregunta! Porque me ayudó a combatir las ansias de seguir leyendo, de seguir bajando hacia una oscuridad mayor hasta haber leído todo lo que hubiera por leer. Aquella frase inicial ya estaba penetrando en mi mente de un modo inesperado, hallando terreno abonado.

Así que me acerqué a examinar el *Allí donde aguarda el fruto asfixiante*. Vi que

las letras, enlazadas por su escritura en cursiva, estaban hechas de lo que a un profano le habría parecido un musgo denso y verde tipo helecho pero que, en realidad, era más bien algún hongo u otro organismo eucariota. Los enroscados filamentos estaban muy apiñados y crecían de la pared. Un olor a marga procedía de las palabras junto con un dejo subyacente de miel podrida. Aquel bosque en miniatura oscilaba, casi imperceptiblemente, cual posidonias en una leve corriente oceánica.

Había otras cosas en aquel pequeño ecosistema. Medio ocultas por los filamentos verdes, la mayoría de esas criaturas eran traslúcidas, con forma de unas manos minúsculas incrustadas por la base de la palma. Unos nódulos dorados coronaban los dedos de dichas «manos». Me incliné aún más, como una tonta, como si no me hubiera entrenado durante meses para la supervivencia ni estudiado biología, siquiera. Como si me hubieran engatusado para pensar que esas palabras debían ser leídas.

Tuve mala suerte… o no. Como reacción a un cambio en el flujo de aire, un nódulo de la A eligió ese momento para abrirse de golpe y arrojar un ínfimo chorro de esporas doradas. Me retiré, pero me pareció que notaba algo que me penetraba en la nariz y que el olor a miel podrida se intensificaba como un pinchazo.

Desconcertada, di otro paso atrás y me apropié de los mejores reniegos de la topógrafa, aunque solo mentalmente: mi instinto natural siempre tendía al disimulo. Ya me estaba imaginando la reacción de la psicóloga a mi contaminación, si se lo contaba al grupo.

—Algún tipo de hongo —dije al fin, respirando hondo para controlar la voz—. Estas letras están hechas de cuerpos que germinan.

A saber si era cierto. Tan solo era lo más cercano a una respuesta.

Mi voz debió de sonar más tranquila que mis verdaderos pensamientos, pues las demás no se mostraron dubitativas: en su tono no había indicio de que hubieran visto las esporas estallar en mi cara. Yo me había acercado mucho y las esporas eran diminutas e insignificantes. *Traeré las semillas de los muertos*.

—¿Palabras? ¿Hechas de hongos? —preguntó la topógrafa, repitiéndolo de forma estúpida.

—Ninguna lengua humana registrada utiliza este método de escritura —señaló la antropóloga—. ¿Hay algún animal que se comunique así?

No pude evitar reírme.

—No, no hay ningún animal que se comunique así.

O, de haberlo, yo no lo recordaba, ni lo recordé más tarde.

—¿Estás de broma? Esto es una broma, ¿no? —preguntó la topógrafa. Me pareció que iba a acercarse a demostrar que yo me equivocaba, pero no se movió de su sitio.

—Cuerpos que germinan —repliqué, casi como en trance—. Y forman palabras.

Me había inundado la calma. Otra sensación le iba a la zaga, claramente

psicológica, no fisiológica: la de no poder respirar o no querer hacerlo. No había notado ningún cambio físico, y hasta cierto punto daba igual: sabía que era muy improbable que tuviéramos un antídoto contra algo tan desconocido aguardando en el campamento base. Fue sobre todo la información que estaba intentando procesar lo que me inmovilizó. Las palabras se componían de unos cuerpos simbióticos que germinaban, de una especie desconocida para mí. Además, la emanación de las esporas en las palabras indicaba que, cuanto más nos internáramos para explorar la torre, más contaminantes potenciales habría en el aire. ¿Para qué transmitir esa información a las demás si solo iba a asustarlas? Decidí no hacerlo, quizá por egoísmo. Era más importante asegurarse de que no se expusieran directamente hasta que pudiéramos regresar con el equipo adecuado. Cualquier otra valoración dependía de unos factores medioambientales y biológicos sobre los que no disponía de datos precisos.

Volví a subir los peldaños hasta el rellano. La topógrafa y la antropóloga parecían expectantes, como si yo pudiera decirles más. La antropóloga en concreto estaba en vilo, incapaz de centrar la mirada en nada y desplazándola sin parar. Podría haberme inventado alguna información que detuviera aquella búsqueda incesante. Pero ¿qué iba a explicarles sobre esas palabras sino que eran imposibles o descabelladas, o ambas cosas? Habría preferido que la frase estuviera escrita en un idioma desconocido, pues en cierto modo eso no presentaría tanto misterio.

—Vamos a subir —les dije.

No lo recomendé como la mejor línea de acción sino para limitar su exposición a las esporas, hasta que yo viera qué efectos me causaban a largo plazo. Además, sabía que, si me quedaba allí mucho más tiempo, podría experimentar el anhelo de volver a la escalera para continuar leyendo, y habrían tenido que retenerme y yo no sé qué habría hecho entonces.

Las otras dos no pusieron objeción. Mientras subíamos de nuevo, tuve un instante de vértigo pese a estar en un espacio tan cerrado, una especie de pánico momentáneo en el que los muros adquirieron de pronto un aspecto carnoso, como si avanzáramos por dentro del esófago de una bestia.

Cuando le contamos a la psicóloga lo que habíamos visto, cuando recité algunas de las palabras, al principio pareció petrificada de un modo extrañamente atento. Luego decidió bajar a ver las palabras. Dudé si avisarla de que no lo hiciera. Al fin dije:

—Obsérvalas solo desde lo alto de la escalera: no sabemos si hay toxinas. Cuando volvamos, traeremos mascarillas.

Estas, al menos, las habíamos heredado de la expedición anterior, en un estuche cerrado.

—«¿La paralización no es una opción convincente?» —me dijo clavándome la

mirada.

Una especie de desazón se apoderó de mí, pero no dije ni hice nada. Las demás ni siquiera parecieron percatarse de que había hablado. Más tarde comprendí que la psicóloga me había intentado coaccionar mediante una sugestión hipnótica dirigida solo a mí.

Por lo visto, mi reacción entró dentro de lo aceptable, pues se limitó a bajar mientras las otras aguardábamos arriba, ansiosas. ¿Qué haríamos si no volvía? Una sensación de propiedad se apoderó de mí. Me perturbó la idea de que ella experimentara la misma necesidad de leer aún más y actuara en consecuencia. Aunque yo ignoraba el significado de esas palabras, deseaba que significaran algo para así descartar dudas rápidamente y aportar racionalidad a todas mis incógnitas. Estos pensamientos me distraían de fijarme en los posibles efectos de las esporas en mi organismo.

Por suerte, a ninguna de las otras dos le apeteció hablar durante la espera y, al cabo de quince minutos, la psicóloga salió torpemente a la luz por la escalera, pestañeando, hasta que se le acostumbró la vista.

—Interesante —dijo a nuestros pies en tono llano, mientras nosotras le quitábamos las telarañas de la ropa—. Nunca había visto nada igual.

Pareció que fuese a continuar, pero entonces decidió no hacerlo. Lo que ya había dicho rozaba la imbecilidad, y no fui la única que lo juzgó así.

—¿Interesante? —replicó la antropóloga—. Nadie ha visto nada igual en toda la historia del universo. Nadie. Nunca. ¿Y dices que es «interesante»?

Parecía al borde de un ataque de histeria. La topógrafa, por su parte, se limitó a mirarlas a ambas como si fuesen ellas los organismos desconocidos.

—¿Necesitas que te tranquilice? —preguntó la psicóloga. Habló en un tono duro que dejó a la antropóloga musitando alguna evasiva y mirando al suelo.

Rompí el silencio con una propuesta.

—Necesitamos tiempo para pensar en esto. Para decidir cuál será el próximo paso.

Lo que quería decir, por supuesto, era que yo necesitaba tiempo para ver si las esporas inhaladas me afectaban de algún modo lo bastante significativo como para confesar lo ocurrido.

—Me parece que para eso haría falta todo el tiempo del mundo —comentó la topógrafa.

Creo que, de todas nosotras, es la que mejor había captado la implicación de lo que habíamos visto: que tal vez estuviéramos viviendo en algún tipo de pesadilla. Pero la psicóloga la ignoró y se puso de mi parte.

—Es verdad que necesitamos tiempo. Dedicaremos el resto del día a hacer las tareas para las que nos enviaron aquí.

Así pues, regresamos al campamento para almorzar y centrarnos después en «cosas normales»; mientras, yo seguía atenta a mi cuerpo, por si sufría algún cambio. ¿Tenía más frío de la cuenta? ¿O más calor? ¿El dolor en la rodilla se debía a algún golpe que me había dado en el terreno o bien a algo nuevo? Incluso comprobé el monitor de la caja negra, pero continuaba inerte. Aún no se daba ningún cambio radical en mí y, mientras tomábamos muestras y notas en las inmediaciones del campamento —como si alejarnos demasiado significase quedar bajo el control de la torre—, me fui relajando y me dije que las esporas no tendrían ningún efecto… Con todo, yo sabía que el período de incubación de algunas especies puede ser de meses o años. Supongo que simplemente pensé que, al menos durante los siguientes días, estaría a salvo.

La topógrafa se concentró en añadir detalles y matices a los mapas proporcionados por nuestros superiores. La antropóloga se fue a examinar los restos de unas cabañas que había a menos de medio kilómetro. La psicóloga se quedó en su tienda, escribiendo en su diario. Tal vez estuviera anotando que se encontraba rodeada de idiotas, o quizá solo los pormenores de la mañana de descubrimientos.

En cuanto a mí, me pasé una hora observando una pequeñísima rana arborícola, de color rojo y verde, posada en el dorso de una hoja ancha y gruesa, y otra hora siguiendo la ruta de una libélula de un negro irisado que no debería haberse encontrado a la altitud del mar. Por lo demás, me subí a un pino con los binóculos fijos en la costa y el faro. Me gustaba trepar. También me gustaba el mar, y contemplarlo tenía un efecto tranquilizador. El aire era limpio y fresco mientras, al otro lado de la frontera, el mundo seguía estando como estuvo siempre durante la era moderna: sucio, cansado, imperfecto, a la baja, en guerra consigo mismo. Allí siempre me había sentido como si mi trabajo fuese un fútil intento de salvarnos de quienes somos.

La riqueza de la biosfera del Área X se reflejaba en la variedad de aves, desde currucas y carpinteros hasta cormoranes e ibis negros. También veía un trozo de las marismas de agua salobre y mi atención se vio recompensada cuando pude observar, durante un minuto, a un par de nutrias. En un momento dado, alzaron la vista y tuve la extraña sensación de que podían verme. Era una impresión que tenía a menudo cuando estaba en la naturaleza: la de que las cosas no acaban de ser lo que parecen, y debía combatirla porque podía empañar mi objetividad científica.

Había allí algo más, que avanzaba con pesadez entre los juncos, pero estaba más cerca del faro y muy a cubierto. No logré distinguir qué era y, al poco, la agitación de hojas cesó y perdí el rastro por entero. Supuse que sería otro jabalí, pues estos pueden ser buenos nadadores y son tan omnívoros en su elección de hábitats como en su dieta.

En conjunto, la estrategia de entretenernos con nuestras tareas sirvió para templar

los nervios hasta el crepúsculo. La tensión se aligeró un poco y hasta hicimos algunas bromas a la hora de cenar.

—Me gustaría saber lo que piensas —me confesó la antropóloga.

—No, no lo creo —repliqué yo, lo que provocó una risa que me sorprendió.

Yo no quería sus voces en mi cabeza, ni sus ideas sobre mí, ni sus cuentos y sus problemas. ¿Por qué iban a querer ellas los míos? Pero no me importaba que empezara a instaurarse cierta camaradería, aunque resultara breve. La psicóloga nos dejó sacar un par de cervezas a cada una de la reserva de alcohol, y nos soltamos tanto que llegué a expresar chapuceramente la idea de mantener algún tipo de contacto una vez terminada la misión. Para entonces ya había dejado de atender a mis reacciones fisiológicas o psicológicas a las esporas y descubrí que la topógrafa y yo nos llevábamos mejor de lo esperado. La antropóloga seguía sin caerme muy bien, pero básicamente en el contexto de la misión, no por algo que me hubiera dicho. Consideraba que, una vez en el terreno, así como algunos atletas son buenos practicando pero no en competición, ella había demostrado hasta el momento muy poca resistencia mental. Aunque el solo hecho de presentarse a semejante misión ya significaba algo.

Cuando, estando sentadas en torno a la hoguera, el lamento nocturno procedente de la marisma llegó poco después del ocaso, al principio le respondimos gritando, en una muestra de ebria fanfarronada. La bestia de las marismas nos parecía un viejo amigo comparado con la torre. Confiábamos en que al final lo fotografiaríamos, documentaríamos su comportamiento, lo etiquetaríamos y le asignaríamos un puesto en la taxonomía de los seres vivos. Llegaríamos a conocerlo de un modo que, nos temíamos, nunca conoceríamos la torre. Pero dejamos de contestar a gritos cuando los lamentos se intensificaron hasta el punto de transmitirnos furia, como si la bestia supiera que nos burlábamos de ella. Entonces todo fueron risas nerviosas y la psicóloga aprovechó para prepararnos para el día siguiente.

—Mañana regresaremos al túnel. Penetraremos más, tomando ciertas precauciones: llevaremos mascarillas, como se ha propuesto. Apuntaremos el texto de los muros y nos haremos una idea de su antigüedad, espero. Y puede que también de la profundidad del túnel. Por la tarde retomaremos la investigación general sobre la zona. Repetiremos esta pauta cada día hasta que creamos saber lo suficiente sobre el túnel y qué hace en el Área X.

«La torre, no el túnel». Era como si hablase de investigar un centro comercial abandonado, por el énfasis que le ponía… Además, su tono parecía ensayado. Entonces se puso en pie de golpe y pronunció cuatro palabras:

—Consolidación de la autoridad.

De inmediato, la topógrafa y, a su lado, la antropóloga se quedaron inertes y con la mirada perdida. Aunque me asombró, las imité con la esperanza de que la

psicóloga no hubiera advertido el lapso. No sentí ninguna clase de impulso, pero era evidente que nos habían programado para entrar en estado hipnótico cuando la psicóloga pronunciara esas palabras. Con un ademán más enérgico que hacía solo un instante, dijo:

—Recordaréis haber discutido varias opciones con respecto al túnel. Veréis que finalmente coincidisteis conmigo en la mejor línea de acción y os sentiréis muy confiadas con dicha línea. Experimentaréis una sensación de calma cada vez que penséis en esta decisión y la seguiréis manteniendo una vez dentro del túnel, aunque reaccionaréis a todo estímulo en función de vuestra instrucción. No asumiréis riesgos indebidos.

»Seguiréis viendo una estructura hecha de coquina y piedra. Os fiaréis plenamente de vuestras compañeras y tendréis una sensación continuada de compañerismo con ellas. Cuando salgáis de la estructura, cada vez que veáis un pájaro volando os provocará una fuerte sensación de que estáis haciendo lo correcto, de que estáis en el lugar correcto. Cuando chasquee los dedos, no conservaréis ningún recuerdo de esta conversación, pero seguiréis mis directrices. Estaréis muy cansadas y desearéis retiraros a vuestras tiendas para sumiros en un sueño reparador antes de las actividades de mañana. No soñaréis. No tendréis pesadillas.

Yo clavé la vista al frente mientras ella lo decía y, cuando chasqueó los dedos, imité las acciones de las otras dos. No creo que la psicóloga sospechase nada y me retiré a mi tienda como las demás.

Tenía nuevos datos que procesar, junto con la torre. Sabíamos que el papel de la psicóloga consistía en proporcionar equilibrio y tranquilidad en una situación que pudiera volverse estresante, y que parte de ese papel incluía la sugestión hipnótica. No podía culparla por ejercer ese rol. Pero verlo de una forma tan cruda me turbó. Una cosa es pensar que puedes estar sometido a sugestión hipnótica y otra muy diferente experimentarlo como observador. ¿Hasta qué punto podía controlarnos? ¿Por qué nos había dicho que continuaríamos pensando que la torre estaba hecha de coquina y piedra?

Lo más importante, sin embargo, era que ya tenía alguna pista de cómo me habían afectado las esporas: me habían vuelto inmune a las sugestiones hipnóticas de la psicóloga. Me habían convertido en una especie de conspiradora en su contra. Aunque su propósito fuese benévolo, me causaba ansiedad pensar en confesarle mi resistencia a la hipnosis… sobre todo porque eso significaba que cualquier determinación latente, oculta en nuestro entrenamiento, me iría afectando cada vez menos.

Ya no ocultaba un secreto, sino dos; es decir, que me estaba alejando, de un modo persistente e irrevocable, de la expedición y su objetivo.

Curiosamente, esas misiones no tenían nada nuevo en ninguno de sus muchos

aspectos. Lo comprendí al tener la oportunidad, junto con mis compañeras, de visionar la cinta con las entrevistas a los miembros de la undécima expedición, a su vuelta. Una vez que esas personas eran identificadas tras regresar a sus vidas anteriores, se las ponía en cuarentena y se las interrogaba sobre sus experiencias. En la mayoría de los casos fueron los familiares —y se entiende— quienes llamaron a las autoridades, al ver que sus seres queridos habían vuelto raros o inquietantes. Todo documento referente a esos retornados fue confiscado por nuestros superiores para su examen y estudio. Esta información también nos permitieron verla.

Las entrevistas eran bastante breves y, en ellas, los ocho miembros de la expedición contaban lo mismo: no habían experimentado ningún fenómeno fuera de lo normal en el Área X, ni habían hecho interpretaciones fuera de lo normal ni informaron de conflictos internos fuera de lo normal. Pero, al cabo de cierto tiempo, cada uno de ellos había sentido un intenso deseo de volver a casa y eso había hecho. Ninguno supo explicar cómo se las había arreglado para cruzar otra vez la frontera, ni por qué había ido directamente a casa en vez de informar primero a sus superiores. Simplemente fueron abandonando la expedición uno tras otro, dejando atrás sus diarios, para ir a parar a su casa. Sin saber cómo.

A lo largo de las entrevistas, sus expresiones eran amistosas y sus miradas estaban centradas. Si bien su discurso resultaba algo apagado, no desentonaba con esa especie de calma general, con ese aire casi soñador con el que todos habían vuelto… incluido el tipo compacto y fuerte que había actuado como experto militar de la expedición, un hombre de personalidad mercúrica y enérgica. En lo referente a los estados afectivos, fui incapaz de distinguir el de ninguno de los ocho. Me dio la sensación de que veían el mundo a través de una especie de velo, de que hablaban con sus entrevistadores desde una gran distancia espaciotemporal.

Sus documentos resultaron ser esbozos de paisajes del Área X o bien descripciones breves. Algunos eran dibujos de animales o caricaturas de otros miembros de la expedición. Todos habían dibujado el faro en algún momento o habían escrito sobre él. Buscar significados ocultos en esos papeles era como buscarlos en el mundo natural que nos rodea: si existían, solo podía activarlos el ojo del espectador.

En aquel momento yo perseguía el olvido y, en aquellos rostros en blanco y anónimos —incluso el más dolorosamente familiar—, busqué una especie de benévolo escape. Una muerte que no significara estar muerta.

02: Integración

Por la mañana, me desperté con los sentidos agudizados, hasta el punto de que la corteza marrón y áspera de los pinos o la habitual arremetida de un pájaro carpintero se me presentaban como pequeñas revelaciones. No quedaba ni resto de la fatiga de los cuatro días de marcha hasta el campamento base. ¿Se trataba de un efecto secundario de las esporas o solo era el resultado de un sueño reparador? Me sentí tan renovada que me dio igual.

Pero mi ensoñación pronto fue contrarrestada por una noticia catastrófica: la antropóloga no estaba y su tienda se hallaba vacía de efectos personales. Y lo que era peor, en mi opinión: la psicóloga parecía agitada, como si no hubiese dormido. Bizqueaba un poco y estaba más despeinada de lo habitual. Noté que llevaba barro pegado a los lados de las botas. Mostraba preferencia por su perfil derecho, como si tuviera una herida.

—¿Dónde está la antropóloga? —exigió la topógrafa.

Yo me quedé en un segundo plano, intentando sacar mis propias conclusiones. «¿Qué le has hecho a la antropóloga?», le habría preguntado, aunque sabía que era injusto: la psicóloga era la misma de antes; no por conocer el secreto de su juego de manos tenía que verla como una amenaza. Entonces, ante nuestro creciente pánico, intervino diciendo:

—Anoche hablé con ella. Lo que vio en esa… estructura la alteró tanto que ya no desea continuar la expedición. Ha emprendido la vuelta a la frontera para aguardar la extracción. Se ha llevado un informe parcial para que nuestros superiores conozcan los avances que hemos hecho.

La costumbre de la psicóloga de permitirse una fina sonrisa en momentos poco adecuados me daba ganas de romperle la cara.

—Pero se ha dejado el equipo… y el arma —indicó la topógrafa.

—Solo ha cogido lo que necesitaba para que nosotras dispongamos de más, incluida un arma suplementaria.

—¿Consideras que necesitamos un arma suplementaria? —le pregunté.

Tenía verdadera curiosidad: en ciertos aspectos, la psicóloga me resultaba tan fascinante como la torre. Sus motivaciones, sus razones… ¿Por qué no recurría a la hipnosis? A lo mejor, incluso con nuestra determinación latente había cosas que no se podían sugestionar, o bien que se debilitaban con la repetición. O ella no tenía el suficiente aguante tras lo ocurrido por la noche.

—Considero que no sabemos lo que vamos a necesitar —respondió la psicóloga —. Desde luego, no necesitamos a la antropóloga si no es capaz de hacer su trabajo.

La topógrafa y yo nos la quedamos mirando. La primera tenía los brazos cruzados. Nos habían instruido para vigilar de cerca a nuestras compañeras, por si

veíamos algún signo de estrés o disfunción mental. Seguramente, las dos pensábamos lo mismo: en aquel momento debíamos elegir. O aceptábamos la explicación que nos daba la psicóloga de la desaparición de la antropóloga o la rechazábamos. En el segundo caso, estaríamos diciendo que nos había mentido y, por lo tanto, rehusando su autoridad en un momento crítico. Y si tratábamos de seguir el camino de vuelta a casa con la esperanza de atrapar a la antropóloga, de comprobar la versión de la psicóloga… ¿tendríamos voluntad para regresar después al campamento base?

—Debemos proseguir nuestro plan —dijo la psicóloga—. Debemos investigar… la torre.

La palabra «torre» en aquel contexto fue como una súplica descarada a mi lealtad.

Con todo, la topógrafa titubeó, como si batallara con la propuesta de la psicóloga desde la noche antes. Eso me alertó en otro sentido: yo no pensaba abandonar el Área X sin haber investigado la torre; eso lo llevaba grabado en cada parte de mi ser. Y en aquel contexto no soportaba la idea de perder a otro miembro del equipo tan temprano, lo que me dejaría a solas con la psicóloga. Sobre todo, estando tan poco segura de ella y sin tener aún nociones de los efectos de mi exposición a las esporas.

—Tiene razón —dije—. Tenemos que proseguir la misión. Nos las podemos apañar sin la antropóloga.

Aun así, mi mirada fija en la topógrafa les dejó claro a ambas que volveríamos al tema de la antropóloga más tarde.

La topógrafa asintió malhumorada y apartó la vista. La psicóloga emitió un suspiro audible, de alivio o de cansancio.

—Pues está decidido —concluyó, y pasó rozando a la topógrafa para ir a preparar el desayuno. Hasta entonces siempre lo preparaba la antropóloga.

Una vez en la torre, la situación volvió a cambiar. La topógrafa y yo habíamos dispuesto unas mochilas ligeras con comida y agua suficientes para pasar allí el día entero. Ambas llevábamos nuestras armas. Y nos habíamos puesto las mascarillas para aislarnos de las esporas, aunque fuese demasiado tarde para mí. Ambas llevábamos cascos rígidos con una luz sujeta a ellos.

Pero la psicóloga se quedó quieta sobre la hierba, más allá del círculo de la torre, algo más baja que nosotras, y dijo:

—Yo me quedaré a hacer guardia.

—¿Vigilando qué? —repliqué incrédula.

No quería que la psicóloga permaneciera fuera de mi vista. Quería que se sumiera en el riesgo de la exploración, en lugar de quedarse allá, en lo alto, con todo el poder sobre nosotras que esa posición implicaba. Tampoco a la topógrafa le hizo gracia, pues habló con una voz casi suplicante que sugería una gran carga de tensión contenida.

—Tú ibas a venir con nosotras. Con tres es más seguro.

—Pero así sabréis que en la entrada no hay peligro —señaló la psicóloga mientras quitaba el seguro de su pistola. Nunca pensé que aquel chasquido seco pudiera resonar tanto.

La topógrafa se aferró a su rifle de asalto hasta que los nudillos se le quedaron blancos.

—Tienes que bajar con nosotras.

—El riesgo no tiene recompensa —afirmó la psicóloga; por la inflexión de su tono, reconocí una orden hipnótica.

La topógrafa dejó de apretar tanto el rifle y sus rasgos se volvieron fugazmente indefinidos.

—Es verdad —dijo—. Por supuesto, es verdad. Es muy lógico.

Un escalofrío me recorrió la espalda: eran dos contra una. Reflexioné un instante, procurando asimilar todo el alcance de la mirada de la psicóloga, cuya atención estaba puesta en mí. Me imaginé unas escenas de pesadilla: al volver encontrábamos la entrada bloqueada, la psicóloga nos liquidaba en cuanto salíamos a cielo abierto… Claro que habría podido matarnos mientras dormíamos cualquier noche de la semana.

—No tiene tanta importancia —dije al rato—. Nos resultarás tan valiosa aquí como ahí abajo.

Así que descendimos, igual que la otra vez, bajo la mirada atenta de la psicóloga.

Lo primero que advertí en el primer nivel, antes de llegar a la escalera ancha que bajaba en espiral, antes de volver a encontrarnos las palabras escritas en el muro… era que la torre respiraba. La torre respiraba y las paredes, cuando fui a tocarlas, transmitían el eco de un latido. Y no estaban hechas de piedra, sino de un tejido vivo. Seguían estando vacías, pero una especie de fosforescencia plateada emanaba de ellas. El mundo se me tambaleó y me senté con pesadez junto a la pared; la topógrafa, a mi lado, intentaba ayudarme a ponerme en pie. Me parece que temblaba cuando al fin me levanté. No sé si puede expresarse con palabras la gravedad de aquel instante. La torre era algún tipo de criatura viviente. Estábamos descendiendo por el interior de un organismo.

—¿Qué pasa? —me preguntaba la topógrafa, con la voz amortiguada por la mascarilla—. ¿Qué problema hay?

Le agarré la mano y la obligué a tocar el muro con la palma.

—¡Suéltame!

Trató de escabullirse, pero la retuve.

—¿Lo notas? —la interrogué entonces, implacable—. ¿Puedes notarlo?

—¿El qué? ¿Qué me estás diciendo?

Por supuesto, estaba asustada: a su parecer, yo actuaba de un modo irracional.

Insistí a pesar de todo.

—Una vibración. Como un latido.

Aparté la mano de las suyas y retrocedí.

La topógrafa respiró hondo y despacio con la mano todavía en el muro.

—No. Tal vez. No. No, nada.

—Y esa pared ¿de qué está hecha?

—De piedra, claro —respondió.

Bajo el haz de la linterna de mi casco, las sombras daban a su rostro un aspecto ahuecado; sus ojos aparecían grandes y rodeados de oscuridad y, con la mascarilla, era como si no tuviera boca ni nariz.

Yo también respiré hondo. Deseé soltarlo todo: que me había contaminado, que la psicóloga nos hipnotizaba más allá de lo que creíamos, que los muros estaban hechos de tejido vivo… Pero, en vez de hacerlo, «me tragué mi mierda», como decía mi marido. Me la tragué porque íbamos a continuar y la topógrafa no veía lo que veía yo, no podía experimentar lo mismo. Y yo no podía obligarla.

—Olvídalo —dije—. Me he desorientado un poco.

—Oye, volvamos arriba. Estás muy nerviosa —respondió la topógrafa.

Ya nos habían dicho que a lo mejor veríamos cosas inexistentes en nuestra estancia en el Área X. Sé que estaba pensando que era aquello lo que me ocurría. Sostuve la caja negra de mi cinturón.

—No: si esto no se enciende, es que vamos bien.

Era una broma; floja, pero bueno.

—Has visto algo que no existe.

No pensaba dejarlo correr.

«Tú no ves lo que sí existe», pensé.

—Puede ser —admití—. Pero ¿no importa eso también? ¿No forma parte igualmente de todo esto? ¿De nuestra crónica? Y algo que yo veo y tú no puede tener su importancia.

La topógrafa lo consideró un instante.

—¿Ahora cómo te encuentras?

—Bien. Ya no veo cosas —mentí.

Mi corazón era como un animal atrapado en el pecho que intentara huir. A la topógrafa la envolvía una corona de aquella fosforescencia blanca que brotaba de las paredes. Nada remitía. Nada me soltaba.

—Pues continuaremos —dijo la topógrafa—. Pero promete que me avisarás si vuelves a ver cosas raras.

Recuerdo que casi me reí al oírlo. ¿Cosas raras? ¿Como extrañas palabras en una pared, escritas entre minúsculas comunidades de criaturas de origen desconocido?

—Te lo prometo —contesté—. Y tú haz lo mismo, ¿vale? —dije volviendo las tornas, para que se diera cuenta de que a ella también podía pasarle.

—Tú no vuelvas a tocarme o te pego.

Asentí para mostrar mi acuerdo. No le gustó saber que yo era físicamente más fuerte que ella.

Amparadas por los términos de aquel trato deficiente, fuimos hacia la escalera y penetramos en la garganta de la torre, cuyas profundidades se revelaban como una especie de espectáculo de terror, de una belleza y una biodiversidad imposibles de asimilar. Pero lo intenté como había hecho siempre, desde el inicio mismo de mi carrera.

Mi norte magnético, el sitio en el que siempre pienso cuando la gente me pregunta por qué me hice bióloga, es la abandonada piscina de la casa de alquiler donde viví de pequeña. Mi madre era una artista crispada que alcanzó cierto éxito, demasiado aficionada al alcohol y siempre pendiente de encontrar nuevos clientes. Mi padre, contable subempleado, era especialista en urdir estrategias para enriquecerse tan deprisa que solían acabar en nada. Ambos parecían carecer de la facultad de concentrarse en algo durante cierto período de tiempo. En ocasiones era como si me hubieran insertado dentro de una familia en vez de haber nacido en ella.

Aunque la piscina con forma de riñón era tirando a pequeña, nunca tuvieron voluntad ni interés en limpiarla. Poco después de mudarnos, la hierba que la rodeaba ya estaba crecida. Las juncias y demás plantas altas empezaron a destacar. Los arbustos bajos que delimitaban el contorno de la piscina se lanzaron a cubrir la valla metálica. Creció musgo en las grietas de las baldosas de alrededor. El nivel del agua, alimentado por la lluvia, aumentó deprisa, y la superficie se fue espesando de algas. Las libélulas recorrían la zona a todas horas. Se instalaron algunas ranas toro y sus renacuajos, aquellas manchas informes que se retorcían, se convirtieron en una presencia constante. Insectos zapateros y escarabajos de agua empezaron a adueñarse del lugar. Cuando mis padres me dijeron que me deshiciera de mi acuario de agua dulce, eché los peces a la piscina y algunos sobrevivieron a la impresión. Aves locales como garcetas y garzas reales hicieron su aparición, atraídas por ranas, peces e insectos. Por algún milagro, también se pusieron a vivir en la piscina unas tortuguitas, aunque no tengo ni idea de cómo llegaron allí.

Meses después de instalarnos, la piscina se había convertido en un ecosistema. Yo solía entrar despacio por la portezuela de madera y lo observaba todo desde una silla oxidada de playa, que había colocado en un rincón apartado. Pese a un intenso y justificado miedo a ahogarme, siempre me encantó estar cerca de masas de agua.

Dentro de casa, mis padres hacían las típicas cosas con que acostumbra ocuparse la gente en el universo humano, algunas de ellas ruidosamente. Pero yo me perdía con facilidad en el microcosmos de la piscina. Inevitablemente, mi atención se blindaba ante las absurdas reprimendas de mis padres sobre mi timidez crónica, con las que creían convencerme de que aún mandaban ellos. Yo no tenía suficientes amigos (o ninguno), me recordaban. Y no parecía esforzarme. ¿Por qué no me sacaba

algún dinero con un trabajo por horas? Pero cuando les expliqué que en varias ocasiones, perseguida por matones, había tenido que esconderme, cual reticente hormiga león, en el fondo de los hoyos de grava que había por los campos abandonados cerca de la escuela, se quedaron sin respuesta. Como el día en que, «sin motivo», le di un puñetazo a una compañera que me saludó en la cola del comedor.

Y así continuamos, cada cual aislado en sus propios imperativos. Ellos tenían sus vidas y yo tenía la mía. Lo que más me gustaba era fingir que era bióloga, y fingir conduce a menudo a ser un duplicado razonable de lo que estás imitando, aunque solo sea desde lejos. En varios diarios apunté mis observaciones sobre la piscina. Aprendí a distinguir a cada rana por separado —al *Bultos* del *Saltimbanqui*, tan distintos— y en qué meses invadían la hierba sus pequeños revoltosos. Supe qué especies de garza volvían todo el año y cuáles eran migratorias. Los escarabajos y las libélulas eran más difíciles de identificar y me costó más intuir sus ciclos, pero aun así me apliqué en intentar entenderlos. A todo esto, evitaba los libros sobre medio ambiente y biología: antes quería descubrir la información yo sola.

De ser por mí —hija única y experta en el manejo de la soledad—, mis observaciones de aquel paraíso en miniatura se podrían haber eternizado. Hasta improvisé un artilugio que se componía de una linterna y una cámara sumergibles, que pensaba hundir bajo la oscura superficie para sacar fotos mediante un alambre largo conectado al disparador de la cámara. No tengo ni idea de si habría funcionado, porque de pronto me quedé sin el privilegio del tiempo: nuestra suerte se agotó y no pudimos seguir pagando el alquiler. Nos mudamos a un apartamento pequeño que quedó repleto de cuadros de mi madre, que para mí eran como papel pintado. Uno de los grandes traumas de mi vida fue mi preocupación por esa piscina: ¿acaso los nuevos inquilinos sabrían ver su belleza y su importancia y la dejarían tal como estaba, o bien la destruirían en aras de su verdadera función?

Jamás lo averigüé, pues no soportaba la idea de volver, aunque tampoco olvidé la riqueza de aquel sitio. Lo único que pude hacer fue mirar adelante y aplicar lo que había aprendido observando a los habitantes de la piscina. Y nunca miré atrás, para bien o para mal. Ni aunque el presupuesto de un proyecto se agotara o la zona que estudiábamos se vendiera de repente para ser urbanizada, jamás regresé. Hay ciertos tipos de muerte que no se nos pueden pedir que revivamos; ciertas conexiones tan profundas que, al romperse, sientes el chasquido de aquel vínculo en tu interior.

Al descender por la torre, volví a percibir, por primera vez en mucho tiempo, la emoción del descubrimiento que había experimentado de niña. Pero, a la vez, esperaba aquel chasquido.

Allí donde aguarda el fruto asfixiante llegado de la mano del pecador yo traeré las semillas de los muertos para compartirlas con los gusanos que…

Los escalones de la torre iban quedando a la vista, peldaños blanquecinos como

dientes en espiral de alguna criatura insondable, y nosotras seguimos bajando porque no parecía haber elección. A ratos ansié la visión limitada que tenía la topógrafa. Como sabía por qué nos había protegido la psicóloga, me pregunté cómo lo resistía ella, que no contaba con nadie que la protegiera de… lo que fuese.

Al principio eran «simplemente» las palabras y con eso bastaba. Siempre aparecían a la misma altura de la pared, más o menos, y a mano izquierda. Durante un rato traté de memorizarlas, pero había demasiadas y su sentido iba y venía, de modo que seguir el significado de las palabras era seguir una pista falsa. Fue un acuerdo al que la topógrafa y yo llegamos enseguida: que documentaríamos el aspecto físico de las palabras pero en una misión aparte, otro día, para fotografiar aquella frase continua y sin fin.

… para compartirlas con los gusanos que se agolpan en la oscuridad y envuelven al mundo con la fuerza de su existencia mientras de las lóbregas estancias de otros lugares formas que no llegan a existir se estremecen por la impaciencia de los pocos que nunca han visto ni sido vistos…

La sensación de inquietud por ignorar hasta qué punto eran aciagas esas palabras era palpable. Infectaba nuestras propias frases al hablar, cuando intentábamos catalogar la realidad biológica de lo que estábamos viendo *las dos*. O la psicóloga quería que viéramos las palabras y cómo estaban escritas, o suprimir la realidad física de los muros de la torre era sencillamente una labor monumental y agotadora.

Las siguientes cosas también las experimentamos ambas durante el descenso inicial hacia la oscuridad. El aire se volvió frío y húmedo y, al caer la temperatura, adquirió una especie de suave dulzor, como el de un néctar sutil. También vimos las dos las minúsculas criaturas con forma de mano que vivían entre las palabras. Los techos eran más altos de lo esperado y, a la luz de nuestros cascos, al enfocarlos hacia arriba, la topógrafa pudo ver brillos y hélices como de rastros de caracoles o babosas. Pequeñas matas de musgo o líquenes salpicaban el techo y, dando muestra de una gran fuerza de tracción, unas pequeñísimas criaturas, traslúcidas y zancudas cual gambas ciegas, se paseaban también por allí.

Cosas que solo veía yo: que las paredes subían y bajaban ínfimamente al ritmo de la respiración de la torre. Que las palabras cambiaban de color, creando un efecto ondulante y estroboscópico como el del calamar. Que, con una variación de unos ocho centímetros sobre las palabras y otros ocho por debajo, había un espectro de palabras anteriores, escritas con la misma letra en cursiva. De hecho, esas capas de palabras formaban una cenefa, pues solo eran una impresión sobre la pared, un pálido atisbo de verde o violeta a veces, único signo de que antaño pudieron ser letras en relieve. La mayoría parecía repetir el hilo principal, pero otras no.

Durante un rato, mientras la topógrafa hacía fotos de las palabras vivientes, leí las palabras fantasma para ver por dónde podían ir. Costaba leerlas: había varios ramales

que se solapaban y empezaban y paraban y volvían a empezar. Perdía fácilmente el rastro de palabras y frases individuales. La cantidad de escrituras espectrales que se fundían con los muros sugería que el proceso llevaba largo tiempo en marcha. Pero, sin tener una idea de la extensión de cada «ciclo», no podía dar una estimación en años, ni siquiera aproximada.

Había, además, otro elemento en aquellos comunicados de los muros. Y no estaba segura de que la topógrafa pudiera verlo. Decidí ponerla a prueba.

—¿Reconoces esto? —le pregunté mientras señalaba una especie de celosía entrelazada en la que al principio ni siquiera yo identifiqué un dibujo; cubría el muro desde debajo de la escritura fantasma hasta encima de esta, y el ramal principal quedaba más o menos en el centro.

Se asemejaba vagamente a unos escorpiones ensartados cola con cola, que se erguían antes de reincorporarse otra vez. No podía decir si me encontraba ante un lenguaje per se: hasta donde yo sabía, podría haberse tratado de un diseño decorativo.

Fue un alivio que ella también lo viera.

—No, no lo reconozco —dije—. Pero no soy experta.

Me sentí muy irritada, pero no por ella. Yo no tenía el cerebro adecuado para aquella tarea, ni ella tampoco: necesitábamos un lingüista. Yo podía pasarme siglos mirando esa escritura en celosía y lo más original que se me ocurriría era que se parecía a las ramificaciones afiladas y duras del coral. A la topógrafa le recordaba a los escarpados afluentes de un gran río.

Sin embargo, al fin pude reconstruir fragmentos de un puñado de esas variantes: *Por qué voy a descansar si existe crueldad en el mundo… el amor de Dios brilla en cualquiera que entienda los límites de la resistencia, y permite el olvido… Elegido al servicio de un poder más elevado*. Si el hilo principal formaba una especie de sermón oscuro e incomprensible, esos fragmentos mostraban afinidad con tal propósito, sin una sintaxis tan exacerbada.

¿Procedían de algún tipo de narración más larga, tal vez de miembros de expediciones anteriores? En tal caso, ¿con qué fin? ¿Y a lo largo de cuántos años?

Pero todas esas preguntas nos las haríamos más tarde, a la luz de la superficie. De un modo mecánico, como un golem, me limité a hacer fotos de las frases clave —aun cuando la topógrafa creía que hacía fotos a una pared en blanco o que sacaba imágenes descentradas de las principales y micóticas palabras—, para poner cierta distancia entre yo y lo que pudiese pensar de esas variantes. Mientras, el garabato principal proseguía, igual de desconcertante: … *En el agua negra con el sol que brilla a medianoche, los frutos madurarán y en la oscuridad de aquello que es dorado se abrirán para revelar la revelación de la mortal inconsistencia de la tierra…*

Por algún motivo, aquellas palabras podían conmigo. Cogí muestras por el camino, aunque con poco entusiasmo. ¿Qué me iban a decir esos restos

insignificantes que metía con pinzas en tubos de vidrio? No mucho, me daba la sensación. Hay veces en que intuyes que la verdad de las cosas no te la revelarán los microscopios. Pronto, además, el sonido del palpitar de las paredes se me hizo tan audible que me paré y me puse unos tapones en los oídos para atenuarlo, procurando que la topógrafa se estuviera fijando en alguna otra cosa. Embozadas y medio sordas por razones distintas, proseguimos el descenso.

Tendría que haber percibido yo el cambio, no ella. Pero al cabo de una hora de camino en bajada, la topógrafa se detuvo unos peldaños por debajo de mí.

—¿Te parece que las palabras de la pared se están volviendo más… frescas?

—¿Más frescas?

—Más recientes.

Me la quedé mirando un instante. Yo me había adaptado a la situación, haciendo lo posible por fingir que era una observadora imparcial que se limita a catalogar detalles. Pero entonces sentí que aquella distancia que tanto me había costado lograr se me escapaba entre los dedos.

—Apaga la linterna —propuse mientras yo hacía otro tanto.

La topógrafa dudó. Después de mi anterior muestra de impulsividad, le llevaría un tiempo volver a confiar en mí, sobre todo tanto como para obedecer sin pensárselo y dejarse sumir en la oscuridad. Pero lo hizo. Lo cierto es que yo había dejado mi arma enfundada a propósito y ella podría haberme liquidado en un instante con su rifle de asalto, tirando con un gesto ágil de la correa y sacándoselo del hombro. Este presagio de violencia no era muy racional; sin embargo, se me presentó con la mayor facilidad, como si lo insertara en mi mente alguna fuerza externa.

En la oscuridad, con el latido de la torre todavía vibrando pese a los tapones en los oídos, las letras y las palabras se balanceaban al temblor de la respiración de los muros y vi que, en efecto, parecían más activas, de colores más vivos y destellos más intensos de los que recordaba en niveles superiores. Era un efecto más evidente incluso que si las palabras hubieran estado escritas con tinta de pluma estilográfica. «La brillante humedad escurridiza de lo nuevo».

En aquel lugar imposible dije, antes de dejarle la oportunidad a la topógrafa, para apropiármelo:

—Algo por debajo de nosotras está escribiendo este texto. Algo por debajo de nosotras puede estar en el proceso de escribirlo.

Explorábamos un organismo que podía contener un segundo organismo misterioso, que a su vez utilizaba otros organismos para escribir palabras en el muro. Eso convertía la descuidada piscina de mi niñez en algo simple y unidimensional.

Volvimos a encender las linternas. Vi miedo en los ojos de la topógrafa, pero también una extraña determinación. No tengo ni idea de qué vio ella en los míos.

—¿Por qué has dicho algo? —me preguntó. No la entendí—. ¿Por qué has dicho

algo y no «alguien»? ¿Por qué no va a ser «alguien»? —Me encogí de hombros—. Saca tu arma —me dijo la topógrafa, con cierto tono de indignación que disimulaba alguna emoción más honda.

La obedecí porque realmente me daba igual. Pero sosteniendo el arma me sentí torpe y rara, como si fuese la reacción equivocada a lo que pudiera estarnos esperando.

Si hasta aquel momento yo había tomado la iniciativa, de pronto parecía que estábamos intercambiando los papeles y, como resultado, la naturaleza de nuestra exploración también cambió. Por lo visto, habíamos establecido un nuevo protocolo. Dejamos de documentar las palabras y los organismos de los muros. Apretamos el paso y nos concentramos en descifrar la oscuridad ante nosotras. Hablábamos en susurros, como si pudiera oírnos alguien. Yo iba en cabeza y la topógrafa cubría la retaguardia hasta las curvas, donde ella se ponía primera y yo la seguía. En ningún momento hablamos de regresar. La psicóloga haciendo guardia parecía a miles de kilómetros de distancia. Nos impulsaba la energía nerviosa de saber que podía haber una respuesta bajo nuestros pies. Y una respuesta viva.

Al menos, la topógrafa debía de considerarlo en estos términos. Ella no percibía ni oía el palpitar de las paredes. Pero, a medida que avanzábamos, ni yo podía imaginarme al autor de esas palabras. Lo único que veía era lo que vi al volverme en la frontera, cuando íbamos hacia el campamento base: una bruma blanquecina. Y, aun así, supe que no podía ser humano. ¿Por qué? Por un buen motivo, que la topógrafa acabó advirtiendo al cabo de otros veinte minutos de descenso.

—Hay algo en el suelo —dijo.

Sí, había algo en el suelo; ya hacía rato que los peldaños estaban cubiertos de algún tipo de residuo. Yo no me había parado a examinarlo para no ponerla nerviosa, pues ni siquiera sabía si ella lo vería. El residuo iba desde el borde de la pared izquierda hasta medio metro de distancia de la pared derecha. Es decir, que abarcaba un espacio en los peldaños de unos dos metros y medio de ancho.

—Déjame ver —le pedí, ignorando su dedo trémulo.

Me agaché y enfoqué con la luz del casco los peldaños superiores que había a mi espalda. La topógrafa se acercó a mirar por encima de mi hombro. El residuo emitía un resplandor dorado y tenue, atravesado por escamas de un rojo de sangre seca. Parecía ser parcialmente reflectante. Lo palpé con un bolígrafo.

—Es un poco viscoso, como fango —dije—. Y se acumula unos dos dedos sobre los peldaños.

La impresión general era de algo que se deslizaba escaleras abajo.

—¿Y esas marcas? —preguntó la topógrafa, inclinándose para señalar otra vez.

Habló en susurros, lo que a mí me parecía inútil, y con voz entrecortada. Pero, cuanto más histérica la notaba a ella, más tranquila me sentía yo. Examiné las marcas

un momento. Eran de algo que resbalaba, tal vez, o se arrastraba, pero lo bastante despacio para revelar mucho más en el residuo que dejaba atrás. Las marcas que ella me señalaba eran ovaladas, de unos treinta centímetros de largo por quince de ancho. Seis se extendían sobre los peldaños, en dos filas. Un torbellino de muescas dentro de sus contornos recordaban a las rayas de los cilios. Unos veinte centímetros fuera de dichas huellas, rodeándolas, había dos líneas. Este doble círculo irregular trazaba una ondulación que salía y se adentraba, como el dobladillo de una falda. Más allá del «dobladillo» había leves indicadores de más «olas», como de alguna fuerza procedente de un cuerpo central que hubiera dejado una marca. Se parecía sobre todo a las líneas que quedan en la arena cuando el oleaje retrocede durante la marea baja. Salvo que algo había desdibujado las líneas para dejarlas borrosas, como un trazo al carboncillo.

Este descubrimiento me fascinó. No podía dejar de mirar el rastro, las marcas de cilio. Me imaginé que semejante criatura podía compensar la inclinación de la escalera del mismo modo que una cámara geoestabilizadora compensaría los baches de un camino.

—¿Alguna vez habías visto algo así? —me preguntó la topógrafa.

—No —contesté. Me esforcé por tragarme una respuesta más cáustica—. No, nunca.

Determinados trilobites, caracoles y gusanos dejan rastros simples en comparación aunque vagamente similares. Tenía la certeza de que nadie en el mundo había visto nunca un rastro de aquella complejidad y envergadura.

—¿Y esto? —La topógrafa indicaba un peldaño algo más elevado.

Lo apunté con la linterna y vi la sombra de una bota en el residuo.

—Es una bota nuestra.

Tan prosaica en comparación. Tan aburrida.

La luz de su casco se movió de un lado a otro al sacudir ella la cabeza.

—No. Mira.

Señaló las huellas de mis botas y las suyas. Esas otras eran de un tercer par y se dirigían escaleras abajo.

—Es verdad —dije—. Es otra persona, no hace mucho.

La topógrafa se puso a blasfemar. A esas alturas no pensábamos buscar más huellas de botas.

Según los documentos que nos habían mostrado, la primera expedición no informó de nada fuera de lo común en el Área X; tan solo era una naturaleza prístina y vacía. Al no regresar la segunda ni la tercera, cuya suerte se desconocía, las expediciones se cancelaron durante un tiempo. Cuando se emprendieron de nuevo, fue con voluntarios que conocieran al menos parte del riesgo. Desde entonces, algunas expediciones habían salido más airosas que otras.

La undécima en particular había sido complicada, y personalmente difícil para mí por un hecho respecto al cual no he sido del todo sincera hasta ahora: mi esposo participó en esa expedición como médico. Él no quería serlo: siempre prefirió los primeros auxilios y las urgencias. «Yo quiero ser una enfermera de tría en el terreno», como decía. Lo había reclutado para el Área X un amigo, que lo recordaba de cuando ambos habían trabajado para la Marina, antes de que él se pasara al servicio de ambulancias. Al principio no contestó que sí, se mostró inseguro, pero con el tiempo lo convencieron. Aquello creó un gran conflicto entre nosotros, aunque ya entonces teníamos problemas.

Sé que esta información se podría descubrir sin dificultad, pero he confiado en resultar un testimonio creíble y objetivo para quien lea este relato. No alguien que se presentó voluntario para el Área X por algún otro hecho no relacionado con el propósito de las investigaciones. Y en cierto sentido sigue siendo así, y la posición de mi marido como miembro de una expedición es en muchos aspectos irrelevante respecto a por qué me apunté.

Pero ¿cómo no iba a afectarme el Área X, aunque solo fuese a través de él? Una noche, cerca de un año después de que se marchara a cruzar la frontera, oí desde la cama que había alguien en la cocina. Armada con un bate de béisbol, salí del dormitorio y encendí todas las luces de la casa. Me encontré a mi marido junto al frigorífico, todavía con la ropa de la expedición y bebiendo leche hasta que le rebosó por la barbilla y el cuello. Y comiendo sobras desaforadamente.

Me quedé sin habla. Solo pude mirarlo como a un espejismo, como si moverme o hablar fuese a convertirlo en nada, o en menos que nada.

Nos sentamos en la sala de estar, él en el sofá y yo enfrente, en una silla: me hacía falta cierta distancia respecto a tan súbita aparición. No supo decirme cómo había abandonado el Área X, ni recordaba en absoluto el trayecto hasta casa. Solo conservaba una reminiscencia vaga de la expedición en sí. Desprendía una rara serenidad, salpicada solo por instantes de angustia remota cuando, al preguntarle yo por lo ocurrido, se daba cuenta de que su amnesia no era normal. Tampoco parecía tener ningún recuerdo de cómo había empezado a desintegrarse nuestro matrimonio, mucho antes de las discusiones por su marcha al Área X. De pronto él hacía gala de esa misma distancia de la que, a veces de forma sutil y otras no tanto, me había acusado a mí en el pasado.

Al cabo de un rato ya no pude soportarlo. Lo desnudé, lo mandé a ducharse y lo llevé al dormitorio, donde hicimos el amor, yo encima. Intentaba recuperar algún resto del hombre al que recordaba, aquel que, a diferencia de mí, era extravertido, impulsivo y siempre con ganas de ser de utilidad, el que había sido un apasionado navegante de recreo y que, dos semanas al año, se iba a la playa con sus amigos para embarcarse. Pero no encontré ningún rastro de eso en él.

Durante todo el tiempo que estuvo dentro de mí, me miró a la cara con expresión de recordarme pero solo como a través de una neblina, cosa que me ayudó un rato, a pesar de todo: lo hizo más real, me permitió fingir.

Pero no por mucho tiempo. Solo volvió a mi vida unas veinticuatro horas. La tarde siguiente se presentaron a buscarlo y, en el centro de observación, lo visité hasta el final, después de pasar por el largo e interminable proceso para que me dieran una acreditación de seguridad. Un lugar aséptico donde le hicieron pruebas y trataron sin éxito de penetrar en su serenidad y su amnesia. Me recibía como a un viejo amigo —una especie de ancla con que dar algún sentido a su vida—, pero no como a su pareja. Confieso que iba a verlo con la esperanza de encontrar algún resquicio del hombre al que había conocido antaño. Pero nunca lo logré. Incluso el día en que supe que le habían diagnosticado un cáncer sistémico inoperable, mi marido se me quedó mirando con una expresión ligeramente confusa en la cara.

Murió seis meses más tarde. Y en todo ese tiempo no pude atravesar la máscara, ni hallar dentro de él al hombre que yo había conocido. Ni a través de mis interacciones con él ni viendo después las entrevistas a los distintos miembros de la expedición, todos los cuales también murieron de cáncer. Ocurriera lo que ocurriese en el Área X, él ya no había regresado. No de verdad.

Seguimos adentrándonos en la oscuridad y no pude evitar preguntarme si mi marido habría experimentado algo de eso. Ignoraba cómo había cambiado las cosas mi infección. ¿Acaso me había embarcado en el mismo viaje o él se había encontrado algo completamente distinto? Y si era parecido, ¿en qué se habían diferenciado sus reacciones y cómo había cambiado eso lo ocurrido después?

El camino de fango se espesó y ya podíamos afirmar que las escamas rojas eran organismos vivos liberados por lo que fuese que había más abajo, pues se retorcían en la superficie viscosa. El color de la sustancia se había vuelto más intenso, por lo que parecía una alfombra de un dorado reluciente dispuesta para que la pisáramos de camino a un extraño aunque magnífico banquete.

—¿Volvemos? —dijo la topógrafa, o tal vez yo.

Y la otra:

—Solo hasta la próxima curva. Un poco más y luego volvemos.

Era la comprobación de una confianza frágil. Era la comprobación de nuestra curiosidad y fascinación, que iban de la mano con el miedo. Una comprobación de si preferíamos ser ignorantes o arriesgadas. Sabíamos que el tacto de nuestras botas al avanzar con cautela por aquel vertido viscoso y aquella sensación de quedarnos pegadas aun consiguiendo avanzar acabarían desembocando en una inercia, si lo llevábamos demasiado lejos.

Pero la topógrafa dobló entonces una esquina antes que yo y retrocedió de golpe hasta topar conmigo, me empujó de vuelta escaleras arriba y yo la dejé.

—Hay algo ahí abajo —me murmuró al oído—. Algo como un cadáver o una persona.

No puntualicé que un cadáver podía ser una persona.

—¿Está escribiendo cosas en la pared?

—No: desplomado junto al muro. Solo lo he visto con el rabillo del ojo.

Su respiración se volvió acelerada y superficial al otro lado de la máscara.

—¿Hombre o mujer? —quise saber.

—Me ha parecido que era una persona —dijo, ignorando mi pregunta—. Me ha parecido una persona. Me lo ha parecido.

Los cadáveres son una cosa, pero ningún entrenamiento te prepara para encontrarte con un monstruo.

No podíamos salir de la torre sin investigar antes este nuevo misterio. No podíamos. La agarré por los hombros y la obligué a mirarme.

—Dices que es como una persona agazapada al lado de la pared. No es eso lo que estamos rastreando. Esto tiene que ver con las otras huellas de botas. Lo sabes. Podemos arriesgarnos a echar un vistazo y luego volver. Esto es lo más lejos que iremos, no importa lo que encontremos, te lo prometo.

Asintió. La idea de que aquello fuese el límite, de no continuar bajando, bastó para templarla. «Solo esto y pronto verás la luz del sol».

Volvimos a bajar. Los peldaños nos parecieron especialmente resbaladizos, aunque seguro que era nuestro histerismo, y caminamos despacio, utilizando el lienzo en blanco del muro derecho para mantener el equilibrio. La torre callaba, conteniendo el aliento con un latido que de pronto era mucho más lento y distante que antes, o acaso yo solo oía la sangre que se me agolpaba en la cabeza.

Al doblar la esquina, vi la figura y apunté la luz de mi casco hacia ella. Si hubiese dudado un segundo más, nunca habría tenido el valor de hacerlo. Era el cadáver de la antropóloga, agazapada contra el muro izquierdo, con las manos en el regazo, la cabeza gacha como en una plegaria y con algo verde saliéndole de la boca. Su ropa parecía extrañamente borrosa e indefinida. Un tenue resplandor dorado emanaba de su cuerpo, casi imperceptible; supuse que la topógrafa no lo vería en absoluto. En ningún caso me imaginé a la antropóloga viva. Lo único que se me ocurría pensar era: «La psicóloga nos ha mentido»; de repente, la presión de su presencia muy arriba, custodiando la entrada, me oprimió de un modo intolerable.

Levanté una palma en dirección a la topógrafa, dándole a entender que se quedara donde estaba, a mi espalda, y di un paso al frente, con la luz apuntando a la oscuridad. Me adelanté al cadáver lo bastante como para confirmar que los peldaños de abajo estaban vacíos; luego corrí otra vez junto al cadáver.

—Vigila mientras le echo un vistazo al cuerpo —le susurré a la topógrafa. No le conté que acababa de percibir un eco leve de «algo» mucho más abajo, avanzando

despacio.

—¿Es un cadáver? —me preguntó. Tal vez se esperaba algo más raro. Tal vez se creía que la figura estaba durmiendo.

—Es la antropóloga —anuncié; vi que registraba la información por la tensión de sus hombros.

Sin mediar palabra, me pasó rozando para ir a colocarse más allá del cuerpo, apuntando a la oscuridad con el rifle de asalto.

Con cuidado, me arrodillé junto a la antropóloga. Quedaba poca cosa de su cara, y la piel restante estaba llena de marcas de quemaduras. Brotando de su mandíbula rota, que tenía aspecto de que alguien la hubiera partido en un solo acto de brutalidad, un torrente de ceniza verde se posaba en su pecho en un montículo. En las manos, con las palmas arriba sobre el regazo, no le quedaba piel, tan solo una especie de filamento vaporoso y más marcas de quemaduras. Las piernas parecían fusionadas entre sí y medio fundidas; le faltaba una bota y la otra había ido a dar en la pared. Esparcidos a su alrededor había algunos tubos de muestra como los que me había llevado yo. Su caja negra, aplastada, yacía a varios metros de su cuerpo.

—¿Qué le ha ocurrido? —murmuró la topógrafa.

No paraba de mirar atrás con nerviosismo mientras montaba guardia, como si lo ocurrido aún no hubiese terminado. Como si esperase que la antropóloga volviera horripilantemente a la vida. No le respondí. Lo único que habría podido decir era «No lo sé», expresión que se estaba convirtiendo en una especie de testificación de nuestra ignorancia o incompetencia, o ambas cosas.

Enfoqué la linterna a la pared, por encima de la antropóloga. Allí el texto se volvía errático durante un trecho, disparándose para luego caer en picado antes de estabilizarse.

… las sombras del abismo son como los pétalos de una yema monstruosa que florecerá entre las paredes del cráneo y expandirá la mente más allá de lo que un hombre puede soportar…

—Me parece que interrumpió al autor del texto —dije.

—¿Y entonces le hizo eso?

Me estaba suplicando alguna otra explicación. Yo no la tenía, así que no contesté, tan solo volví a observar, con ella ahí, contemplándome.

Una bióloga no es una detective, pero yo empezaba a pensar como si lo fuese. Repasé el suelo por todos lados y primero identifiqué las huellas de mis botas y después las de la topógrafa. Aunque habíamos desdibujado los rastros originales, todavía quedaban señales. De entrada, la «cosa» —esperanzas de la topógrafa aparte, yo no concebía que fuese humano— se había dado claramente la vuelta, como en un arrebato. En vez de la marca resbaladiza y suave, el fango presentaba como un remolino en el sentido de las agujas del reloj; las marcas de los «pies», que es lo que

me parecían, se alargaban y se estrechaban por el repentino cambio. Pero, además del remolino, también vi huellas de botas. Recuperé la bota caída, procurando rodear el contorno de las pruebas de la escaramuza, y comprobé que las huellas del centro del remolino eran de la antropóloga; también distinguí señales parciales que subían por el muro de la derecha, como si esta se hubiera aferrado a él.

Empecé a formarme una imagen mental de la antropóloga deslizándose en la oscuridad para observar al autor del texto. Los tubos relucientes de cristal esparcidos alrededor del cuerpo hacían pensar que había querido tomar una muestra. Pero ¡qué locura o qué imprudencia! Un gran riesgo, y la antropóloga nunca me pareció impulsiva ni valiente. Me quedé allí un instante antes de seguir el rastro escaleras arriba, dirigiéndome hacia la topógrafa, y desesperándola, para colocarme en su posición. De haber habido algo a lo que disparar se habría sentido más tranquila; pero solo teníamos lo que acechara en nuestra imaginación.

Otra docena de peldaños hacia arriba, hasta donde aún se divisaba una fracción de la antropóloga muerta, encontré las huellas de dos juegos de botas, frente a frente. Uno de ellos pertenecía a la antropóloga. El otro no era mío ni de la topógrafa.

Las piezas encajaron y pude verlo todo en mi cabeza: en plena noche, la psicóloga había despertado a la antropóloga, la había hipnotizado y se habían dirigido juntas a la torre para descender hasta este punto. Aquí, la psicóloga le había dado a la antropóloga, todavía hipnotizada, una orden que seguramente sabía que era suicida, y la antropóloga había ido directa hacia la cosa que escribía las palabras en el muro para sacarle una muestra… sufriendo en el intento una muerte espantosa. Entonces la psicóloga había huido, pues al volver a bajar no encontré otro rastro de sus botas por debajo de este punto. Sentí algo por la antropóloga entre la pena y la empatía. Débil y atrapada, sin elección.

La topógrafa me esperaba ansiosa.

—¿Qué has encontrado?

—Aquí ha habido otra persona además de la antropóloga.

Le expliqué mi teoría.

—Pero ¿por qué iba a hacer algo así la psicóloga? —me preguntó—. Ya habíamos quedado en venir todas juntas por la mañana.

Tuve la sensación de estar viendo a la topógrafa desde miles de kilómetros de distancia.

—No tengo ni idea —admití—. Pero nos ha estado hipnotizado a todas y no solo para darnos tranquilidad mental. Puede que el propósito de esta expedición no sea el que nos contaron.

—Hipnosis. —Pronunció la palabra como si no tuviera sentido—. ¿Cómo lo sabes? ¿Cómo es posible que lo sepas?

Parecía resentida, conmigo o con la teoría, no lo supe muy bien. Pero entendía el

porqué.

—No sé cómo, yo me he vuelto inmune —le expliqué—. A ti te ha hipnotizado antes de que bajáramos aquí, para asegurarse de que cumples con tu deber. Lo he visto.

Quise confesarle de qué modo me había inmunizado, pero creí que sería un error.

—¿Y no has hecho nada? En el caso de que sea verdad.

Al menos, consideró la posibilidad de creerme. Tal vez algún resto o alguna neblina de aquel episodio permanecían en su mente.

—No quería que la psicóloga supiera que ya no puede hipnotizarme. —Además, yo quería bajar ahí. La topógrafa se quedó pensando un momento—. Puedes creerme o no, pero créete esto: cuando volvamos a subir, tenemos que estar preparadas para lo que sea. A lo mejor hay que inmovilizar o matar a la psicóloga porque no sabemos qué es lo que está planeando.

—¿Por qué iba a planear nada? —quiso saber la topógrafa. ¿Era desprecio lo que reflejaba su voz u otra vez miedo?

—Puede que le hayan dado unas órdenes distintas a las nuestras —señalé, como si se lo explicara a un niño. No contestó, y lo interpreté como una señal de que se iba acostumbrando a la idea—. Tengo que ir yo antes, porque a mí no me afecta. Y tú ponte esto: a lo mejor te ayuda a resistir la sugestión hipnótica.

Le di un par de tapones para los oídos.

Los cogió vacilante.

—No —respondió—. Subiremos juntas, al mismo tiempo.

—Es poco acertado —dije.

—Me da igual. Tú no vas ahí arriba sin mí. No pienso esperarme aquí a oscuras a que tú lo arregles todo.

Lo consideré un instante y dije:

—Vale. Pero si veo que empieza a coaccionarte, tendré que pararla. O al menos intentarlo.

—Si es que tienes razón —puntualizó ella—. Si me estás diciendo la verdad.

—Desde luego.

Ignorándome, continuó:

—¿Y el cadáver?

¿Significaba eso que estaba de acuerdo? Confié en ello. O tal vez tratara de desarmarme en el camino de vuelta. A lo mejor la psicóloga ya la había preparado en este sentido.

—La antropóloga se queda aquí. No podemos ir cargadas; además, no sabemos qué contaminantes podría traernos.

La topógrafa asintió. Al menos no era sentimental. Poco quedaba de la antropóloga en aquel cuerpo, y ambas lo sabíamos. Yo me esforzaba al máximo por

no pensar en sus últimos momentos con vida, en el terror que tuvo que sentir mientras intentaba cumplir con una tarea que le había inculcado otra persona aunque supusiera su muerte. «¿Qué vio? ¿Qué estuvo mirando antes de que la oscuridad lo llenara todo?»

Antes de regresar cogí uno de los tubos de cristal diseminados en torno a la antropóloga. Solo contenía un resto de una sustancia densa, como una pulpa, con destellos de color dorado oscuro. Tal vez hubiera recogido alguna muestra útil después de todo, antes del fin.

Mientras ascendíamos hacia la luz, traté de distraerme. Rememoré mi entrenamiento una y otra vez en busca de una clave, cualquier resquicio de información que pudiera revelarme algo respecto a nuestros descubrimientos. Pero no encontré nada. Solo logré asombrarme de haber sido tan crédula como para pensar que me estaban enseñando cosas de utilidad. Siempre haciendo hincapié en nuestras capacidades y nuestros conocimientos de base. Siempre, pensándolo ahora, aquella determinación obstinada en ocultar y complicar, disfrazada de preocupación por nosotras, por que no nos asustáramos o abrumáramos.

El mapa fue el primer medio de encubrimiento, pues ¿qué es un mapa sino una forma de destacar ciertas cosas y disimular otras? Siempre volvían a remitirnos al mapa, a la memorización de sus detalles. Nuestro instructor, cuyo nombre desconocíamos, nos aleccionó durante seis largos meses sobre la posición del faro en relación al campamento base o la cantidad de kilómetros entre un puñado de casas ruinosas y el siguiente. O cuántos kilómetros de costa se esperaba que explorásemos. Casi siempre en el contexto del faro, no del campamento base. Llegamos a familiarizarnos tanto con el mapa, con sus dimensiones y con la idea de lo que contenía, que así ya no nos preguntamos el porqué o incluso el qué.

¿Por qué esa franja de costa? ¿Qué podía haber en el interior del faro? ¿Por qué el campamento estaba ubicado dentro del bosque, lejos del faro pero bastante cerca de la torre (que, por supuesto, no existía en el mapa)? ¿Y el campamento base siempre había estado allí? ¿Qué había más allá del mapa? Al conocer el alcance de la sugestión hipnótica que se nos había aplicado, comprendía que la focalización en el mapa podía ser en sí una clave implícita. Que, si no hacíamos preguntas, era porque estábamos programadas para no hacerlas. Que el faro, simbólico o real, podía ser un desencadenante subconsciente para la sugestión hipnótica… y que pudo ser también el epicentro de lo que fuese que acabó convirtiéndose en el Área X.

Mi aleccionamiento sobre el medio ambiente del lugar se había enfocado con el mismo sesgo. La mayor parte del tiempo la dediqué a familiarizarme con los ecosistemas de transición naturales, con la flora y la fauna y con la polinización cruzada que podía esperarme encontrar. Pero también me había puesto al día respecto a los hongos y los líquenes que, a la luz de las palabras del muro, de pronto resaltaban

en mi cabeza como los verdaderos objetivos de todo el estudio. Si el mapa estaba concebido solo para distraer, la investigación medioambiental era lo que, a fin de cuentas, debía prepararme de verdad. A no ser que me estuviera volviendo paranoica. Pero, si no, ellos sabían lo de la torre, tal vez desde el principio.

A partir de ahí, mis sospechas aumentaron. Nos habían sometido a una dura instrucción para la supervivencia y el uso de armas, tras la cual caíamos directamente rendidas en nuestros respectivos cuartos casi todas las noches. Incluso en las pocas ocasiones en que entrenamos juntas, lo hacíamos de forma independiente. Nos despojaron de nuestros nombres al segundo mes: en el Área X, los nombres solo se aplicaban a las cosas y solo en términos de su etiqueta más general. Era otra forma de distraernos para que no hiciéramos determinadas preguntas, a las que solo habríamos llegado conociendo detalles específicos. Pero los detalles específicos correctos; no, por ejemplo, que había seis especies de serpientes venenosas en el Área X. Radical, sí, pero yo no estaba en disposición de dejar de lado ni el escenario más improbable.

Cuando estuvimos listas para cruzar la frontera, lo sabíamos todo… sin saber nada.

La psicóloga no estaba cuando salimos pestañeando a la luz del sol, quitándonos las mascarillas para respirar aire fresco. Nos habíamos preparado para casi todo menos para su ausencia, que al principio nos dejó descolocadas, como flotando en aquel día cualquiera, de cielo azul brillante y largas sombras proyectadas por los árboles. Me quité los tapones de los oídos; ya no oía en absoluto el palpitar de la torre. Resultaba incomprensible que lo que habíamos visto allá abajo pudiera coexistir con lo prosaico. Fue como si ascendiéramos más rápido de la cuenta de una inmersión en aguas profundas y los recuerdos de las criaturas observadas nos causaran descompresión.

Estuvimos buscando a la psicóloga por los alrededores, convencidas de que se estaba escondiendo y con la esperanza de llegar a encontrarla, pues seguro que tenía una explicación. Al cabo de un rato se volvió casi morboso seguir rebuscando en la zona que rodeaba la torre, pero durante una hora fuimos incapaces de parar. Al fin tuve que reconocer la verdad.

—No está —dije.

—A lo mejor ha vuelto al campamento base —señaló la topógrafa.

—¿Estás de acuerdo en que su ausencia es un signo de culpabilidad? —le pregunté.

Escupió sobre la hierba y me miró con atención.

—Pues no. Le puede haber pasado algo. Quizá haya tenido que volver al campamento.

—Has visto las huellas. Has visto el cadáver.

Señaló con su rifle.

—Volvamos al campamento base.

No supe cómo interpretarla, si se estaba poniendo de mi lado o si andaba con pies de plomo. En todo caso, salir a la superficie la había envalentonado, y yo la prefería insegura.

Pero, de vuelta en el campamento base, parte de su determinación se desmoronó, pues la psicóloga no estaba. Es más, se había llevado la mitad de nuestras provisiones y la mayor parte de las armas. O eso, o las había enterrado en alguna parte. Así que sabíamos que la psicóloga continuaba con vida.

Es preciso comprender cómo me sentí entonces, cómo se sintió la topógrafa. Éramos científicas formadas para observar los fenómenos naturales y los resultados de la actividad humana, no para afrontar algo que, a todas luces, resultaba espectral. En situaciones fuera de lo corriente, incluso la presencia de un potencial enemigo puede ser reconfortante. En ese momento estábamos muy cerca de los límites de algo inaudito y, transcurrida menos de una semana desde el inicio de nuestra misión, no solo habíamos perdido a la lingüista en la frontera, sino a la antropóloga y a la psicóloga.

—Vale, me rindo —admitió la topógrafa, arrojando el rifle y desplomándose en una silla frente a la tienda de la antropóloga, cuyo interior yo estaba registrando—. Te voy a creer de momento. Y te creo porque realmente no tengo elección. ¿Qué hacemos ahora?

En la tienda de la antropóloga tampoco había pistas. El horror de lo que le había ocurrido aún me tenía impactada. Que te coaccionen para arrojarte a la muerte. Si yo estaba en lo cierto, la psicóloga era una asesina, y en un grado mucho mayor que lo que fuese que había matado a la antropóloga.

Como yo no respondía, la topógrafa repitió, poniéndole más énfasis:

—¿Qué narices vamos a hacer ahora?

Mientras salía de la tienda, le dije:

—Examinar las muestras que hemos traído, revelar las fotos y estudiarlas. Y mañana, seguramente, volver a la torre.

Soltó una carcajada mientras buscaba con esfuerzo las palabras. Por un instante pareció que el rostro se le iba a partir, tal vez por la tensión de ahuyentar el fantasma de alguna sugestión hipnótica. Finalmente, lo sacó:

—No. Yo no vuelvo a bajar ahí. Y es un túnel, no una torre.

—¿Qué quieres hacer si no? —le pregunté.

Las palabras le salieron más veloces y resueltas, como si ya hubiera derribado alguna barrera.

—Vamos a la frontera y esperamos la extracción. No tenemos recursos para continuar, y si tú tienes razón la psicóloga está por ahí maquinando algo, aunque solo sea qué excusas nos dará. Y si no, si está muerta o herida porque la ha atacado algo,

ya tengo otro motivo para largarnos.

Se encendió uno de los pocos cigarrillos que nos habían dado. Dio dos caladas largas y el humo le salió por la nariz.

—Yo no estoy lista para volver —afirmé—. Todavía no.

Ni lo más mínimo, a pesar de lo ocurrido.

—Realmente prefieres este sitio, ¿verdad? —dijo la topógrafa. En el fondo no era una pregunta; su voz desprendía una especie de lástima o repugnancia—. ¿Te crees que esto va a durar mucho? Te diré una cosa: he visto más posibilidades en maniobras militares concebidas para simular resultados negativos.

Aunque tenía razón, se estaba dejando llevar por el miedo. Opté por tomar prestadas las tácticas dilatorias de la psicóloga.

—Miremos lo que hemos traído y luego decidimos qué hay que hacer. Siempre estás a tiempo de volver mañana a la frontera.

Dio otra calada al cigarrillo mientras digería mi propuesta. La frontera quedaba a cinco días de marcha.

—Eso sí —convino, cediendo de momento.

No dije lo que pensaba: que podía no ser tan sencillo. Que a lo mejor solo cruzaba de vuelta la frontera en el sentido abstracto en que lo había hecho mi esposo, despojada de lo que la hacía única. Pero no quise que se sintiera atrapada y sin salida.

Dediqué el resto de la tarde a observar las pruebas con microscopio, en una mesa que coloqué fuera de mi tienda. La topógrafa estuvo ocupada revelando fotos en la tienda que hacía las veces de cuarto oscuro improvisado, un proceso frustrante para cualquiera acostumbrado a lo digital. Luego, mientras las fotos reposaban, volvió a ponerse con los restos de mapas y documentos abandonados en el campamento base por la expedición anterior.

Mis muestras eran como una colección de crípticos chistes con desenlaces que yo no entendía. Las células de la biomasa que componía las palabras del muro mostraban una estructura poco habitual, aunque entraban dentro de lo aceptable. Eso sí, imitaban magníficamente a ciertas especies de organismos saprotróficos. Tomé nota mental de coger una muestra de la pared que las sostenía. No tenía ni idea de lo hondo que habían arraigado los filamentos, ni de si había nódulos debajo y los filamentos eran simples centinelas.

La muestra de tejido de la criatura con forma de mano se resistía a toda interpretación, lo cual era raro pero no me decía nada. Lo que quiero decir es que no encontré células en la muestra, tan solo una superficie ambarina y sólida con burbujas de aire en su interior. En aquel momento lo interpreté como una muestra contaminada o una prueba de que ese organismo se descomponía rápidamente. Me vino otra idea a la cabeza, demasiado tarde para comprobarla: que, al haber absorbido las esporas del organismo, yo causaba una reacción en la muestra. Pero no disponía de los

dispositivos médicos para someterme al tipo de diagnósticos que habrían revelado cambios en mi cuerpo o mente desde el encuentro.

Y luego estaba la muestra del vial de la antropóloga, que había dejado para lo último por motivos evidentes. Le había pedido a la topógrafa que cortara una sección, la colocase en el portaobjetos y apuntara lo que veía por el microscopio.

—¿Por qué? —preguntó—. ¿Por qué me necesitas para esto?

Vacilé.

—Hipotéticamente… podría haber contaminación.

Mala cara y mandíbula tensa.

—Hipotéticamente, ¿por qué ibas a estar más o menos contaminada que yo?

Me encogí de hombros.

—Por nada en especial. Pero yo fui la primera que encontró las palabras en el muro.

Me miró como si hubiera dicho una chorrada y se rio con aspereza.

—Pero si estamos metidas hasta el cuello. ¿En serio crees que esas mascarillas nos van a proteger? ¿De lo que esté pasando aquí?

Se equivocaba —o eso creía yo—, pero no la corregí. La gente trivializa o simplifica la información por muchos motivos.

No hubo más que decir. Ella volvió a su trabajo mientras yo escudriñaba a través del microscopio la muestra de lo que fuese que mató a la antropóloga. Al principio no supe qué estaba mirando, por lo inesperado que resultaba: tejido cerebral, y no uno cualquiera. Las células parecían increíblemente humanas, con alguna irregularidad. En aquel momento pensé que la muestra se había corrompido, pero en todo caso, no en mi presencia: las notas de la topógrafa describían perfectamente lo mismo que veía yo y, cuando volvió a mirar su muestra más tarde, me confirmó su naturaleza inmutable.

Seguí mirando por las lentes del microscopio, alzando la cabeza y mirando otra vez, como si no pudiera ver la muestra correctamente. Entonces me concentré y estuve observándola hasta que se convirtió en una serie de garabatos y círculos. ¿De veras era humano? ¿O fingía serlo? Como he dicho, presentaba irregularidades. ¿Y cómo había tomado la antropóloga la muestra? ¿Se acercó a la cosa con un cucharón de helado y le dijo: «Cojo una biopsia de tu cerebro»? No, la muestra tenía que proceder del contorno, del exterior. Es decir, no podía ser tejido cerebral; es decir, definitivamente no era humano. Otra vez me sentí desorientada, a la deriva.

Fue entonces cuando la topógrafa irrumpió lanzando las fotografías reveladas encima de mi mesa.

—Nada —dijo.

Las fotos de las palabras en el muro eran un derroche de colores luminosos y borrosos. Y las fotos de todo lo demás habían salido negras. Las pocas que quedaban

entremedio tampoco estaban enfocadas. Yo sabía que se debía seguramente a la lenta y constante respiración de las paredes, que además debía de desprender algún tipo de calor o agente distorsionante. Todo ello me hizo caer en la cuenta de que no había cogido muestras de los muros; había reconocido las palabras como organismos y también las paredes, pero mi mente siguió registrando estas como inertes, como parte de una estructura, así que, ¿para qué coger una muestra?

—Pues sí —convino la topógrafa, malinterpretando mis imprecaciones—. ¿Ha habido más suerte con las muestras?

—Qué va —respondí sin apartar la vista de las fotografías—. ¿Y los mapas y los papeles?

La topógrafa resopló.

—Nada, ni una mierda. Solo que hay una fijación con el faro: observar el faro, ir hasta el faro, vivir en el puñetero faro…

—O sea, que no tenemos nada.

La topógrafa ignoró mi comentario y continuó:

—¿Y ahora qué hacemos?

Era más que evidente que odiaba tener que preguntarlo.

—Cenar —propuse—. Dar un paseo por el perímetro para asegurarnos de que la psicóloga no se esconda entre los arbustos. Pensar qué haremos mañana.

—Te diré lo que no haremos: no volveremos a meternos en el túnel.

—Torre.

Se me quedó mirando. Era absurdo discutir con ella.

Al caer la noche, el acostumbrado lamento nos llegó del otro lado de las marismas mientras cenábamos junto a la hoguera. Yo apenas me percaté, concentrada en la comida: no sabía por qué, pero tenía muy buen sabor. Me la zampé en cuestión de segundos mientras la topógrafa me observaba perpleja. Poco o nada teníamos que decirnos la una a la otra. Hablar habría significado planificar, y nada de lo que yo tenía pensado la complacería.

El viento arreció y se puso a llover. Cada gota que caía se me antojaba un diamante tallado, líquido y perfecto, que refractaba la luz aun en la penumbra, y pude oler el mar e imaginarme el oleaje. El viento era como algo vivo; se introducía en cada uno de mis poros y olía también, transportando en sí el aroma terroso de los juncos de los pantanos. En el espacio confinado de la torre había intentado ignorar el cambio, pero mis sentidos seguían demasiado agudizados, demasiado nítidos. Me iba acostumbrando a ello, pero en momentos como ese recordaba que, solo un día atrás, yo era otra persona.

Hicimos guardia por turnos. Perder horas de sueño nos parecía menos temerario que permitir que la psicóloga se nos echara encima sin previo aviso: conocía la ubicación de cada tramo de cable trampa y no teníamos tiempo de desmontarlos y

montarlos otra vez. Le dejé el primer turno a la topógrafa como gesto de buena fe.

A mitad de la noche, esta vino a avisarme para el segundo turno, pero yo ya estaba despierta a causa de los truenos. Se fue a la cama de mal humor. Dudo de que confiara en mí; simplemente, creo que era incapaz de seguir manteniendo los ojos abiertos después de un día tan tenso.

La lluvia redobló su intensidad. No era que me preocupara que se nos viniera la tienda abajo —eran reglamentarias del ejército y aguantaban de todo menos un huracán—, pero, si de todos modos tenía que estar despierta, quería experimentar la tormenta. De modo que salí afuera a empaparme del agua que picaba y a embutirme en las ráfagas de aire. Oí que la topógrafa ya roncaba en su tienda; seguramente había dormido en peores situaciones. Las lentas luces de emergencia palpitaban en los límites del campamento, convirtiendo las tiendas en triángulos de sombra. Hasta la oscuridad me parecía más viva, rodeándome como algo físico, y ni siquiera puedo decir que fuese una presencia siniestra.

En aquel momento me sentí como si todo fuese un sueño: la instrucción, mi vida anterior, el mundo que dejé atrás… Nada de eso importaba ya. Solo ese lugar importaba, solo ese momento, y no porque la psicóloga me hubiera hipnotizado. Presa de aquella emoción tan potente, miré hacia la costa a través de los intersticios abruptos de entre los árboles. Allí se agazapaba una oscuridad más inmensa todavía: la confluencia de la noche, de las nubes y del mar. Y en algún lugar, más allá, otra frontera.

Entonces lo vi, a través de la oscuridad: un parpadeo de luz anaranjada. Tan solo una pincelada, demasiado alta en el cielo. Me desconcertó hasta que comprendí que debía de tener su origen en el faro. Mientras lo observaba, el parpadeo se desplazó a la izquierda y subió un poco antes de esfumarse; minutos después reapareció mucho más arriba y se apagó del todo. Aguardé a que la luz volviera, pero no lo hizo. Sin saber por qué, cuanto más rato permanecía apagada, más me inquietaba yo, como si en aquel lugar extraño una luz —de cualquier tipo— fuese un signo de civilización.

El último día a solas con mi esposo, cuando volvió de la undécima expedición, hubo tormenta también. Un día diáfano como un sueño, como algo extraño pero familiar: rutina familiar pero calma extraña, más incluso que antes de que él se marchara, y a lo que ya me había tenido que acostumbrar entonces. Las semanas previas a la expedición, tuvimos violentas discusiones. Yo lo había empujado contra la pared, le había arrojado cosas. Lo que fuese con tal de quebrar el blindaje de una decisión que, una vez que lo sabía, podían haberle impuesto mediante sugestión hipnótica.

—Si te vas —le había dicho—, a lo mejor no vuelves, y si vuelves no puedes saber si te estaré esperando.

Eso le arrancó una risa exasperada.

—Ah, ¿es que todo este tiempo me has estado esperando? —respondió—. ¿Es que ya he llegado?

Para entonces ya estaba decidido, y cualquier impedimento lo ponía de muy mal humor… lo que habría sido de lo más natural, con hipnosis o no: iba muy acorde con su carácter decidir algo y llevarlo hasta sus últimas consecuencias; dejar que un impulso se convirtiera en obsesión, sobre todo si pensaba que contribuía a una causa mayor que él. Era uno de los motivos por los que se había quedado en la Marina para un segundo período de servicio.

Nuestra relación se había desgastado hacía tiempo, en parte porque él era sociable y yo prefería la soledad. Lo que antaño había sido causa de unión ya no lo era. Cuando lo conocí, no solo me pareció atractivo, sino que me admiraron su seguridad, su talante extrovertido y su necesidad de estar con gente: lo identifiqué como un saludable contrapunto de mi personalidad. Tenía mucho sentido del humor, además, y en nuestra primera cita, en un parque atiborrado, me ayudó a superar mis reservas fingiendo que éramos detectives trabajando en un caso y que teníamos que vigilar a un sospechoso. Así nos pusimos a inventar datos sobre las vidas del hervidero de gente que se agitaba a nuestro alrededor, y luego el uno sobre el otro.

Al principio debí de parecerle misteriosa, tan circunspecta y necesitada de estar a solas, aun cuando él creía que ya había derribado mis defensas. O yo era un rompecabezas por resolver, o tan solo pensó que, una vez que me hubiera conocido mejor, lograría penetrar en lugares más profundos, donde otra persona viviera dentro de mí. En una de nuestras peleas lo reconoció y trató de convertir su «voluntariado» para la expedición en un síntoma de cuánto lo había alejado yo de mí; luego se retractó, avergonzado. Le dije categóricamente, para que no hubiera confusión, que la persona a la que él quería descubrir no existía. Yo era quien parecía desde fuera y eso no iba a cambiar.

Al principio de la relación, le hablé a mi marido de la piscina un día que estábamos tumbados en la cama, cosa que por entonces hacíamos a menudo. Él se quedó cautivado, tal vez pensando incluso que otras revelaciones más interesantes estaban por llegar. Ignoró los elementos que hablaban de una infancia aislada para fijarse por entero en la piscina en sí.

—Yo habría echado barcos a navegar por ella.

—Con *Bultos* de capitán, seguro —respondí—. Y todo habría sido fantástico y maravilloso.

—No. Porque te habría encontrado gruñona y tozuda y seria. Muy seria.

—Y yo te habría encontrado frívolo y habría deseado que las tortugas se cargaran tu barco.

—Entonces lo habría vuelto a construir, y aún mejor, y le habría hablado a todo el mundo de la niña seria que hablaba con las ranas.

Jamás hablé con las ranas. Odiaba el antropomorfismo de los animales.

—¿Y qué ha cambiado, si de pequeños no nos habríamos caído bien? —pregunté.

—Ah, a mí sí que me habrías caído bien a pesar de todo —respondió con una sonrisa—. Me habrías fascinado y te habría seguido a cualquier parte. Sin dudarlo.

Así que por entonces encajábamos, a nuestro peculiar modo. Congeniábamos por ser contrarios y nos orgullecía la idea de que eso nos hacía más fuertes. Nos regocijamos tanto en este concepto, y durante tanto tiempo, que fue como una ola que no rompió hasta después de casados… y entonces fue destruyéndonos por caminos tristemente comunes.

Pero nada de esto —ni lo bueno ni lo malo— importaba cuando volvió de la expedición. No le pregunté nada, ni saqué a colación nuestros problemas anteriores. Supe, al despertarme a su lado la mañana después de su regreso, que nuestro tiempo juntos tocaba a su fin.

Le preparé el desayuno mientras, fuera, la lluvia arreciaba y los relámpagos crepitaban no muy lejos. Nos sentamos a la mesa de la cocina, con vistas, a través de las puertas correderas de cristal, al jardín trasero, y mantuvimos una conversación terriblemente educada ante los huevos con beicon. Él admiró la silueta grisácea del nuevo comedero de pájaros que yo había instalado, así como la fuente, ondulada por las gotas de lluvia. Le pregunté si había dormido suficiente y cómo se encontraba. Hasta volví a repetirle preguntas de la noche anterior, como si había sido duro el viaje de vuelta.

—No —contestó—. Fácil.

Ensayó una imitación de su exasperante sonrisa de siempre.

—¿Cuánto tardaste? —quise saber.

—Nada.

No supe interpretar su expresión, pero de tan vacía me resultó algo lúgubre, como si quedase algo en su interior que quería comunicarse y no podía. Mi marido nunca había sido triste ni melancólico mientras yo lo conocí, por lo que me asusté un poco.

Me preguntó por mi investigación y le conté por encima los últimos progresos. Por entonces trabajaba para una empresa dedicada a crear productos naturales capaces de descomponer plásticos y otras sustancias no biodegradables. Era aburrido. Antes, había hecho trabajo de campo aprovechando distintas becas de investigación. Y antes de eso fui una activista medioambiental radical y participé en protestas y trabajé con una oenegé llamando por teléfono a donantes potenciales.

—¿Y tu trabajo? —tanteé; no sabía si podía seguir dando muchos más rodeos y estaba preparada para volver a replegarme en un instante.

—Ah, ya sabes —respondió, como si solo hubiera estado fuera unas semanas, como si yo fuese una colega y no su pareja, su mujer—. Ya sabes, lo de siempre. Sin novedad.

Se tomó un buen trago de zumo de naranja y lo saboreó a conciencia, como si, por un par de minutos, no existiera nada más que su disfrute. Luego preguntó, despreocupado, por otras mejoras de la casa.

Después del desayuno nos sentamos en el porche, contemplando la cortina de lluvia y los charcos que se formaban en la hierba del jardín. Leímos un rato y volvimos adentro a hacer el amor. Fue uno de esos polvos repetitivos, como un trance, confortable tan solo porque nos acurrucaba el clima. Si hasta aquel momento estuve fingiendo, ya no pude seguir engañándome: mi marido no estaba del todo presente.

Luego, almuerzo, televisión —le encontré una reposición de una regata a dos— y más charla banal. Me preguntó por algunos amigos suyos pero no pude contestarle: no los veía nunca. Nunca fueron realmente mis amigos; yo no cultivaba amistades, tan solo había heredado las de mi esposo.

Probamos con un juego de mesa y nos reímos con algunas preguntas muy tontas. Entonces se hicieron evidentes extrañas lagunas en sus conocimientos, de modo que paramos y nos envolvió como un silencio. Leyó el periódico, se puso al día de sus revistas preferidas y vio las noticias. O tal vez solo fingía que hacía esas cosas.

Cuando la lluvia cesó, me desperté tras una breve cabezada en el sofá y vi que él no estaba a mi lado. Procuré no angustiarme cuando lo busqué por las habitaciones sin encontrarlo. Salí y al fin lo vi, en un lateral de la casa. Estaba de pie ante el barco que había comprado unos años atrás y que nunca pudo meter en el garaje. Era una motora sencilla, de unos veinte pies de eslora, pero le encantaba.

Cuando me acerqué y enlacé mi brazo en el de él, tenía una mirada perpleja, casi desolada, como si supiera que el barco le importaba pero no recordara por qué. No pareció reconocer mi presencia y se limitó a mirar el barco con una intensidad cada vez más vacía. Yo podía notar sus esfuerzos por rememorar algo importante, pero no me di cuenta hasta mucho más tarde de que tenía que ver conmigo. De que podría haberme contado algo vital, allí y entonces, si tan solo hubiera recordado el qué. De modo que ahí nos quedamos y, aunque percibí su calor y su peso a mi lado y el sonido constante de su respiración, vivíamos en mundos aparte.

Al rato, no pude continuar soportando el extravío anónimo de su aflicción y su silencio. Lo llevé adentro y él no me detuvo. No protestó. No intentó echar la vista atrás hacia el barco. Creo que fue entonces cuando tomé la decisión. Si se hubiera vuelto a mirar, si se hubiera resistido aunque fuese un momento, podría haber sido distinto.

En la cena, cuando estaba terminando, vinieron a buscarlo en cuatro o cinco coches camuflados y una furgoneta de vigilancia. No llegaron con gritos ni aspavientos, con esposas ni con armas a la vista. No: lo abordaron con respeto, casi con miedo, se diría. Con aquella suavidad prudente con que se maneja una bomba sin

estallar. Él se marchó sin quejarse y yo dejé que se llevaran a aquel desconocido de mi casa. No podría haberlo parado, pero tampoco quise.

Durante las últimas horas había convivido con él con una especie de pánico creciente, cada vez más convencida de que fuera lo que fuese lo que le hubiera ocurrido en el Área X lo había convertido en un caparazón, en un autómata que ejecutaba movimientos. En alguien a quien yo no conocía. Con cada uno de sus actos o palabras atípicas, fui alejándome del recuerdo de la persona a la que conocí y, pese a todo lo ocurrido, preservar aquella idea de él era importante. Por eso llamé al número especial que él me había dejado para emergencias: no sabía qué hacer con él, no podía seguir conviviendo con él en aquel estado alterado. A decir verdad, al verlo marchar sentí básicamente alivio, no culpabilidad por haberlo traicionado. ¿Qué otra cosa podía hacer?

Como ya he dicho, lo visité en el centro de observación hasta el final. Ni siquiera en las entrevistas grabadas, bajo hipnosis, dijo nada realmente nuevo, a menos que me lo ocultaran. Recuerdo sobre todo la tristeza persistente en sus palabras.

—Camino ya para siempre desde la frontera hasta el campamento base. Me lleva largo tiempo y sé que la vuelta me llevará más tiempo todavía. No hay nadie conmigo. Estoy completamente solo. Los árboles no son árboles, los pájaros no son pájaros y yo no soy yo sino solo algo que lleva caminando muchísimo tiempo…

Fue lo único que descubrí de veras en él después de su retorno: una soledad profunda e infinita, como si le hubieran concedido un don con el que ni supiera qué hacer. Un don que estaba envenenándolo y que acabó por matarlo. Pero ¿me habría matado a mí? Esta era la pregunta que surgía en mi mente aun cuando lo miré a los ojos esas últimas veces, esforzándome por conocer sus pensamientos sin lograrlo.

Mientras trabajaba en las tareas, cada vez más repetitivas, de aquel laboratorio estéril, pensé sin parar en el Área X y en que nunca sabría cómo era sin ir allí. Nadie podía contármelo de verdad y ningún informe podía valer lo mismo. Así que, meses después de morir mi marido, me presenté voluntaria para una expedición al Área X. Nunca antes se había apuntado la pareja de un miembro de una expedición anterior. Creo que en parte me aceptaron porque querían ver si esa conexión marcaba alguna diferencia. Creo que me aceptaron a modo de experimento. Aun así, puede que desde el principio ya esperasen mi solicitud.

Por la mañana había dejado de llover y el cielo era de un azul hiriente, casi desprovisto de nubes. Tan solo las hojas de pino caídas encima de nuestras tiendas y los charcos de barro y las ramas que yacían en el suelo delataban la tormenta de la noche anterior. La viveza que me infectaba los sentidos se me había propagado por el pecho; no puedo describirlo de otra manera. Había en mí un esplendor interno, una energía que era como un escozor y una expectación que se imponía a la falta de

sueño. ¿Formaba eso parte del cambio? En todo caso, daba igual: no tenía modo de combatir lo que pudiera estar pasándome.

Además, tenía que tomar una decisión, pues estaba dividida entre el faro y la torre. Una parte de la luz quería regresar de una vez a la oscuridad, la lógica de lo cual tenía que ver con el valor o con la falta del mismo. Volver a sumergirme en la torre sin pensarlo, sin planes, sería un acto de fe, de pura resolución o imprudencia sin nada más allá de eso. Pero también sabía que la noche anterior había alguien en el faro. Si la psicóloga había buscado refugio allí y yo era capaz de seguirle los pasos, tal vez pudiera saber más sobre la torre antes de continuar explorándola. Esto parecía tener cada vez más importancia, más que la noche anterior, pues la cantidad de incógnitas que representaba la torre se había multiplicado por diez. De modo que, cuando hablé con la topógrafa, ya me había decidido por el faro.

La mañana olía y se sentía como un partir de cero, pero no iba a ser así: si a la topógrafa no le había hecho ninguna gracia lo de volver a la torre, tampoco mostró ningún interés por el faro.

—¿No quieres averiguar si la psicóloga está allí?

Me miró como si hubiera dicho una idiotez.

—¿Resguardada en un posición elevada con vistas claras y despejadas en cada dirección? ¿En un sitio del que nos han dicho que esconde armas? Prefiero quedarme aquí. Y si fueras inteligente, harías lo mismo. A lo mejor «averiguas» que no te gusta que te agujereen la cabeza. Además, puede estar en alguna otra parte.

Su terquedad pudo conmigo. Por motivos estrictamente prácticos, yo no quería que nos separásemos —era cierto que nos habían dicho que expediciones anteriores habían almacenado armas en el faro—; además, creía más probable que la topógrafa intentara irse a casa si yo no estaba allí.

—O el faro o la torre —dije, tratando de esquivar el tema—. Y más nos valdría encontrar a la psicóloga antes de bajar a la torre otra vez. Ella vio qué mató a la antropóloga. Sabe más de lo que nos dijo.

La idea tácita: que tal vez, si pasaban uno o dos días, lo que fuese que vivía en la torre y escribía despacio en la pared desaparecería o nos quedaría tan lejos que ya nunca lo atraparíamos. Pero eso hacía pensar en una torre inquietantemente infinita, con niveles interminables que penetraban en la tierra. La topógrafa se cruzó de brazos.

—No te das por enterada, ¿eh? La misión ha terminado.

¿Estaba asustada o era que yo no le caía lo bastante bien como para decir que sí? Fuera cual fuese el motivo, su negativa me cabreó tanto como su expresión engreída. Fue entonces cuando hice algo de lo que ahora me arrepiento. Dije:

—El riesgo de volver a la torre ahora mismo no tiene recompensa.

Me pareció haber usado un tono sutil para soltar uno de los detonantes hipnóticos

de la psicóloga, pero el rostro de la topógrafa reflejó un leve temblor, como una desorientación temporal. Cuando pasó, la mirada que se le quedó me dijo que entendía lo que había intentado hacerle. Ni siquiera era una mirada de sorpresa; era más bien que en su mente se confirmó una impresión de mí que se había ido formando poco a poco pero que entonces se asentaba. Así supe, de paso, que los detonantes hipnóticos solo le funcionaban a la psicóloga.

—Harías cualquier cosa por salirte con la tuya, ¿no? —dijo la topógrafa, pero el hecho era que el rifle lo tenía ella. ¿Qué arma tenía yo?

Me dije a mí misma que, si había sugerido esa vía de acción, era porque no quería que la muerte de la antropóloga fuese en vano.

Al ver que no le contestaba, suspiró y dijo, con voz hastiada:

—¿Sabes qué? Al final lo resolví mientras revelaba esas fotografías inútiles: lo que más me fastidia no es la cosa del túnel ni cómo te comportas ni nada que hiciera la psicóloga. Es el rifle que sostengo. El puñetero rifle. Lo desmonté para limpiarlo y vi que estaba hecho de treinta y tres partes acopladas entre sí. Nada de lo que tenemos es del presente. Ni la ropa ni el calzado. Porquerías viejas. Basura reciclada. Llevamos todo este tiempo viviendo en el pasado. En una especie de reconstrucción. ¿Y por qué? —dijo en tono burlón—. Ni siquiera sabes por qué.

Era lo máximo que me había dicho nunca de un tirón. Quise decirle que esa información resultaba poco sorprendente en comparación con lo que habíamos descubierto hasta entonces. Pero no lo hice. Ya no podía irme más de la lengua.

—¿Te quedarás aquí hasta que yo vuelva? —le pregunté.

Era esa la cuestión fundamental y no me gustó que contestara tan rápido, ni su tono.

—Como quieras.

—No digas algo que no puedas cumplir —le pedí.

Ya hacía tiempo que no creía en promesas. Imperativos biológicos, vale. Factores medioambientales, vale. Promesas, no.

—Que te den —contestó.

Y así quedó la cosa, ella recostándose en esa silla destartalada, rifle de asalto en mano, y yo yéndome a descubrir el origen de la luz que había visto la noche antes. Me llevé una mochila con agua y comida, junto con dos pistolas, material para coger muestras y un microscopio. No sé por qué, llevar un microscopio me daba seguridad. Además, parte de mí, por más que hubiera intentado convencer a la topógrafa de ir juntas, agradecía la oportunidad de explorar a solas, de no depender ni preocuparme de nadie más.

Eché la vista atrás un par de veces antes de que el camino torciera; la topógrafa continuaba ahí sentada, observándome como un reflejo distorsionado de quien había sido yo días atrás.

03: Inmolación

Entonces fui presa de un humor extraño, caminando sola y callada entre los últimos pinos y las rodillas de ciprés que parecían flotar en el agua negra, y por el musgo gris que lo cubría todo. Fue como si viajara por el paisaje mientras una efusiva e intensa aria sonaba en mis oídos. Todo estaba imbuido de emoción, empapado de ella, y yo ya no era una bióloga sino la cresta de una ola que iba creciendo sin llegar a romper en la orilla. Vi con ojos completamente nuevos las sutilezas de la transición a los llanos pantanosos y salobres. Cuando el camino se convirtió en un arcén elevado, unos lagos cenicientos y atestados de algas se extendieron a la derecha y un canal lo flanqueó a la izquierda. Cursos irregulares de agua salían serpenteando como un laberinto a través de un bosque de juncos en el lateral del canal; en la distancia, como súbitas revelaciones, aparecían islas u oasis de árboles retorcidos por el viento. Su aspecto encorvado y oscuro impactaba en contraste con el vasto y reluciente marrón dorado de las cañas. El tono de la luz que caía sobre aquel hábitat, la quietud de todo ello y la sensación de espera, me sumieron casi en un estado de éxtasis.

Más allá se alzaba el faro y, antes, los restos de un poblado: lo sabía porque también iba señalado en el mapa. Pero ante mí estaba la senda, tapizada en ocasiones con fragmentos de escombros pesados y blanquecinos, de extraño aspecto atormentado, arrojados tierra adentro por antiguos huracanes. Pequeños saltamontes rojos habitaban a legiones las hierbas altas, con la sola presencia de algunas ranas para devorarlos; unos túneles de hierba aplanada indicaban por dónde se habían vuelto a meter en el agua enormes reptiles que volvían de tomar el sol. En lo alto, las rapaces inspeccionaban el terreno en busca de presas, con un vuelo tan controlado que sus círculos parecían seguir un patrón geométrico.

En esa burbuja atemporal, en la que no tenía la sensación de acortar distancias con el faro por más que caminara, tuve más tiempo para pensar en este y en nuestra expedición. Sentía que, hasta ese momento, había eludido mi responsabilidad, que era considerar los elementos hallados en la torre como parte de una entidad biológica amplia que podía o no ser terrestre. Pero sopesar la enormidad de esta idea en un macronivel habría acabado con mi humor igual que una avalancha me aplastaría el cuerpo.

A ver: ¿qué sabía? ¿Cuáles eran los detalles concretos? Un «organismo» escribía palabras vivientes en los muros internos de la torre, tal vez desde mucho tiempo atrás. Ecosistemas enteros nacían y prosperaban entre dichas palabras, para luego morir al desvanecerse ellas, de las que dependían. Pero este era un efecto colateral de crear las condiciones adecuadas, un hábitat viable. La única importancia que eso tenía era si las adaptaciones de las criaturas que vivían en las palabras me dirían algo sobre la torre. Por ejemplo, las esporas que había inhalado, que apuntaban a una visión veraz.

Esta idea me hizo parar en seco; me rodeaban los juncos de la marisma, barridos por el viento. Yo daba por hecho que la psicóloga me había hipnotizado para ver la torre como una construcción física y no un ente biológico y que las esporas me habían vuelto resistente a esa sugestión hipnótica. Pero ¿y si se trataba de un proceso más complejo? ¿Y si, de alguna manera, la torre emanaba también algo cuyo efecto constituía una especie de mimetismo defensivo? ¿Y si las esporas me habían vuelto inmune a esa ilusión?

Partiendo de este contexto, surgieron muchas preguntas y pocas respuestas. ¿Qué papel desempeñaba el Reptador? (Decidí que era importante asignar un nombre al hacedor de palabras.) ¿Cuál era el propósito del «recitado» físico de las palabras? ¿Importaban las palabras en sí o daba igual las que hubiera? ¿De dónde habían salido? ¿Qué interacción había entre ellas y la criatura-torre? Dicho de otra manera, ¿eran las palabras una forma de comunicación simbiótica o parasitaria entre el Reptador y la Torre? O el Reptador era un emisario de la Torre, o bien existió en origen con independencia de esta y entró más tarde en su órbita. Pero sin una puñetera muestra del muro de la Torre, no podía empezar a teorizar en serio.

Lo que me llevaba de vuelta a las palabras. *Donde aguarda el fruto asfixiante llegado de la mano del pecador…* Las avispas, los pájaros y otros nidificadores suelen utilizar alguna sustancia crucial e insustituible para crear sus estructuras, pero también incorporan cualquier cosa que encuentren en su entorno inmediato. Eso podría explicar la aparente naturaleza aleatoria de las palabras, que vendrían a ser simple material de construcción. Y tal vez explicara también por qué nuestros superiores habían vetado la alta tecnología en el Área X: sabían que fuera lo que fuese lo que se había instaurado en ese lugar podría utilizarla de formas desconocidas y poderosas.

Varias ideas nuevas detonaron dentro de mí mientras observaba a un halcón de los pantanos caer sobre los juncos y resurgir con un conejo forcejeando en sus garras. Primera, que las palabras —la línea que formaban, su cualidad física— eran completamente fundamentales para el bienestar de la Torre, del Reptador o de ambos. El muro presentaba el rastro debilitado de tantas líneas de escritura anteriores que a la obra del Reptador cabía suponerle algún imperativo biológico. Proceso que quizá se insertara en el ciclo reproductor de la Torre o del Reptador. Tal vez este dependiera de él y supusiera algún beneficio secundario para la Torre. O viceversa. A lo mejor las palabras daban igual porque se trataba de un proceso de fertilización, que no se completaba hasta que toda la longitud del muro izquierdo de la Torre presentaba una línea de palabras que lo recorría.

Pese a mi intento de mantener el aria en mi cabeza, experimenté un discordante retorno a la realidad a medida que barajaba posibilidades. De pronto volví a ser solo una persona que recorría un paraje natural como tantos otros que ya había visto.

Existían demasiadas variables, carecía de datos suficientes y estaba dando por sentadas cosas que quizá no fueran ciertas. Para empezar, suponía que ni el Reptador ni la Torre poseían inteligencia, en el sentido de libre albedrío. Y aunque mi teoría de la procreación podía seguir siendo válida en ese contexto en expansión, también había otras posibilidades; por ejemplo, el papel del ritual en determinadas culturas y sociedades. Cuánto habría dado en aquel momento por disponer de la mentalidad de la antropóloga, si bien el estudio de los insectos sociales me había proporcionado cierta comprensión de las mismas áreas del acontecer científico.

Y si no lo ritual, quizá lo comunicativo, considerado en términos de conciencia, no biológicos. ¿Qué podían estar comunicándole a la Torre esas palabras en el muro? Tenía que suponer, o eso creía, que el Reptador no vivía solamente en la Torre, sino que se alejaba para reunir las palabras, las cuales tenía que asimilar, aun en el caso de que no las entendiera, para luego volver a la Torre. El Reptador debía memorizarlas en cierto sentido, lo que era una forma de absorción. Las hebras de frases en los muros de la Torre podían ser pruebas llevadas por el Reptador para que esta las analizara.

Pero pensar algo monumental tiene un límite, aunque solo se piense en una pequeña parte de ello, pues la sombra del conjunto se alza a tu espalda a pesar de todo y te pierdes entre las ideas, en parte por la angustia ante la envergadura del imaginado leviatán. Así que tuve que dejarlo ahí, compartimentado, a la espera de poder apuntarlo, verlo sobre el papel y empezar a adivinar el verdadero significado. Además, por fin el faro se divisaba más grande en el horizonte. Su presencia me pesó al caer en la cuenta de que la topógrafa tenía razón al menos en una cosa: desde el interior, cualquiera me vería llegar a kilómetros. Y estaba también el otro efecto de las esporas, aquel esplendor en el pecho, que seguía modelándome mientras caminaba; cuando alcancé el poblado abandonado que me indicaba la mitad del camino hasta el faro, me creí capaz de haber corrido una maratón. Esa sensación no me daba confianza. En muchos sentidos, percibía que me estaban engañando.

Tras ver la antinatural serenidad que exhibieron los miembros de la undécima expedición, durante nuestra instrucción pensé a menudo en los benévolos informes de la primera. El Área X, antes del inconcreto Acontecimiento que treinta años atrás la aisló al otro lado de la frontera y la convirtió en objeto de tantos sucesos inexplicables, había formado parte de una naturaleza prístina contigua a una base militar. Después continuó viviendo gente allí, en lo que vino a ser una reserva de la fauna; pero pocos, y en general eran herméticos descendientes de pescadores. Su desaparición pudo parecer para algunos la mera intensificación de un proceso iniciado generaciones antes.

El surgimiento del Área X fue ambiguo y confuso y sigue habiendo mucha gente que ignora su existencia. La versión gubernamental de los hechos hizo hincapié en

una catástrofe medioambiental localizada, derivada de una investigación militar experimental. Esto se fue filtrando en la esfera pública a lo largo de un período de varios meses, de tal modo que, como en el proverbio de la rana y la cazuela, la noticia penetró en la conciencia de la gente poco a poco, como parte de la saturación general de los medios sobre la constante devastación ecológica. En cuestión de un par de años, se convirtió en terreno abonado para teóricos conspiratorios y demás elementos alternativos. Cuando me presenté voluntaria y obtuve la acreditación de seguridad con que formarme una idea de la verdad, la idea de un «Área X» constituía en el imaginario de la gente una especie de cuento de hadas siniestro, algo en lo que nadie quería pararse a pensar demasiado. Si llegaban a pensar nunca en ello. Otros problemas teníamos.

Durante la instrucción nos contaron que la primera expedición entró dos años después del Acontecimiento, después de que los científicos hallaran una manera de franquear la frontera. Por supuesto, estuvo integrada por voluntarios, pues nadie sabía qué se encontrarían allí. Fue esa primera expedición la que estableció el perímetro del campamento base y proporcionó un mapa aproximado del Área X, confirmando muchos de los puntos de referencia. Descubrieron una naturaleza salvaje desprovista de toda vida humana. Hallaron lo que hay quien llamaría un silencio sobrenatural.

—Me sentí libre como nunca y, a la vez, coartado como nunca —explicaba un miembro de la expedición—. Me sentí capaz de hacer cualquier cosa… si no me importaba ser observado.

Otros hablaban de una sensación de euforia y deseos sexuales extremos e inexplicables que, en última instancia, sus superiores consideraron intrascendentales.

Si se llegaba a detectar alguna anomalía en sus informes, estas siempre eran marginales. Para empezar, nunca vimos sus diarios, sino que ofrecieron sus consideraciones en largas entrevistas grabadas. A mí, esto me sugería algún tipo de rechazo a su experiencia directa, aunque, al mismo tiempo, también pensé que a lo mejor estaba siendo un poco paranoica, en el sentido no clínico.

Algunos ofrecieron unas descripciones del pueblo abandonado que a mí me parecían incongruentes. La degradación y el nivel de ruina describían un lugar abandonado durante mucho más tiempo que unos cuantos años. Pero si alguien había captado esta peculiaridad antes, cualquier observación al respecto había sido suprimida.

Ahora tengo la certeza de que a mi expedición y a mí nos dieron acceso a esos documentos por la sencilla razón de que, para cierta clase de información confidencial, no importaba lo que supiéramos o no. Solo había una conclusión lógica: la experiencia les decía a nuestros superiores que pocas de nosotras volveríamos, si alguna lo conseguía.

El pueblo deshabitado estaba tan inmerso en el paisaje natural de la costa que no

lo vi hasta que lo tuve encima. El sendero se hundía en una depresión y ahí estaba el poblado, flanqueado por más árboles atrofiados. Solo quedaban unos cuantos tejados, de doce o trece casas: el camino que lo atravesaba era poco más que unos escombros porosos. Algunos muros externos todavía se aguantaban, de negra madera podrida manchada de liquen. Pero la mayoría de las paredes se habían desmoronado y ofrecían una curiosa vista de los interiores: restos de sillas y mesas, juguetes infantiles, ropa podrida, vigas de techo caídas y llenas de musgo y enredaderas… Aquel lugar despedía un penetrante olor químico, y a más de un animal muerto descomponiéndose en el mantillo. Algunas casas, con el tiempo, se habían desplazado hacia el canal de la izquierda, y sus restos esqueléticos parecían criaturas luchando por salir del agua. Era como si todo ello hubiera sucedido un siglo atrás y lo que quedaba fuesen vagos recordatorios del acontecimiento.

Pero, en lo que antaño habían sido cocinas o salas o dormitorios, vi también unas peculiares erupciones de musgo o liquen que se alzaban casi un metro y medio. Aquella materia vegetal deforme parecía formada por miembros, cabezas y torsos. Como si hubiera habido un vertido del material, demasiado pesado para la gravedad, congregado a los pies de esos objetos. O quizá el efecto me lo imaginaba yo.

Hubo una escena en concreto que me causó un impacto emocional. Cuatro de esas erupciones, una «en pie» y las otras tres descompuestas hasta el punto de «sentarse» en lo que una vez debió de ser una sala con una mesa de centro y un sofá, todo de cara a un punto del extremo opuesto de la estancia, donde solo había los restos despedazados de los ladrillos de una chimenea. Un olor a lima y menta surgió inesperadamente, atravesando el moho y la marga.

No quise ponerme a especular sobre esa escena y su significado, ni qué elemento del pasado representaba. De aquel lugar no emanaba ninguna sensación de paz, sino de algo sin resolver o aún en desarrollo. Quería avanzar, pero antes tomé muestras. Tenía la necesidad de documentar lo que me había encontrado y una fotografía no me parecía suficiente, visto cómo habían salido las demás. Corté un trozo de musgo de la «frente» de una de las erupciones. Cogí astillas de la madera. Incluso raspé la carne de los animales muertos: un zorro herido, seco y hecho un ovillo, y una especie de rata que solo debía de llevar muerta un día o dos.

Justo antes de abandonar el poblado sucedió algo curioso. Me sobresaltó ver que, de repente, una doble línea bajaba por el canal hacia mí, surcando el agua. Los prismáticos no me servían, pues el agua era opaca debido al resplandor del sol. ¿Nutrias?, ¿peces?… ¿u otra cosa? Saqué la pistola.

Entonces afloraron los delfines; fue un desajuste casi tan vívido como el primer descenso a la Torre. Yo sabía que, allí, los delfines se adentraban a veces desde el mar, pues se habían adaptado al agua dulce. Pero cuando la mente se prepara para un abanico de posibilidades, cualquier explicación que quede fuera de esas expectativas

resulta una sorpresa. Entonces ocurrió algo que aún me descolocó más: al pasar junto a mí, el más cercano se puso ligeramente de lado y se me quedó mirando con un ojo que, en ese instante fugaz, no me pareció de delfín, sino dolorosamente humano, casi familiar. La visión de los delfines duró un segundo y se sumergieron de nuevo, así que no tuve modo de comprobar lo que acababa de ver. Me paré a observar cómo desaparecían esas líneas gemelas por el canal, en dirección al pueblo abandonado. Se me ocurrió la perturbadora idea de que el mundo natural que me rodeaba se había convertido en una especie de camuflaje.

Un poco aturdida, continué rumbo al faro, que se erguía enorme, casi aplastante, con unas franjas blancas y negras coronadas de rojo que le daban un aire autoritario. No podía contar con ningún otro refugio antes de llegar a mi destino. Destacaría, a ojos de quienquiera o lo que fuera que me observara desde aquel punto privilegiado, como algo artificial en el paisaje, algo llegado de fuera. Tal vez una amenaza, incluso.

Ya era casi mediodía cuando alcancé el faro. Había tomado la precaución de beber agua y comer algo por el camino, pero aun así llegué agotada; quizá me estuviera pasando factura la falta de sueño. En cambio, durante los últimos trescientos metros volví a estar muy tensa, pues me acordé de la advertencia de la topógrafa. Llevaba una pistola sujeta en el costado; como si fuese a servirme de algo contra la potencia de un rifle. No aparté la vista de la ventana del faro, que estaba hacia la mitad del remolino blanco y negro de su superficie, ni de los grandes ventanales panorámicos de la cima, atenta a cualquier movimiento.

El faro se encontraba justo antes de una elevación natural de dunas que parecía una ola encrespada de cara al océano; más allá se extendía la playa. De cerca daba la intensa sensación de haberse reconvertido en fortaleza, circunstancia que nuestra instrucción obvió oportunamente. Esto no hizo más que confirmar la impresión que ya me había formado desde lejos, pues, aunque seguía habiendo hierba crecida, no se alzaban árboles junto al sendero desde casi medio kilómetro de distancia: solo me había encontrado cepas. Cuando estaba a unos doscientos metros miré con los prismáticos y, hacia el lado del faro que daba tierra adentro, vi un muro circular de unos tres metros que, era evidente, no formaba parte de la construcción original.

Del lado del mar había otro muro, una fortificación en lo alto de la duna de aspecto aún más sólido, rematada con vidrios rotos y, como vi al acercarme, con unas almenas que creaban líneas de visibilidad para rifles. Todo estaba a punto de venirse abajo y caer por la pendiente hacia la playa, y si no lo había hecho ya debía de ser porque lo habían construido con cimientos profundos. Por lo visto, los antiguos defensores del faro habían librado una guerra con el mar. No me gustó ese muro, porque era la prueba de un tipo muy concreto de demencia.

En algún momento dado, alguien también había invertido tiempo y esfuerzo en

descender por los costados del faro y había ido pegando cascos puntiagudos de cristal con algún adhesivo fuerte. Aquellos puñales de vidrio empezaban como a un tercio de la altura y continuaban hasta el penúltimo piso, justo donde empezaba la baliza con su cercado de cristal. En aquel punto, una especie de anillo metálico se alzaba más de medio metro de altura, y el conjunto defensivo se complementaba con una alambrada oxidada.

Alguien había puesto todo su empeño en impedir el paso a los demás. Me acordé del Reptador y de las palabras que escribía. Me acordé de la fijación con el faro en los fragmentos de notas dejados por la última expedición. Pero, a pesar de esos elementos discordantes, me alegró alcanzar la sombra del muro fresco y húmedo que rodeaba el lado de tierra. Con aquel ángulo no podían dispararme, ni desde arriba ni desde la ventana del medio. Había superado el primer escollo. Si la psicóloga se encontraba dentro, de momento había optado por no atacar.

El muro defensivo del lado de tierra mostraba tal deterioro que era evidente que llevaba años descuidado. Un orificio grande e irregular daba a la puerta del faro, que había sido reventada hacia dentro y de la cual solo quedaban pedazos de madera pegados a las bisagras oxidadas. Una enredadera de flores violeta había colonizado la pared del faro y se retorcía entre los restos de la puerta por el lado izquierdo. Era un consuelo, pues la acción violenta que acabó con la puerta ocurrió, en todo caso, hacía mucho.

Sin embargo, la oscuridad que había más allá me despertaba recelos. Sabía, por el plano que vi durante la instrucción, que la planta baja del faro disponía de tres habitaciones exteriores, y que la escalera que subía hasta lo alto quedaba hacia la izquierda; por la derecha, las habitaciones daban a una zona trasera con al menos un espacio más amplio. Eso se traducía en un montón de escondrijos.

Cogí una piedra, que medio arrojé y medio hice rodar sobre el suelo, más allá de esa doble puerta destrozada. Restalló y rebotó en las baldosas antes de desaparecer de mi vista. No hubo otro sonido, ni movimiento, ni atisbo de respiración que no fuese la mía. Mientras sacaba un arma, entré lo más silenciosamente que pude, desplazándome con el hombro pegado a la pared izquierda y buscando el punto de entrada a la escalera.

Las habitaciones exteriores de la planta baja del faro estaban vacías. El viento sonaba amortiguado, pues los muros eran gruesos, y solo dos ventanitas hacia la parte frontal dejaban entrar algo de luz; tuve que utilizar la linterna. Mientras los ojos se me iban acostumbrando, la sensación de devastación y soledad fue en aumento. Las flores violeta de la enredadera se terminaban en la entrada, incapaces de adentrarse en la oscuridad. No había sillas. Las baldosas del suelo estaban cubiertas de tierra y escombros. No quedaba ningún efecto personal en esas habitaciones exteriores. En el centro de un amplio espacio abierto, encontré la escalera. Nadie me acechaba desde

los peldaños, pero me dio la impresión de que alguien pudo haber estado allí hacía un segundo. Pensé en subir a lo más alto antes de explorar las habitaciones traseras, pero me eché atrás: mejor pensar como la topógrafa, con su formación militar, y barrer primero la zona; aunque siempre podía entrar alguien por la puerta mientras yo me encontrara arriba.

La sala trasera era otra historia. Mi imaginación solo podía reconstruir lo ocurrido en unos términos muy amplios y bastos. Robustas mesas de roble se habían volcado para formar rudimentarias barricadas. Algunas estaban llenas de agujeros de bala y otras aparecían medio deshechas o despedazadas por tiroteos. Más allá de los restos de mesas, las manchas oscuras de la pared y las charcas en el suelo apuntaban a una violencia indescriptible y repentina. El polvo lo había invadido todo, junto con el olor hueco y frío de la lenta putrefacción, y vi excrementos de rata y lo que parecía un catre o una cama situados no hacía mucho en un rincón… aunque, ¿quién podría dormir entre semejantes recordatorios de una masacre? Además, alguien había grabado sus iniciales en una de las mesas: «R.S. estuvo aquí». Esas marcas parecían más recientes que todo lo demás. A lo mejor hay gente lo bastante insensible como para grabar sus iniciales en un monumento de guerra. A mí me olía a fanfarronada para ahuyentar el miedo.

La escalera me aguardaba y, para sofocar mi creciente repulsión, me dirigí hacia allí y empecé a subir. Me había guardado la pistola, pues necesitaba la mano para sostenerme, pero deseé tener conmigo el rifle de asalto de la topógrafa: me habría sentido más segura.

Fue un ascenso raro en comparación con mis descensos por la Torre. El tono salubre de la luz en aquel interior cada vez más grisáceo era mejor que la fosforescencia de la Torre, pero lo que hallé en esas paredes me trastocó hasta el mismo punto, si bien de otro modo: más manchas de sangre, la mayoría de ellas gruesos borrones, como si varias personas se hubieran desangrado mientras trataban de huir de un ataque desde abajo. En ocasiones, goteos. En otras, una rociada.

En esas paredes había palabras escritas, aunque no como las de la Torre: más iniciales, pero también dibujitos obscenos y unas cuantas frases de índole más personal: «Si ves esto, dile a fulanita que la quiero», seguido de una firma. Algunas pistas más extensas de lo que pudo haber ocurrido: «4 cajas de comestibles, 3 cajas de material médico y agua potable para 5 días si se raciona; balas suficientes para todos en caso de necesidad». También confesiones, que no transcribiré, pero que tenían la sinceridad y el peso de lo que se escribe cuando se cree que la muerte está cercana. Tantas ansias por comunicar lo que tan poco significaba.

Objetos hallados en la escalera: un zapato desparejado, la recámara de una pistola automática, unos viales mohosos con muestras podridas y convertidas en líquido rancio, un crucifijo que parecía arrancado de la pared, un portapapeles con la madera

pastosa y el metal oxidado de un rojo intenso. Y, lo peor de todo, un conejo descoyuntado y con las orejas hechas jirones, que tal vez fuera un amuleto de la suerte introducido a hurtadillas en alguna expedición. Que yo supiera, no había niños en el Área X desde que apareciera la frontera.

Hacia medio camino fui a dar a un rellano, que debía de quedar donde había visto el destello de luz la noche anterior. El silencio seguía imponiéndose y yo no había oído el menor signo de movimiento por encima de mí. Entraba más luz gracias a las ventanas a derecha e izquierda. Allí, las salpicaduras de sangre cesaron en seco, pero la pared estaba acribillada de agujeros de proyectil. Los casquillos de bala tapizaban el suelo, aunque alguien se había dedicado a barrerlos hacia los lados, despejando un sendero para seguir subiendo la escalera. A la izquierda había una pila de pistolas y rifles, algunos antiguos y otros no reglamentarios. No habría sabido decir si alguien los había utilizado hacía poco. Al pensar en las palabras de la topógrafa, me pregunté cuándo me encontraría un trabuco o algún otro chiste de mal gusto.

Sin embargo, no había más que polvo y moho, y una ventana minúscula y cuadrada que daba a la playa y a los juncos. Frente a esta, una foto descolorida en un marco roto, colgado de un clavo. El mugriento cristal estaba rajado y medio cubierto de motas de moho verde. La imagen, en blanco y negro, mostraba a dos hombres al pie del faro y, a un lado, una niña. Alguien había dibujado un círculo con rotulador en torno a uno de los hombres; tenía aspecto de estar en la cincuentena y lucía un gorro de pescador, así como el brillo de una afilada mirada de águila en aquel rostro contundente. Una densa barba dejaba asomar tan solo la barbilla firme. No sonreía, pero tampoco fruncía el ceño. Yo había conocido a suficientes fareros como para saber cuándo tenía uno delante. Pero había en él algo más que me hacía verlo como el guardián del faro, aunque quizá solo se debiera al extraño modo en que el polvo le enmarcaba la cara. O a lo mejor llevaba demasiado rato en aquel sitio y mi mente buscaba cualquier respuesta incluso a las preguntas más simples.

El bulto redondeado del faro aparecía brillante y nítido detrás de las tres figuras; la puerta, en el extremo derecho, se veía en buenas condiciones. Nada que ver con lo que yo me había encontrado, por lo que me pregunté cuándo habrían tomado la foto. Y cuántos años transcurrirían entre la fotografía y el inicio de todo. Durante cuántos años mantuvo el farero sus horarios y rituales, vivió en esa comunidad y frecuentó el bar del lugar. A lo mejor la niña de la foto era su hija. A lo mejor fue un hombre popular. O solitario. O un poco de cada. En todo caso, nada de eso había importado al final.

Estuve observándolo desde años de distancia, intentando dilucidar por la fotografía mohosa, por el perfil de su mandíbula y por el reflejo de la luz en sus ojos, cómo pudo haber reaccionado, cómo debieron de ser sus últimas horas. Tal vez se marchó a tiempo, pero quizá no. Incluso podía estar descomponiéndose en la planta

baja, en algún rincón olvidado. O tal vez, y experimenté un escalofrío, me esperase más arriba, en lo alto. Bajo alguna forma. Quité la fotografía del marco y me la guardé en el bolsillo. Aunque no podía considerarse un talismán, el farero iría conmigo. Al salir del rellano, se me ocurrió la peculiar idea de que yo no era la primera que se guardaba esa foto; de que siempre acudiría alguien a reemplazarla y a rodear al farero con otro círculo.

A medida que subía, seguí tropezando con otros signos de violencia, pero ya no vi más cuerpos. Cuanto más me acercaba a la cima, más me daba la sensación de que alguien había estado allí hacía poco. El olor a cerrado dio paso al de sudor, aunque también a una fragancia como a jabón. La escalera ya no presentaba tantos escombros y las paredes estaban limpias. Cuando me agaché en el último tramo de estrechos peldaños para salir al cuarto de la baliza, con un techo que de pronto se te echaba encima, estaba convencida de que me encontraría a alguien esperándome.

Así que volví a sacar la pistola. Pero tampoco esta vez había nadie; tan solo unas cuantas sillas, una mesa destartalada con una alfombrilla debajo y la sorpresa de que el grueso cristal continuara intacto. El vidrio en sí de la baliza permanecía apagado y dormido en el centro de la estancia. Se divisaban kilómetros por todos los lados. Me quedé un instante mirando el camino por el que había llegado allí: la senda que me había llevado hasta aquel lugar, la sombra a lo lejos que debía de ser el pueblo y, a la derecha, pasados los últimos pantanos, la transición a la maleza y los arbustos nudosos castigados por el viento marítimo. Estos, aferrados al terreno, evitaban su erosión y contribuían a parapetar las dunas y la arena de mar que había más allá. Una suave pendiente descendía hacia la playa radiante, las olas y la espuma.

Un segundo vistazo, desde la parte del campamento base entre el pantano y los pinos lejanos, me reveló unas hebras de humo negro que podían significar cualquier cosa. Pero también vi, desde la ubicación de la Torre, una especie de luminosidad propia de esta, como una fosforescencia refractada. El hecho de poder verla, de tener afinidad con ella, me puso nerviosa. Estaba segura de que nadie que quedase allí, ni la topógrafa ni la psicóloga, podían ver aquel despertar de lo inexplicable.

Centré mi atención en las sillas y la mesa, buscando cualquier cosa que pudiera arrojar algo de luz sobre… lo que fuese. Al cabo de cinco minutos se me ocurrió retirar la alfombrilla. Una trampilla cuadrada de unos dos metros de lado apareció ante mi vista, con el pestillo introducido en la madera del suelo. Aparté la mesa con un horrible ruido cortante que me hizo rechinar los dientes. Entonces, rápidamente por si alguien me aguardaba ahí abajo, abrí la trampilla de golpe mientras gritaba algo absurdo del tipo: «¡Tengo una pistola!», apuntando el arma con una mano y la linterna con la otra.

Tuve la sensación remota del peso del revólver cayéndose al suelo y de la linterna temblándome en la mano, aunque de algún modo conseguí no soltarla. Incapaz de

creer lo que estaba viendo, me sentí perdida: la trampilla se abría a un espacio de unos cuatro metros y medio de hondo por treinta de ancho. Era obvio que la psicóloga había estado allí, pues a un lado se encontraban su mochila, varias armas, botellas de agua y una linterna grande. Pero de ella no había ni rastro.

No, lo que me dejó sin aliento, como un puñetazo en el estómago que me hizo caer de rodillas, fue el inmenso montículo que se imponía en ese espacio, una especie de muladar inconcebible. Tenía ante mí una pila de papeles con cientos de diarios… precisamente como los que nos habían proporcionado para anotar nuestras observaciones en el Área X. Cada uno llevaba el nombre de una profesión escrita en la portada. Y resulta que cada uno estaba repleto de texto. Mucho, muchísimo más del que habrían podido registrar doce expediciones.

¿Puede alguien imaginarse cómo fueron esos primeros momentos escudriñando aquel espacio oscuro y viendo aquello? Tal vez no. Tal vez lo estéis mirando ahora.

Mi tercer y mejor trabajo de campo fuera de la universidad me obligó a viajar a un destino apartado en la costa occidental, a un territorio con forma de gancho en el extremo más alejado de la civilización, en una zona a caballo entre los climas templado y ártico. Allí, la tierra había vomitado inmensas formaciones rocosas y un bosque pluvial había surgido de antiguo en torno a ellas. Era un universo siempre húmedo, con un índice de precipitaciones superior a los ciento setenta centímetros al año, donde ver una hoja sin gotitas de lluvia era algo extraordinario. El aire era tan increíblemente limpio y la vegetación tan densa y exuberante que cada espiral de helecho se me antojaba concebida para hacerme sentir en paz con el mundo. Osos, panteras y alces habitaban esos bosques, junto con multitud de aves. Los peces de los ríos eran enormes y estaban libres de mercurio.

Viví en un pueblo de unas trescientas almas cerca de la costa. Había alquilado una casita contigua a otra casa mayor, en lo alto de una colina, que había pertenecido a cinco generaciones de pescadores. Los dueños de la propiedad eran un matrimonio sin hijos, de un laconismo extremo común entre la gente de la zona. No hice ninguna amistad y ni siquiera sé si los vecinos eran amigos entre sí. Solo en el bar local, que frecuentaba todo el mundo, veías, después de unas cuantas jarras, algún signo de amistosa camaradería. Pero la violencia también habitaba en ese bar, por lo que casi siempre me mantuve a distancia. Faltaban cuatro años para que conociera a mi futuro marido y, en aquel tiempo, no buscaba gran cosa en nadie.

Estuve muy ocupada. Cada día recorría aquella carretera tortuosa del diablo llena de hoyos y baches, y traicionera aun estando seca, que me llevaba al lugar al que llamaban simplemente Bahía Rocosa. Allí, las capas de magma asentadas más allá de las playas irregulares se habían ido alisando a lo largo de millones de años y se habían llenado de pozas de marea. Por la mañana, cuando esta estaba baja, hacía fotos a esas pozas, tomaba medidas y catalogaba las formas de vida que hallaba en ellas, en

ocasiones prolongaba mi estancia durante la marea alta, vadeando con unas botas de agua y empapada por el oleaje que rompía en los salientes.

Una especie de mejillón que no se encontraba en ningún otro lugar vivía en esas pozas de marea, en simbiótica relación con un pez llamado gartner, por su descubridor. Varias especies de anémonas y caracoles marinos merodeaban también por ahí, así como un pequeño y duro calamar al que apodé *San Pugnacio*, renunciando a su nombre científico, porque, ante una amenaza, agitaba de tal modo su blanca luminiscencia que su manto parecía el gorro de un papa.

Podía pasarme horas allí, observando la vida oculta de las pozas de marea, y en ocasiones me maravillaba de haber recibido tal regalo: no solo perderme hasta tal extremo en el instante presente sino tener también semejante soledad, que es lo que siempre ansié en mis años de estudiante, mi entrenamiento para llegar hasta allí.

Aun así, cuando conducía de vuelta me lamentaba de antemano por el fin de esa felicidad. Porque sabía que un día se iba a terminar. La beca de investigación solo duraba dos años, a nadie iban a importarle los mejillones, y también era verdad que mis métodos podían resultar excéntricos. Esos pensamientos me invadían a medida que se acercaba la fecha de expiración y las posibilidades de renovación parecían cada vez más débiles. En contra del buen juicio, empecé a pasar más tiempo en el bar. Por la mañana me despertaba mareada y, en ocasiones, con alguien al lado a quien apenas conocía y que ya se marchaba, y me daba cuenta de que estaba un día más cerca del fin de todo ello. Todo se impregnaba de una sensación de alivio que, aunque no era tan marcada como la tristeza y contrariaba todo cuanto sentía, le decía que al menos no se iba a convertir en la eterna forastera a quien los lugareños ven pasearse a solas por las rocas. «Ah, la bióloga esa. Lleva siglos aquí, estudiando los mejillones como una chiflada. Habla sola, en el bar murmura para sí misma, y si le dices una palabra amable…»

Al ver esos cientos de diarios sentí que, al fin y al cabo, me había convertido en la bióloga esa. Es así como la locura del mundo intenta colonizarte: de fuera hacia adentro, obligándote a vivir en su realidad.

Pero la realidad también invade de otras maneras. En algún momento de nuestra relación, mi esposo empezó a llamarme «pájaro fantasma»; era su forma de incordiarme por no estar lo bastante presente en su vida. Lo decía arrugando un poco la comisura de los labios y formando casi una sonrisa delgada, pero sus ojos transmitían reproche. Si íbamos a tomar algo con amigos suyos, que era una de las cosas que más le gustaban, yo solo me prestaba a lo que un prisionero durante un interrogatorio. En el fondo no eran amigos míos, pero además no estaba acostumbrada a las charlas banales, ni tampoco a las «charlas cruciales», como me gustaba llamarlo. No me interesaba la política, salvo si perjudicaba al medio ambiente. No era religiosa. Todas mis aficiones tenían que ver con mi trabajo. Vivía

para lo que hacía y centrarme hasta ese punto resultaba excitante, pero a la vez era algo profundamente personal: no me gustaba hablar de mis investigaciones. No me maquillaba, ni me preocupaba por tener zapatos nuevos o por escuchar lo último en música. Seguro que los amigos de mi marido me encontraban, como mínimo, taciturna. A lo mejor hasta pensaban que era basta o «curiosamente ignorante», como le oí decir a uno, aunque no sé si se refería a mí.

Me gustaban los bares, pero no por las mismas razones que a mi marido. Me encantaba esa cocción a fuego lento de las salidas nocturnas, cuando mi mente no paraba de dar vueltas a un mismo problema, a algún dato concreto, mientras podía dar la imagen de hacer vida social aunque, en realidad, me mantenía al margen. Mi marido se preocupaba demasiado por mí, y mi necesidad de estar sola le aguaba el placer de hablar con sus amigos, que eran casi todos del hospital. Por ejemplo, a media frase empezaba a arrastrar las palabras y a mirarme en busca de algún indicio de que me sentía a gusto; mientras, un poco al margen, yo apuraba mi whisky. «¿Te lo has pasado bien, pájaro fantasma?», me preguntaba más tarde; yo asentía con una sonrisa.

Pero, para mí, pasarlo bien era asomarme a hurtadillas a una poza de marea para averiguar los entresijos de las criaturas que la habitaban. Para mí, sustento iba ligado a ecosistema y hábitat; orgasmo, a la súbita comprensión de la interconexión entre los seres vivos. La observación siempre me importó más que la interacción. Él lo sabía, creo. Pero nunca fui capaz de expresárselo bien, a pesar de que lo intenté y de que él me escuchaba. Y en cambio, en otros aspectos, yo no era más que expresión. Mi único don o talento, pienso ahora, era que los lugares podían estamparse en mí y yo podía convertirme en parte de ellos con facilidad. Incluso un bar era un tipo de ecosistema, si bien muy ordinario, y cualquiera que llegase y me viera ahí sentada, alguien con prioridades distintas a las de mi marido, se imaginaría que estaba contenta en mi pequeña burbuja de silencio. No tendría problema en creerme integrada.

Sin embargo, si bien mi marido me quería ver más o menos integrada, la ironía era que él deseaba despuntar. Esta es otra cosa en la que pensé al ver esa pila enorme de diarios: que él no era adecuado para la undécima expedición debido a esta característica. Que ahí estaban los relatos indistintos de tantísimas almas y que era imposible que el suyo despuntara. Que, al final, quedó reducido a un estado que se aproximaba al mío.

Esos diarios, cual lápidas de papel, me confrontaron una vez más con la muerte de mi esposo. Temí encontrar el suyo, temí conocer su relato verdadero, y no esos murmullos genéricos que había ofrecido a nuestros superiores a su regreso.

—Pájaro fantasma, ¿tú me quieres? —me susurró una vez a oscuras, antes de partir hacia su instrucción, aunque el fantasma era él—. Pájaro fantasma, ¿me

necesitas?

Yo lo quería, pero no lo necesitaba, y consideraba que era así como debía ser. Un pájaro fantasma podía ser un halcón en un sitio y un cuervo en otro, dependiendo del contexto. El gorrión que una mañana surcaba el cielo azul podía transformarse a medio vuelo en un quebrantahuesos. Así eran las cosas. No había razones tan poderosas que pudieran superar las ansias de estar en armonía con las mareas y el curso de las estaciones y los ritmos subyacentes a todo cuanto me rodeaba.

Los diarios y otros materiales formaban una pila que se iba viniendo abajo, de unos cuatro metros de alto por cinco de ancho y que, en ciertos puntos cerca de la base, se había convertido claramente en humus al irse pudriendo el papel. Escarabajos y lepismas daban buena cuenta de los archivos, así como unas cucarachas negras y pequeñas que movían las antenas sin parar. Hacia la base, y sobresaliendo por los bordes, vi restos de fotografías y docenas de cintas de casete estropeadas, todo mezclado con el mantillo de las páginas. También aquí vi pruebas de la presencia de ratas. Si quería llegar a descubrir algo, tendría que descender hasta el muladar mediante la escalera de mano clavada a la trampilla y abrirme paso entre esa inestable montaña de basura y de pasta en descomposición. La escena plasmaba indirectamente los retales de escritura que me había encontrado en el muro de la Torre: … *las semillas de los muertos para compartirlas con los gusanos que se agolpan en la oscuridad y envuelven al mundo con la fuerza de su existencia.*…

Volqué la mesa y la atranqué contra la estrecha entrada de la escalera. No tenía ni idea de dónde se había metido la psicóloga, pero no quería que me sorprendiera, ni ella ni nadie. Si alguien intentaba mover la mesa yo lo oiría, y tendría tiempo de subir a recibirlo con la pistola. Además, tenía una sensación que, visto ahora, puedo atribuir a ese esplendor que crecía en mi interior: de una presencia que presionaba desde abajo, incidiendo en los límites de mis sentidos. Un hormigueo me recorría la piel en momentos inesperados y sin ningún motivo.

No me gustaba que la psicóloga hubiera escondido todo su equipo al lado de los diarios, incluido lo que parecía ser todo o casi todo su arsenal. De momento, sin embargo, tenía que quitarme el desconcierto de la cabeza, junto con la grima, que no me abandonaba, por saber que casi toda nuestra instrucción con Southern Reach se había basado en una mentira. Mientras bajaba a aquel espacio frío, oscuro y resguardado, percibí aquel esplendor interior con más fuerza todavía. Resultaba más difícil ignorarlo en cuanto que desconocía su significado.

Mi linterna, sumada a la luz natural procedente de la trampilla abierta, reveló que las paredes de la estancia abundaban en estriaciones de moho, algunas de las cuales formaban unas franjas mates de color rojo y verde. Desde abajo eran más visibles las ondas y los montículos de papel que se derramaban del muladar. Páginas rasgadas, páginas arrugadas, cubiertas de diarios, húmedas y deformadas… Se podía decir que

la historia de la exploración del Área X se convertía poco a poco en el Área X.

Al principio rodeé el perímetro y seleccioné diarios al azar. A primera vista, la mayoría hablaban de hechos corrientes como los descritos por la primera expedición… que pudo no haber sido la primera. Lo único que tenían de extraordinario algunos era que las fechas no encajaban. ¿Cuántas expediciones habían cruzado realmente la frontera? ¿Cuánta información había sido manipulada y suprimida, y desde cuándo? ¿Lo de las «doce» expediciones se refería solo al último trecho de una campaña mayor, omitiendo el resto para sofocar las dudas de los que se presentaban voluntarios?

En aquel sitio también había lo que di en llamar informes «pre-expedición», un archivo base, que yo ya había advertido desde arriba, de audiocasetes, fotografías carcomidas y carpetas en descomposición llenas de papeles, todo ello oprimido bajo el peso de los diarios. Y todo bañado por un olor húmedo y apagado que enmascaraba una penetrante fetidez a descompuesto, la cual se revelaba en algunos lugares y en otros no. Un batiburrillo vertiginoso de palabras a máquina, impresas y a mano, se amontonaron en mi cabeza junto con imágenes vislumbradas como un facsímil mental del propio muladar. La confusión de fechas me dejó de piedra, y eso sin tener en cuenta las contradicciones. Adquirí conciencia del peso de la fotografía en mi bolsillo.

Establecí unas normas iniciales, como si eso fuese a ayudarme. Ignoré los diarios que parecían escritos taquigráficamente y evité intentar descifrar los que parecían codificados. Además, empecé leyendo algunos de cabo a rabo hasta que decidí obligarme a hacerlo en diagonal. Pero a veces era peor seleccionar. Me topé con descripciones de actos incalificables que ni siquiera hoy sé determinar con palabras. Entradas que mencionaban períodos de «remisión» y «cesación» seguidos de «recrudecimientos» y «manifestaciones horrorosas». Daba igual cuánto hiciera que existía el Área X o cuántas expediciones hubieran acudido; esos relatos me indicaban que, años antes de que hubiera siquiera una frontera, a lo largo de su costa ya ocurrían cosas raras. Había existido una proto-Área X.

Había algunas omisiones que me escamaban tanto como otras proposiciones más explícitas. Un diario, medio destruido por la humedad, se centraba solamente en las características de un tipo de cardo de floración violeta que crecía en el interior, entre el bosque y el pantano. Página tras página se describía el hallazgo, primero, de un espécimen de dicho cardo y después de otro, junto con detalles minuciosos de los insectos y demás criaturas que ocupaban aquel microhábitat. En ningún caso el observador se desvió más de medio metro de una planta determinada, ni tomó la distancia suficiente en ningún momento para ofrecer un retrato del campamento base o de la vida del propio observador. Al cabo de un rato me dominó la inquietud, al empezar a percibir una presencia terrible en el trasfondo de esas entradas. Vi al

Reptador o a algún vicario suyo acechando aquel espacio junto al cardo, y la focalización del autor del diario como una forma de lidiar con ese horror. Una ausencia no es una presencia, pero cada nueva descripción de un cardo me causaba un escalofrío mayor que el anterior. Cuando la última parte del libro se deshizo en una pasta de papel mojado y tinta disuelta, fue casi un alivio librarme de aquella repetición enervante, de un relato hipnótico que me sumió como en un trance. De haber habido una cantidad infinita de páginas, me temo que podría haberme quedado leyendo una eternidad hasta caer muerta de hambre o de sed.

Empezaba a plantearme si la falta de referencias a la Torre encajaba también en esta teoría, este escribir en torno a los límites de las cosas…

… en el agua negra con el sol que brilla a medianoche, los frutos madurarán…

Entonces encontré, después de fragmentos varios, banales o incomprensibles, un diario que no era del mismo tipo que el mío. Databa de antes de la primera expedición, pero después de la aparición de la frontera y lo que mencionaba como la «construcción del muro», que obviamente se refería a la fortificación de cara al mar. Una página más adelante, mezcladas con esotéricas interpretaciones meteorológicas, tres palabras destacaron a mis ojos: «repeler un ataque». Leí con cuidado las entradas siguientes. Al principio el autor no hacía ninguna referencia a la naturaleza del ataque ni a la identidad de los atacantes, pero el asalto procedía del mar y «mató a cuatro de los nuestros», aunque el muro había resistido. Luego, el sentimiento de desesperación crecía y leí:

… la desolación llega del mar otra vez, junto con las luces extrañas y la vida marina que, con marea alta, se estrella contra nuestro muro. Ahora, de noche, sus destacamentos intentan penetrar por las rendijas de nuestro muro de defensa. Aun así, resistimos, pero nos estamos quedando sin munición. Algunos quieren abandonar el faro, probar por la isla o tierra adentro, pero el jefe dice que las órdenes las da él. La moral está baja. No todo lo que nos sucede tiene una explicación racional.

Poco después, el relato se extinguía. Transmitía una atmósfera marcadamente irreal, como la versión dramatizada de un hecho verdadero. Traté de imaginarme cómo tuvo que ser el Área X tanto tiempo atrás. No pude.

El faro había atraído a los miembros de las expediciones como a los barcos que antaño buscaron amparo entre los pasos y los arrecifes cercanos a la costa. No pude sino reafirmar mi anterior especulación de que, para la mayoría de ellos, un faro era un símbolo, el consuelo del viejo orden, y su prominencia en el horizonte ofrecía la ilusión del refugio seguro. Que había traicionado esa confianza quedaba de manifiesto en lo que me había encontrado en el piso de abajo. Y aunque algunos de ellos tenían que saberlo, fueron allí a pesar de todo. Por esperanza. Por fe. Por estupidez.

Pero empezaba a darme cuenta de que, cualquiera que fuese la fuerza que había llegado para instalarse en el Área X, para combatirla era preciso un combate de guerrilla. Era preciso confundirse con el paisaje o, como el autor de las crónicas del cardo, fingir que no estaba ahí durante el mayor tiempo posible. Reconocerla, intentar ponerle un nombre, podía ser un modo de abrirle la puerta. (Por la misma razón, supongo, me he ido refiriendo a los cambios en mí como un «esplendor», porque examinar este estado desde muy cerca, cuantificarlo o tratarlo empíricamente teniendo tan poco control sobre él sería hacerlo demasiado real.)

En un momento dado empezó a entrarme el pánico ante el volumen de lo que quedaba ante mí, lo que me llevó a filtrar un poco más: solo buscaría frases idénticas o de tono parecido a las palabras del muro de la Torre. Acometí más directamente el montículo de papel abriéndome paso entre las partes intermedias; el rectángulo de luz encima de mí me ofrecía el consuelo de que no fuese aquello la suma de mi existencia. Hurgaba como las ratas y los insectos, hundía los brazos en el revoltijo y los sacaba sosteniendo cuanto mis manos pudieran agarrar. En ocasiones perdía el equilibrio y acababa enterrada en los papeles, enredada en ellos, con la podredumbre llenándome los orificios de la nariz y dejándome su sabor en la boca. A cualquiera que me mirase desde arriba le habría parecido una desquiciada, y yo era consciente de ello aun encontrándome inmersa en aquella actividad frenética y vana.

Pero encontré lo que buscaba en más diarios de lo esperado, y normalmente era aquella frase inicial: *Allí donde aguarda el fruto asfixiante llegado de la mano del pecador yo traeré las semillas de los muertos para compartirlas con los gusanos…* A menudo aparecía como una nota garabateada al margen o bien de otras formas no conectadas con el texto que la rodeaba. Una vez la descubrí documentada como una frase de la pared del propio faro, que «borramos enseguida» sin que se citara el motivo. En otra ocasión encontré una referencia, con caligrafía afilada, a un «texto en un diario que parece sacado del Antiguo Testamento, pero no es de ningún salmo que yo recuerde». ¿A qué iba a referirse sino al texto del Reptador? … *para compartirlas con los gusanos que se agolpan en la oscuridad y envuelven al mundo con la fuerza de su existencia.…* Pero nada de eso me ayudaba a esclarecer el porqué o el quién. Todos estábamos a oscuras rebuscando en la pila de diarios, y si en algún momento sentí el peso de mis predecesores fue allí y entonces, perdida en todo ello.

En determinado momento me vi tan abrumada que fui incapaz de seguir, ni siquiera por inercia. Eran demasiados datos, presentados de una forma demasiado anecdótica. Podía tirarme años buscando en esas páginas sin destapar nunca los secretos correctos, atrapada en un bucle de interrogantes sobre cuánto hacía que existía aquel lugar, quién fue el primero en dejar allí su diario y por qué otros lo imitaron hasta convertirlo en algo tan inexorable como un ritual perpetuado. ¿Obedeciendo a qué impulso o a qué fatalismo compartido? Pensé que lo único que

sabía de veras era que faltaban los diarios de ciertas expediciones y de ciertos miembros individuales de expediciones; que el registro estaba incompleto.

También era consciente de que debía regresar al campamento base antes de que cayera la noche o bien quedarme en el faro. No me gustaba la idea de viajar cuando hubiera oscurecido; además, si no volvía, la topógrafa podría abandonarme y tratar de cruzar otra vez la frontera.

De momento, me decidí por un último esfuerzo. Con gran dificultad trepé a la cima del muladar, esforzándome por no tirar diarios al hacerlo. Fue como tener un monstruo que rodaba y se agitaba debajo de mis botas, impidiendo mi avance, como la arena de las dunas de fuera, ofreciendo una resistencia equivalente. Pero llegué arriba a pesar de todo.

Como me había imaginado, los diarios de la cumbre de toda aquella masa eran los más recientes y pronto encontré los escritos por miembros de la expedición de mi marido. El estómago me dio un vuelco y continué hurgando, sabiendo que iba a tropezarme con algo inevitablemente, y así fue. Pegado al dorso de otro diario por restos de sangre seca o alguna otra sustancia, hallé, con más facilidad de la que imaginaba, el diario de mi esposo, escrito con esa caligrafía segura y enérgica que yo conocía por las tarjetas de felicitación, las notas del frigorífico y las listas de la compra. El pájaro fantasma acababa de hallar a su espectro, en una pila inexplicable de espectros varios. Pero, en vez de sentir deseos de leer el relato, fue como si robara un diario personal que su muerte hubiera sellado. Sensación absurda, lo sé. Mi marido siempre quiso que yo me abriera a él y, en consecuencia, siempre estuvo ahí para acogerme. Ahora, en cambio, tendría que acogerlo yo tal como lo encontrara, y seguramente iba a ser para siempre, y aquella verdad se me hizo intolerable.

Fui incapaz de leerlo todavía, pero reprimí las ganas de arrojarlo otra vez a la pila y lo aparté junto con los otros diarios que pensaba llevarme al campamento base. También cogí un par de armas de la psicóloga y salí de aquel espacio horrible. Las demás provisiones las dejé ahí, de momento: podía ser de utilidad contar con un escondite en el faro.

Cuando salí de ahí abajo, era más tarde de lo que esperaba y el cielo ya iba adoptando aquel tono ámbar intenso que marca el inicio del ocaso. El mar ardía de luz, pero la belleza de aquel lugar no iba a engañarme otra vez. Durante mucho tiempo se habían volcado allí vidas humanas, que se ofrecieron para prestarse al exilio o algo peor. Todo traslucía la presencia funesta de incontables refriegas desesperadas. ¿Por qué siguieron enviándonos? ¿Por qué continuamos yendo? Cuántas mentiras y qué poca destreza para afrontar la verdad. Sentí que el Área X destruía las mentes, aunque todavía no hubiera destruido la mía. La frase de una canción me venía a la cabeza sin parar: «Cuánto conocimiento inútil».

Después de estar tanto rato en ese espacio, necesitaba aire fresco y la sensación

del viento. Dejé en una silla lo que había cogido y abrí la puerta corredera para meterme en el saliente circular cercado por una barandilla. El viento me zarandeó la ropa y me golpeó el rostro. Un helor súbito que resultó depurador, aunque no tanto como las vistas. Podría haberme quedado mirando para siempre. Pero al cabo de un momento, algún instinto o alguna premonición me hizo bajar la vista junto a los restos del muro defensivo, hacia la playa, parte de la cual quedaba medio oculta por la curva de la duna y la altura del muro, incluso desde ese ángulo.

De aquel espacio asomaban un pie y el extremo de una pierna, entre un amasijo de arena removida. Enfoqué el pie con los prismáticos. Permanecía inmóvil. Una pernera y una bota que reconocí, con doble nudo en los cordones uniformes. Me agarré fuerte a la barandilla para contrarrestar la sensación de vértigo. Conocía a la propietaria de esa bota: era la psicóloga.

04: Inmersión

Todo cuanto sabía de la psicóloga procedía de mis observaciones durante la instrucción, en la que ejerció de distante supervisora y, a la vez, un rol más personal como confesora nuestra. Salvo que yo no tenía nada que confesar. Tal vez hablé más bajo hipnosis, pero durante las sesiones corrientes, a las que nos sometimos como condición para acceder a la expedición, poco dejé ver.

—Háblame de tus padres. ¿Cómo son? —me preguntó a modo de táctica inicial.

—Normales —repliqué, tratando de sonreír mientras pensaba «distantes, poco prácticos, irrelevantes, volubles, inútiles».

—Tu madre es alcohólica, ¿correcto? Y tu padre es una especie de… timador, ¿no?

Casi perdí el control ante lo que parecía un insulto más que un análisis. A punto estuve de protestar: «Mi madre es artista y mi padre, empresario».

—¿Cuáles son tus primeros recuerdos?

—El desayuno.

«Un cachorro de peluche que todavía conservo. Mirar con lupa la cavidad de una hormiga león. Besar a un chico y pedirle que se desnudara porque no se me ocurría nada más. Caerme a una fuente y golpearme la cabeza; resultado: cinco puntos en Urgencias y un miedo crónico a ahogarme. Otra vez en Urgencias, cuando mamá bebía demasiado, seguido del alivio de casi un año de sobriedad».

De todas mis respuestas, «El desayuno» es la que más la importunó. Se lo vi en las comisuras de la boca, que reprimieron una desviación hacia abajo, y en la postura rígida y la frialdad de la mirada. Pero se controló.

—¿Tuviste una infancia feliz?

—Normal —contesté.

«Una vez, mi madre estaba tan ida que me echó en los cereales zumo de naranja en lugar de leche. El parloteo incesante y nervioso de mi padre, que lo hacía parecer perpetuamente culpable de algo. Moteles baratos para las vacaciones en la playa, al final de las cuales mamá se ponía a llorar porque teníamos que volver a la vida normal y escasa de presupuesto, aunque en realidad no habíamos salido de ella. La sensación de un catastrofismo latente que invadía el interior del coche».

—¿Qué relación tenías con el resto de tus parientes?

—Bastante cercana.

«Tarjetas de cumpleaños aptas para críos de cinco años aun cuando cumplí veinte. Una visita cada par de años. Un abuelo afable de uñas largas y amarillas y con voz de oso. Una abuela que aleccionaba sobre la importancia de la religión y de meter monedas en la hucha. ¿Cómo se llamaban…?»

—¿Qué te parece formar parte de un equipo?

—Bien. He formado parte de equipos muchas veces.

«Y con “formar parte” me refiero a ocupar una posición marginal».

—Te despidieron de varios trabajos de campo. ¿Quieres explicarme por qué?

Ella sabía por qué, así que me encogí de hombros sin decir nada.

—¿Accedes a participar en esta expedición solo por tu marido?

»¿Estabais muy unidos, tu marido y tú?

»¿Os peleabais a menudo? ¿Por qué os peleabais?

»¿Por qué no llamaste a las autoridades en cuanto regresó a casa?

Saltaba a la vista que esas sesiones frustraban a la psicóloga a nivel profesional, ya que debía extraer de los pacientes información personal para establecer la verdad y así ahondar en cuestiones más profundas. Pero, a otro nivel que nunca acabé de entender, parecía aprobar mis respuestas. «Eres muy discreta», comentó una vez, no en sentido peyorativo.

En nuestro segundo día de caminata desde la frontera hasta el campamento base se me ocurrió que, a lo mejor, las mismas características que ella podía reprobar desde el punto de vista psiquiátrico eran las que me hacían apta para la expedición.

Yacía recostada en un montículo de arena y refugiada en la sombra del muro, como caída de un quinto piso, con una pierna estirada y la otra debajo de su propio cuerpo. Estaba sola. Deduje, por su situación y por la forma del impacto, que había saltado o la habían empujado desde lo alto del faro. Seguramente no había esquivado del todo el muro y por eso se había herido al caer. Mientras yo, con mi estilo metódico, me pasaba horas repasando los diarios, ella estuvo allí tirada todo el tiempo. Lo que no entendía era cómo podía seguir con vida.

Tenía la chaqueta y la camisa llenas de sangre, pero respiraba y sus ojos estaban abiertos, mirando al océano, cuando me agaché a su lado. Llevaba una pistola en la mano izquierda y tenía el brazo extendido; se la quité con cuidado y la arrojé a un lado, por si acaso.

La psicóloga no pareció captar mi presencia. Toqué suavemente uno de sus hombros anchos y entonces gritó, arremetió hacia un costado y se derrumbó, mientras yo retrocedía.

—¡Aniquilación! —me chilló, agitada y confusa—. ¡Aniquilación, aniquilación!

Era como si la palabra perdiera significado cuanto más la repetía, como el lamento de un pájaro con el ala rota.

—Soy yo, la bióloga —dije con voz tranquila, a pesar de que me había sobresaltado.

—Eres tú —señaló con una risa sofocada, como si hubiera dicho algo gracioso—. Eres tú.

Cuando volví a recostarla, oí una especie de crujido y comprendí que quizá se hubiera roto casi todas las costillas. Su brazo y su hombro izquierdos presentaban un

tacto mullido por debajo de la chaqueta. Una sangre oscura se le filtraba alrededor del estómago, bajo la mano que por instinto se había llevado a aquel punto para presionarlo. Olí que se había orinado encima.

—Aún estás aquí —dijo en tono de sorpresa—. Pero yo te he matado, ¿no? —Era la voz de alguien que despierta de un sueño o que está entrando en él.

—No, ni por asomo.

Otra vez un crujido; el velo de confusión abandonó su mirada.

—¿Has traído agua? Tengo sed.

—Sí.

Le puse la cantimplora en la boca para que pudiera dar unos tragos. Gotas de sangre le relucían en la barbilla.

—¿Dónde está la topógrafa? —me preguntó sin aliento.

—En el campamento base.

—¿No ha venido contigo?

—No.

El viento le echaba hacia atrás los rizos del pelo, dejando al descubierto un buen tajo en la frente, tal vez por el impacto con el muro que teníamos encima.

—¿No le gustaba tu compañía? —quiso saber—. ¿No le gusta en qué te has convertido?

Me recorrió un escalofrío.

—Soy la misma de siempre.

La mirada de la psicóloga se volvió a desviar hacia el mar.

—¿Sabes qué? Te he visto venir hacia el faro. Entonces me he convencido de que habías cambiado.

—¿Qué has visto? —le pregunté, para complacerla.

Una tos seguida de saliva roja.

—Eras una llama —afirmó, y tuve una visión fugaz de mi esplendor convertido en algo manifiesto—. Eras una llama que me abrasaba la vista. Una llama que atravesaba los pantanos y el poblado en ruinas. Una llama de combustión lenta, un fuego fatuo que cruzaba flotando la marisma y las dunas, flotando y flotando, no como algo humano, sino algo libre y flotante…

Por el cambio de su tono, me di cuenta de que incluso en ese momento intentaba hipnotizarme.

—No funciona —la avisé—. Me he vuelto inmune a la hipnosis.

Abrió la boca, la cerró y la abrió otra vez.

—Claro. Siempre fuiste difícil —dijo como si le hablara a un crío. ¿Era orgullo aquel dejo peculiar en su voz?

Quizá debería haberla dejado sola, dejarla morir sin pedirle respuestas, pero no hallé tanta piedad en mí.

—¿Por qué no me has disparado al acercarme?

Ya que le había parecido tan inhumana…

Al balancear la cabeza para mirarme, incapaz de controlar todos los músculos de su rostro, se le escapó una expresión maliciosa.

—Con este brazo y esta mano no puedo apretar el gatillo.

Me sonó a delirio; además, yo no vi que hubiera ningún rifle abandonado junto a la luz del faro. Volví a probar:

—¿Y la caída? ¿Un empujón, un accidente o a propósito?

Se le frunció el ceño, pura perplejidad expresada mediante la red de arrugas de las comisuras de sus ojos, como si el recuerdo le llegara solo fragmentado.

—Me ha parecido… Me ha parecido que había algo detrás de mí. He intentado dispararte, no he podido y ya estabas dentro. Entonces me ha parecido ver algo a mi espalda, algo que se me acercaba desde la escalera, y me ha entrado un miedo tan invencible que he tenido que huir. Y he saltado por la barandilla. He saltado.

Como si no fuese capaz de creer que hubiera hecho semejante cosa.

—¿Qué aspecto tenía la cosa que iba a por ti?

Ataque de tos y palabras que se le escurrían:

—No lo he visto. No estaba ahí. O bien lo he visto demasiadas veces. Estaba dentro de mí. Y dentro de ti. He intentado escapar. De lo que está dentro de mí.

En aquel momento no me creí nada de esa explicación fragmentada, que parecía implicar que algo la había seguido desde la Torre. Atribuí tan frenética disociación a su necesidad de control: la expedición se le había ido de las manos y, por lo tanto, buscaba alguien o algo a quien culpar de su fracaso, por improbable que fuera. Probé con un enfoque distinto.

—¿Por qué te llevaste a la antropóloga al «túnel» en plena noche? ¿Qué pasó ahí abajo?

Vaciló, pero no supe ver si por precaución o porque algo se le estaba descomponiendo por dentro. Entonces dijo:

—Un error de cálculo. Impaciencia. Necesitaba informes antes de arriesgar la misión entera. Necesitaba saber en qué punto estábamos.

—¿Te refieres al avance del Reptador?

Sonrió con picardía.

—¿Así lo llamas? ¿El Reptador?

—¿Qué pasó? —insistí.

—¿Tú qué crees que pasó? Todo salió mal. La antropóloga se acercó demasiado. —Traducción: la psicóloga la obligó a acercarse—. La cosa reaccionó. A ella la mató y a mí me hirió.

—Por eso estabas tan afectada a la mañana siguiente.

—Sí. Y porque ya noté que estabas cambiando.

—¡Yo no estoy cambiando!

Lo dije gritando, con una rabia inesperada que crecía dentro de mí.

Una risita húmeda y un tono burlón:

—Claro que no. Solo te estás volviendo más como has sido siempre. Y yo tampoco estoy cambiando. Todo va bien. Vámonos de picnic.

—Cállate. ¿Por qué nos abandonaste?

—La expedición estaba condenada.

—Eso no es una explicación.

—¿Acaso tú me diste alguna durante la instrucción?

—No estaba condenada, o no tanto como para abandonar la misión.

—Sexto día después de llegar al campamento base y una persona muerta, dos en proceso de cambio y otra flaqueando. Yo llamo a eso un desastre.

—Si era un desastre, tú contribuiste a crearlo. —Me di cuenta de que, así como la psicóloga no me daba ninguna confianza en el aspecto personal, había llegado a creer en ella para liderar la expedición. En parte me enfurecía que nos hubiera traicionado y que también entonces pudiera dejarme—. Te entró el pánico y te rendiste.

La psicóloga asintió.

—Eso también. Me rendí, sí. Tendría que haberme dado cuenta antes de que habías cambiado. Tendría que haberte enviado de vuelta a la frontera. No debería haber bajado ahí con la antropóloga. Pero ya ves.

Hizo una mueca y tosió, expulsando una humedad densa.

Yo ignoré la mofa y fui por otra línea.

—¿Qué aspecto tiene la frontera?

Otra vez esa sonrisa.

—Te lo diré cuando llegue.

—¿Qué ocurre realmente cuando cruzamos?

—Nada de lo que esperarías.

—¡Dímelo! ¿Qué es lo que atravesamos?

Sentí que me estaba extraviando. De nuevo.

Sus ojos mostraron un brillo que no me gustó, pues presagiaba daños.

—Quiero que pienses una cosa. Puede que seas inmune a la hipnosis, es posible, pero ¿y el velo que ya está asentado? ¿Y si te quitara ese velo y tuvieras acceso a tus recuerdos de cuando cruzaste la frontera? —me preguntó la psicóloga—. ¿Te gustaría, Pequeño Fulgor? ¿Te gustaría o te volverías loca?

—Si intentas hacerme algo, te mato —le advertí, y lo dije en serio. La idea de la hipnosis en general y el condicionamiento que suponía me habían costado mucho: fueron para mí el invasivo precio que pagué para poder entrar en el Área X. Pensar en más manipulaciones se me hacía intolerable.

—¿Cuántos de tus recuerdos crees que son implantados? —siguió preguntando—.

¿Cuántos recuerdos tuyos del mundo de más allá de la frontera son comprobables?

—Eso no te va a funcionar conmigo —insistí—. Estoy segura del aquí y ahora, de este momento y el siguiente. Estoy segura de mi pasado.

Aquello era el torreón del castillo del pájaro fantasma, y permanecía intacto. Tal vez lo hubieran perforado mediante hipnosis durante la instrucción, pero no presentaba ninguna brecha. Estaba convencida de ello y seguiría estándolo, porque no tenía elección.

—Seguro que tu marido se sintió igual antes del final —afirmó la psicóloga.

Volví a ponerme en cuclillas, con la mirada fija en ella. Quise dejarla antes de que me envenenase, pero no pude.

—Centrémonos en tus propias alucinaciones —dije—. Descríbeme al Reptador.

—Hay cosas que tiene que verlas uno mismo. Tienes que acercarte más. Familiarizarte con ellas.

Su indiferencia por el destino de la antropóloga me resultaba odiosa, pero la mía también.

—¿Qué nos ocultasteis respecto al Área X?

—Una pregunta demasiado general.

Creo que, aunque se estaba muriendo, la divertía mi desesperación por sacarle respuestas.

—Vale, pues ¿qué miden las cajas negras?

—Nada. No miden nada. Son un simple truco psicológico para mantener la calma en la expedición: si no hay luz roja, no hay peligro.

—¿Qué secreto esconde la Torre?

—¿El túnel? Si lo supiéramos, ¿crees que seguiríamos enviando expediciones?

—Están asustados. Los de Southern Reach.

—Eso me parece.

—Entonces, no tienen respuestas.

—Te daré una pista: la frontera está avanzando. Despacio, de momento, pero un poco más cada año. De formas que no te esperarías. Pero puede que pronto se coma un par o tres de kilómetros de golpe.

La idea me dejó largo rato sin habla. Cuando te acercas demasiado al núcleo de un misterio no hay modo de tomar distancia y ver su forma en conjunto. Las cajas negras podían no hacer nada, pero en mi cabeza estaban todas con la luz roja encendida.

—¿Cuántas expediciones ha habido?

—Ah, los diarios —dijo—. Hay un montón, ¿eh?

—Eso no contesta a mi pregunta.

—A lo mejor desconozco la respuesta. A lo mejor no te lo quiero decir.

La cosa iba a continuar así hasta el final y yo no podía hacer nada al respecto.

—¿Qué encontró realmente la «primera» expedición?

La psicóloga hizo una mueca, no a causa del dolor sino más bien como si se acordara de algo penoso.

—Hay un vídeo de esa expedición… por llamarla de algún modo. El motivo principal de que no se permitiera tecnología avanzada a partir de entonces.

Un vídeo. Por algún motivo, después de estar rebuscando en la montaña de diarios no me sorprendió aquella información. Fui un paso más allá.

—¿Qué órdenes no nos revelasteis?

—Empiezas a aburrirme. Y yo empiezo a apagarme un poco… A veces os decíamos más y otras os decíamos menos. Ellos tienen sus cómputos y sus razones.

Ese «ellos» parecía de cartón piedra, como si la psicóloga no creyera demasiado en «ellos».

Sin ganas, volví a lo personal.

—¿Qué sabes de mi marido?

—Nada que no vayas a descubrir leyendo su diario. ¿Ya lo has encontrado?

—No —mentí.

—Muy ilustrativo… sobre ti, especialmente.

¿Era un farol? Desde luego, la psicóloga había dispuesto del tiempo suficiente en el faro como para encontrarlo, leerlo y arrojarlo de nuevo a la pila. Daba igual. El cielo se oscurecía y se imponía, las olas eran más profundas y la espuma dispersaba a las aves marinas que aguardaban con sus zancos, para volverse a reagrupar cuando las olas cedían. La arena a nuestro alrededor parecía más porosa de repente. Los rastros serpenteantes de cangrejos y gusanos se seguían trazando en su superficie. Toda una comunidad vivía allí, ocupada en sus asuntos y ajena a nuestra conversación. ¿Y en qué lugar del horizonte se encontraba la frontera marítima? Cuando se lo pregunté a la psicóloga durante la instrucción, solo me contestó que nadie la había cruzado nunca, y yo me imaginé a expediciones evaporándose en la bruma, en la luz y en la distancia.

Un estertor se apropió de la respiración de la psicóloga, ya superficial e inconsistente.

—¿Puedo hacer algo para que te sientas más cómoda?

Me estaba ablandando.

—Déjame aquí cuando me muera —pidió. Todo su miedo era visible de pronto—. No me entierres. No me lleves a ninguna parte. Déjame aquí, adonde pertenezco.

—¿Hay algo más que quieras decirme?

—No tendríamos que haber venido nunca. Yo no tendría que haber venido nunca.

La crudeza de su tono traslucía un tormento personal que iba más allá de su estado físico.

—¿Ya está?

—He acabado creyendo que esta es la verdad fundamental.

Supuse que se refería a que era mejor dejar que avanzara la frontera, ignorarla y que afectara a otra generación más lejana. Yo no era del mismo parecer, pero no dije nada. Más tarde acabé creyendo que se había referido a algo completamente distinto.

—¿Alguna vez ha vuelto alguien realmente del Área X?

—No desde hace mucho tiempo —dijo la psicóloga con un murmullo cansado—. No realmente.

Pero no sé si había oído la pregunta.

La cabeza se le desplomó y perdió la conciencia; luego volvió en sí otra vez y se quedó mirando las olas. Musitó unas palabras, una de las cuales pudo ser «remoto» o «derroto» y otra «tramar» u «observar». Pero no lo sé seguro.

Pronto caería la noche. Le di más agua. Cuanto más se le acercaba la muerte, más costaba verla como a una adversaria, aunque sin duda sabía mucho más de lo que me contaba. En cualquier caso, lo mismo daba, pues ya no iba a revelar nada más. Tal vez sí que me había visto como una llama al acercarme. Quizá ya solo pudiera pensar en mí de ese modo.

—¿Sabías lo de la pila de diarios antes de que viniéramos? —le pregunté.

Pero no contestó.

Tenía unas cuantas cosas que hacer una vez muerta la psicóloga, aunque estaba quedándome sin luz natural y no me apetecía hacerlas. Si en vida no había respondido a mis preguntas, tendría que contestarme una vez muerta. Le quité la chaqueta, que coloqué a su lado; entonces descubrí que había ocultado su propio diario en un bolsillo interior con cremallera, bien doblado. Lo dejé a un lado también, debajo de una piedra, y sus páginas se zarandearon al viento.

Entonces saqué mi navaja y, con mucho cuidado, le corté la manga izquierda de la camisa. La blandura de su brazo me había escamado, y vi que tenía motivos para preocuparme: desde la clavícula hasta el codo, tenía el brazo colonizado por una masa fibrosa de color verde dorado de la que emanaba un resplandor leve. Por las hendiduras y las largas grietas que le bajaban por el tríceps, parecía haberse extendido a partir de una herida inicial; la herida que le infligió, según ella, el Reptador. Fuera lo que fuese lo que me contaminó a mí, aquel otro tipo de contacto, más directo, causó una propagación más rápida y con consecuencias más nefastas. Existen parásitos y cuerpos germinantes capaces de causar no solo paranoia sino también esquizofrenia, con alucinaciones en exceso realistas que desembocan en comportamientos delirantes. Ya no me cabía ninguna duda de que la psicóloga me había visto como una llama que se acercaba, de que había atribuido su incapacidad para dispararme a alguna fuerza externa y de que la había asaltado el miedo a alguna presencia acechante. Supuse que, si no otra cosa, al menos el recuerdo de su encuentro con el Reptador la habría desquiciado en cierto grado.

Le corté una muestra de piel del brazo, junto con un poco de carne de debajo, y la metí en un vial. Luego cogí una muestra del otro brazo. De vuelta en el campamento base, las examinaría.

Para entonces ya me había entrado cierto temblor, así que hice una pausa y me centré en el diario. Vi que estaba dedicado a transcribir las palabras del muro de la Torre, completadas con muchos pasajes nuevos.

… pero ya se pudra bajo la tierra o sobre los campos verdes o mar adentro al aire mismo, todos llegarán a la revelación, y al regocijo, en el conocimiento del fruto asfixiante y la mano del pecador se alegrará, pues no hay pecado en la sombra o en la luz que las semillas de los muertos no puedan perdonar…

Había algunas notas garabateadas en los márgenes. Una decía «farero», lo que me llevó a preguntarme si le habría dibujado ella el círculo al hombre de la fotografía. Otra decía «¿Norte?» y, una tercera, «islas». No tenía ninguna pista sobre el significado de dichas notas, ni sobre qué indicaba respecto al estado mental de la psicóloga el hecho de que su diario se consagrara a aquel texto. Solo sentí un simple y llano alivio al ver que alguien había completado por mí una tarea que, de lo contrario, habría resultado complicada y laboriosa. Mi única pregunta era si había sacado el texto de los muros de la Torre, de diarios del interior del faro o bien de alguna otra fuente. Y sigo sin saberlo.

Procurando no entrar en contacto con su hombro ni su brazo, procedí a registrar el cadáver. Le palpé la camisa y los pantalones por si llevaba algo escondido. Le encontré una pistola minúscula atada a la pantorrilla izquierda y una carta, en un sobre pequeño, doblada en la bota derecha. La psicóloga había escrito un nombre en el sobre; al menos, parecía su letra. El nombre empezaba por S. ¿Era el de su hijo? ¿De un amigo? ¿De un amante? Hacía meses que no veía ni oía un nombre pronunciado en voz alta, y ver uno me trastornó profundamente. Parecía un error, como si no fuese algo propio del Área X. Allí un nombre era un lujo peligroso. Los sacrificios no precisaban nombres. Las personas que cumplían una función no precisaban ser nombradas. En todos los sentidos, el nombre era para mí una confusión mayor e indeseada, un espacio oscuro que iba creciendo en mi mente.

Arrojé la pistola encima de la arena e hice una bola con el sobre y lo envié al mismo sitio. Estaba pensando en el descubrimiento del diario de mi esposo y en que, en ciertos aspectos, era peor eso que no tenerlo. Y, desde cierto punto de vista, aún estaba enfadada con la psicóloga.

Por último le registré los bolsillos de los pantalones. Encontré algo de cambio, un amuleto de piedra suave y una hoja de papel; en esta había una lista de sugestiones hipnóticas que incluían «parálisis inducida», «inducir la aceptación» y «obligar a la obediencia», cada cual en correspondencia con una palabra o frase de activación.

Tuvo que darle mucho miedo olvidar las palabras con las que controlarnos como para llegar a apuntárselas. La chuleta incluía otros recordatorios, como «La topógrafa precisa refuerzo» o «La mente de la antropóloga es porosa». Sobre mí solo había esta frase críptica: «El silencio crea su propia violencia». Qué ilustrativo.

La palabra «Aniquilación» iba seguida de «ayudar a inducir el suicidio inmediato».

Nos habían provisto a todas de botones de autodestrucción, pero la única capaz de pulsarlos estaba muerta.

Parte de la vida de mi marido estuvo definida por unas pesadillas que tenía de niño, experiencia que le afectó tanto que lo llevó al psiquiatra. Tenían que ver con una casa y un sótano, y horribles crímenes allí ocurridos. Pero el psiquiatra había descartado la memoria reprimida y, al final, optó por tratar de extraer el veneno escribiendo un diario sobre ellos. Ya de adulto, en la universidad, meses antes de alistarse en la Marina, mi esposo asistió a un festival de cine clásico… y ahí, en pantalla grande, vio representadas sus pesadillas. Entonces comprendió que, cuando él tenía solo un par de años, alguien debió de dejarse el televisor encendido con aquel film de terror emitiéndose. La astilla de su mente, nunca desalojada del todo, se desintegró y quedó en nada. Decía que fue el momento en que se supo libre, que a partir de entonces dejó atrás las sombras de su infancia… porque todo había sido una ilusión, una falacia, una falsificación, un garabato en su cerebro que lo había orientado en la dirección incorrecta cuando él tenía que ir en otra.

—Hace tiempo que tengo un tipo de sueño —me confesó la noche en que me contó que iría a la undécima expedición—. Uno nuevo, y de hecho no es una pesadilla, esta vez.

En esos sueños, flotaba sobre un paisaje virgen con la visión panorámica de un gavilán, y la sensación de libertad era «indescriptible».

—Es como si cogieras todas mis pesadillas y les dieras la vuelta.

A medida que los sueños evolucionaban y se repetían, variaban de intensidad y enfoque. Algunas noches, cruzaba a nado los canales de las marismas. Otras, se convertía en árbol o en gota de agua. Todo cuanto experimentaba lo revitalizaba. Todo cuanto experimentaba lo hacía desear ir al Área X.

Aunque no podía contarme gran cosa, confesó que ya había quedado varias veces con personas que reclutaban a miembros para las expediciones. Que se había pasado horas hablando con ellas y que sabía que era la decisión correcta. Era un honor. No todos llegaban: a algunos los rechazaban y otros se quedaban en el camino. Y aun otros, le señalé, debieron de preguntarse qué habían hecho cuando ya era demasiado tarde. Lo único que yo entendía por entonces de lo que él llamaba Área X procedía de la vaga historia oficial sobre la catástrofe medioambiental, además de rumores y murmuraciones de segunda mano. ¿El peligro? No sé si lo tenía tan presente como la

idea de que mi marido acababa de decirme que me dejaba y me había ocultado la información durante semanas. Aún no estaba enterada del asunto de la hipnosis o la readecuación, por lo que no se me ocurrió que podían haberlo convertido en «sugestionable» durante esos encuentros.

Mi respuesta fue un silencio profundo, mientras él buscaba en mi rostro lo que creía que esperaba encontrar. Dio media vuelta y se sentó en el sofá, y yo me serví una copa muy grande de vino y tomé asiento en la silla enfrente de él. Permanecimos así largo tiempo.

Al cabo de un rato, se puso a hablar él otra vez: sobre lo que sabía del Área X, sobre lo poco que lo llenaba en ese momento su trabajo, sobre su necesidad de un desafío mayor… Pero en realidad yo no escuchaba. Estaba pensando en mi trabajo rutinario. En la naturaleza salvaje. En por qué no había hecho yo algo parecido a lo que estaba haciendo él: soñar con otro lugar y con el modo de llegar allí. En aquel momento no pude culparlo; no de verdad. ¿No hacía yo viajes ocasionales por trabajo? De acuerdo que no me ausentaba durante meses, pero en principio era lo mismo.

La discusión llegó más tarde, cuando aquello se me hizo real. Pero nada de ruegos. Nunca le supliqué que se quedara. No pude hacerlo. A lo mejor hasta pensé que su marcha salvaría el matrimonio, que, en cierto modo, nos uniría. No lo sé. No tengo ni idea. Hay cosas que nunca se me darán bien.

Pero ahí, contemplando el mar junto al cadáver de la psicóloga, sabía que el diario de mi marido me aguardaba, que pronto iba a conocer la pesadilla que se le apareció allí. Y sabía también que todavía le guardaba un rencor encarnizado por su decisión. Pero, a pesar de todo, en mi corazón empezaba a creer que el Área X era el sitio donde yo debía estar.

Me había entretenido demasiado y tendría que atravesar la oscuridad para poder regresar al campamento base. Si iba a un ritmo constante, podía estar de vuelta a medianoche. No era del todo malo llegar a una hora intempestiva, tal como había dejado las cosas con la topógrafa. Además, algo me decía que no debía quedarme en el faro a pasar la noche. Tal vez fuese el malestar por lo raro de la herida de la psicóloga, o quizá aún sintiera como si una presencia habitara aquel lugar; en todo caso, salí en cuanto metí en la mochila provisiones y el diario de mi esposo. A mi espalda, se iba volviendo cada vez más solemne la silueta de lo que ya no era realmente un faro, sino una especie de relicario. Al echar la vista atrás vi una fuente delgada de luz verde que manaba, flanqueada por la curva de las dunas, y me sentí aún más resuelta a poner distancia de por medio. Era la herida de la psicóloga, que yacía allá en la playa, desde donde brillaba aún más fuerte que antes. La idea de alguna forma de vida acelerada que ardía intensamente no parecía muy lógica. Me pasó por la cabeza otra frase que había leído en su diario: «Habrá un fuego que

conoce tu nombre, y en presencia del fruto que asfixia, su llama oscura tomará posesión de cada parte de ti».

A la hora, el faro había desaparecido en la noche y, con él, la luz en que se había convertido la psicóloga. Se levantó viento y la oscuridad aumentó. El sonido de las olas, cada vez más distante, era como escuchar a hurtadillas una siniestra conversación murmurada. Crucé el poblado en ruinas lo más silenciosamente posible, bajo una fina tajada de luna, sin arriesgarme a encender la linterna. La oscuridad envolvía las siluetas en las habitaciones que habían quedado a la vista, y en su calma extrema percibí un inquietante atisbo de movimiento. Me alegré de pasarlas de largo y encontrarme pronto en la parte del sendero donde los juncos obstruían el canal por el lado marítimo y los pequeños lagos a la izquierda. En un rato aparecerían el agua negra y los cipreses, antesala de la sólida eficiencia de los pinos.

Minutos después empezó el quejido. Por un momento creí que estaba en mi cabeza. Luego me paré de golpe a escuchar. Fuera lo que fuese lo que oíamos cada anochecer, volvía a las andadas, y con las prisas por irme del faro me olvidé de que habitaba entre los juncos. De cerca, el sonido resultaba más gutural, cargado de confusión, angustia y rabia. Parecía tan extremadamente humano e inhumano que, por segunda vez desde mi llegada al Área X, me planteé lo sobrenatural. El sonido provenía de enfrente de mí, procedente del lado que daba al interior, a través de los gruesos juncos que mantenían el agua a raya a los lados del sendero. Era improbable que pudiera pasar por ahí sin que aquello me oyera. Y entonces ¿qué?

Al fin decidí seguir adelante. Saqué la más pequeña de mis dos linternas y me agaché mientras la encendía, de modo que el haz no se viera fácilmente por encima de los juncos. De esta guisa tan incómoda continué andando, con la pistola en la otra mano, alerta a la dirección del sonido. Pronto lo oí más cerca, aunque todavía distante, avanzando entre los juncos mientras procedía con su horrible lamento.

Transcurrieron unos minutos, en los que avancé bastante. Entonces, de repente, algo me pisó la bota al caérsele encima. Enfoqué la linterna hacia el suelo… y retrocedí de un salto y ahogando un grito: era increíble, pero parecía que un rostro humano brotara del suelo. Al cabo de un momento, puesto que no ocurría nada más, volví a iluminarlo y vi que era una especie de máscara de color marrón claro, hecha de piel y medio transparente, semejante al caparazón mudado del cangrejo herradura. Era un rostro ancho, con unas leves picaduras que le surcaban la mejilla izquierda. Los ojos estaban en blanco, ciegos, al acecho. Sentí que tenía que reconocer esos rasgos, que era muy importante… pero en su estado incorpóreo no fui capaz.

Por algún motivo, ver esa máscara restituyó en mí parte de la calma perdida durante la conversación con la psicóloga. Por raro que fuese, un exoesqueleto desechado, aunque se pareciese a un rostro humano, constituía un misterio resoluble que, al menos de momento, dejaba en segundo término la perturbadora imagen de una

frontera en expansión y las innumerables mentiras de Southern Reach.

Cuando me arrodillé y apunté al frente mi linterna, vi más despojos de algún tipo de muda: una larga estela de restos como de piel, cáscaras y pellejos. Era obvio que pronto me iba a topar con el ser que hubiera soltado ese material, e igual de evidente era que la criatura gemebunda era humana o bien lo había sido una vez.

Me acordé del pueblo abandonado y de los extraños ojos de los delfines. Radicaba ahí una pregunta a la que, con el tiempo, tal vez tendría que responder de un modo demasiado personal. Pero la más importante en aquel momento era si, después de la muda, la cosa se habría vuelto más indolente o más activa. Dependía de la especie, y yo no era experta en el tema. Ni me quedaban demasiados ánimos para un nuevo encuentro, si bien ya era demasiado tarde para la retirada.

Continuando, llegué a un punto donde, a la izquierda, los juncos se aplanaban, doblándose para formar un camino de cerca de un metro de ancho. Las mudas, si eso eran, seguían el mismo curso. Al enfocar el camino con la linterna, vi que este giraba bruscamente hacia la derecha a menos de treinta metros de mí. Eso significaba que ya tenía a la criatura delante, entre los juncos, y podía volver sobre sus pasos y bloquearme el camino hacia el campamento base. Se intensificaron los ruidos de algo que se arrastraba y se revolcaba, hasta ser casi tan audibles como el lamento. Un denso olor a almizcle impregnaba el aire.

Seguía sin apetecerme regresar al faro, de modo que apreté el paso. La oscuridad era tan completa que solo veía unos centímetros por delante de mí y la linterna me mostraba bien poca cosa. Me sentí como si avanzara por un túnel circular. El lamento se oía aún más alto, pero fui incapaz de determinar su dirección. El olor se convirtió en una peculiar pestilencia. El suelo empezó a ceder un poco bajo mi peso y supe que el agua debía de estar cerca.

Otra vez se oyó el quejido, lo más cerca que lo había oído nunca, pero combinado con un fuerte sonido de algo que se zarandeaba. Paré y me puse de puntillas para enfocar la linterna por encima de los juncos a mi izquierda, a tiempo de ver una avalancha de violentos movimientos frente a mí, en ángulo recto con el sendero, que cesaron enseguida. Desplazamiento de juncos, derribados en un abrir y cerrar de ojos como si los trillara una máquina. La cosa intentaba tomarme la delantera. La cosa intentaba tomarme la delantera y el esplendor interno explosionó para ahogar mi pánico.

Vacilé un solo instante. Una parte de mí deseaba ver a la criatura después de tantos días escuchándola. ¿Eran las reminiscencias de mi yo científico, tratando de reorganizarse y de aplicar la lógica cuando lo único que importaba era sobrevivir?

En todo caso, era una parte muy pequeña. Corrí. Me sorprendió lo rápido que era capaz de hacerlo: nunca antes había tenido que correr tanto. Corrí por el túnel de oscuridad flanqueado de juncos, que me rastrillaban y me daba igual, pretendiendo

que el esplendor me propulsara. Pasar a la bestia de largo antes de que me interceptara. Noté la vibración sorda de su paso, el fragor áspero de los juncos bajo sus pisadas y una especie de matiz expectante en su lamento que me dio vértigo por lo apremiante de su búsqueda.

Desde la oscuridad me llegaba la impresión de un lastre inmenso que apuntaba hacia mí por mi izquierda. El indicio del costado de un rostro torturado y pálido y un bulto enorme y pesado pegado a él. Cargando hacia un punto enfrente de mí, sin darme otra opción que dejarle hacer y arremeter como un corredor en la línea de meta, para pasar antes que él y quedar libre.

Se acercaba muy deprisa; demasiado. No creí que fuese a conseguirlo, era imposible desde ese ángulo, pero ya estaba decidida.

Llegó el instante crucial. Me pareció sentir su cálido aliento a mi lado y me estremecí y grité incluso corriendo. Pero entonces el camino ya estaba despejado y, casi justo detrás de mí, oí una lamentación aguda, y la sensación de espacio y de aire, casi justo detrás de mí, se colmó, y oí como si algo inmenso intentara frenar, cambiar de dirección, y se viera empujado hacia los juncos, al otro lado del camino, por su propio impulso. Un quejido casi lastimero, un sonido solitario que me llamaba. Y continuó llamando, suplicándome que volviera, que lo viera por entero, que reconociera su existencia.

No miré atrás. Seguí corriendo.

Al fin, jadeando y sin aliento, paré de correr. Con flojera en las piernas, anduve hasta que la senda fue a dar a terrenos boscosos, lo bastante lejos como para ponerme a buscar un roble grande al que trepar y pasar la noche en incómoda posición, acurrucada en algún recodo del árbol. Si la criatura gemebunda me hubiera seguido hasta allí, no sé qué habría hecho. Todavía la oía, aunque ya otra vez a lo lejos. No quería pensar en ella, pero no podía dejar de hacerlo.

Dormité a ratos, sin dejar de vigilar el terreno. En un momento dado, algo grande se detuvo a olisquear el pie del árbol, pero luego siguió su camino. En otra ocasión, percibí unas formas vagas que se movían a media distancia, aunque resultaron en nada. Fue como si parasen un instante, pero sus ojos luminosos, flotando en la oscuridad, no me transmitieron ninguna amenaza. Me apreté contra el pecho el diario de mi esposo, como un talismán que me protegiera de la noche, pero negándome aún a abrirlo: mis miedos sobre su posible contenido no habían hecho más que aumentar.

Antes del amanecer, desperté y descubrí que mi esplendor se había vuelto literal: de mi piel emanaba una tenue fosforescencia en la oscuridad; traté de ocultar las manos dentro de las mangas y me subí el cuello, para resultar menos visible, antes de dormirme otra vez. Una parte de mí solo quería dormir para siempre, durante el resto de lo que fuese que pudiera ocurrir.

Pero ya me acordaba de una cosa: de dónde había visto antes la máscara mudada.

Era el psicólogo de la undécima expedición, un hombre cuya entrevista a su regreso pude ver. Un hombre que había dicho, en tono sereno y llano: «Era todo precioso y muy tranquilo en el Área X. No vimos nada fuera de lo común. Nada en absoluto». Luego había mostrado una sonrisa vaga.

Empezaba a comprender que la muerte no era lo mismo aquí que al otro lado de la frontera.

A la mañana siguiente, mi cabeza aún rebosaba de los gemidos de la criatura cuando volví a entrar en la parte del Área X donde el camino tenía mucha pendiente y, a cada lado, el agua negra y pantanosa se llenaba de rodillas de ciprés, que parecían muertas sin estarlo. El agua eclipsaba todo sonido y su superficie inmóvil solo devolvía el reflejo del musgo gris y de las ramas de los árboles. Esa parte del camino me gustaba más que ninguna otra. Allí, el mundo se mostraba tan vigilante como reposada era la sensación de soledad. Esa calma era una invitación a bajar la guardia y, simultáneamente, una reprimenda para que no lo hicieras. Faltaban casi dos kilómetros para el campamento base y me sentí perezosa con la luz y el zumbido de los insectos en la hierba crecida. Ya estaba maquinando qué iba a decirle a la topógrafa, qué le contaría y qué le ocultaría.

Mi esplendor interior se incendió. Me dio tiempo a dar medio paso a la derecha.

El primer disparo me dio en el hombro izquierdo en vez del corazón, y el impacto me retorció al empujarme hacia atrás. El segundo disparo se deslizó por mi costado izquierdo y, más que levantar del suelo, me hizo girar y tropezar. En el silencio profundo en que fui a dar contra la pendiente y reboté colina abajo, un rugido llegó a mis oídos. Me quedé tirada al pie de la colina, sin resuello y con una mano extendida hundida en el agua negra y el otro brazo atrapado bajo el cuerpo. El dolor en el costado fue al principio como si me abrieran con un cuchillo de carnicero y volvieran a coserme. Pero enseguida amainó en forma de un daño desagradable; las heridas de bala se redujeron, por alguna conspiración celular, a la sensación de minúsculos animales retorciéndose lentamente en mi interior.

Solo habían pasado unos segundos. Sabía que tenía que moverme. Menos mal que llevaba la pistola en la funda: de lo contrario, habría salido volando. La saqué. Había visto la mirilla, un círculo minúsculo en la alta hierba, y había reconocido a quien me puso la emboscada. La topógrafa era exmilitar, y de las buenas, pero no podía saber que el esplendor me protegía, que el impacto no me había cogido por sorpresa y que la herida no me tenía transida de paralizante dolor.

Me puse bocabajo, con la intención de arrastrarme junto al borde del agua. Entonces oí la voz de la topógrafa, gritándome desde el otro lado del terraplén:

—¿Dónde está la psicóloga? ¿Qué le has hecho?

Cometí el error de decir la verdad.

—¡Está muerta! —respondí a gritos, intentando que mi voz sonara temblorosa y

débil.

La única respuesta de la topógrafa consistió en una sarta de disparos por encima de mi cabeza, quizá con la esperanza de que yo saliera al descubierto.

—¡Yo no la he matado! —chillé—. Ha saltado desde lo alto del faro.

—«¡Riesgo por recompensa!» —respondió la topógrafa, lanzándomelo como una granada. Debió de reflexionar sobre aquel momento durante toda mi ausencia. Ya no causaba más efecto en mí del que había causado mi intento de utilizarlo con ella.

—¡Escúchame! Me has herido… de gravedad. Puedes dejarme aquí. No soy tu enemiga.

Lastimosas palabras para aplacarla. Aguardé, pero la topógrafa no respondía. Solo se oía el zumbido de las abejas en torno a las flores silvestres y un borboteo de agua en algún punto del negro pantano detrás del terraplén. Alcé la vista al increíble azul del cielo y pensé que quizá era hora de empezar a moverme.

—¡Vuelve al campamento base y coge provisiones! —le grité, en un nuevo intento—. Regresa a la frontera. No me importa. No te detendré.

—¡No me creo nada de ti! —exclamó; su voz estaba un poco más cerca y avanzaba por el otro lado. Entonces—: Has vuelto y ya no eres humana. Deberías matarte para que no tenga que hacerlo yo.

No me gustó su tono despreocupado.

—Soy tan humana como tú —repliqué—. Esto es una cosa natural.

Me di cuenta de que ella no podía entender que me estaba refiriendo al esplendor. Tuve ganas de decir que yo también era algo natural, pero no sabía si era cierto; además, nada de aquello estaba contribuyendo a mi causa.

—¡Dime tu nombre! —chilló—. ¡Dime tu nombre! ¡Dime tu maldito nombre de las narices!

—No servirá de nada —le contesté—. ¿De qué iba a servir? No entiendo de qué te sirve.

El silencio fue su respuesta. Ya no volvería a hablar. Yo era un demonio, un diablo, algo que ella no podía o no quería comprender. Notaba cómo se iba acercando, agazapada para ocultarse.

No iba a dispararme de nuevo a menos que el tiro fuese muy directo, mientras que yo sentía el impulso de atacarla y punto, disparando a lo loco. Pero opté por avanzar, medio a gatas y medio a rastras, siguiendo deprisa el borde del agua. A lo mejor ella esperaba que me alejara y pusiera distancia de por medio, pero yo sabía que, con el alcance de su rifle, era un suicidio. Procuré ralentizar mi respiración: quería poder oír cualquier sonido que ella hiciera y que me revelara su posición.

Al cabo de un momento, oí pasos enfrente de mí, en el lado opuesto de la colina. Cogí un terrón de barro y lo lancé, lejos y bajo, siguiendo el borde del agua negra en la dirección por la que acababa de llegar. Cuando aterrizó, a unos diez metros de mí,

con un correoso plaf, yo ya estaba bordeando la ladera hacia arriba, de modo que apenas veía el borde del camino.

La coronilla de la topógrafa asomó a menos de tres metros por delante de mí. Se había echado al suelo para arrastrarse entre las altas hierbas del sendero. Fue solo un vistazo fugaz. No quedó a la vista ni un segundo; después desaparecería. No me lo pensé. No dudé. Disparé.

Su cabeza se propulsó hacia un lado y la topógrafa se desplomó en la hierba sin ruido, y se volvió de espaldas con un gruñido, como si la hubieran molestado en pleno sueño; luego yació inmóvil. Tenía el costado del rostro cubierto de sangre y su frente presentaba una deformación grotesca. Volví a deslizarme pendiente abajo, mirando mi pistola, conmocionada. Me sentía como encallada entre dos futuros, a pesar de que ya había decidido en cuál iba a vivir. Ya solo estaba yo.

Eché otro vistazo, cautelosa y pegada al costado de la colina, y vi que continuaba allí tirada, sin moverse. Nunca había matado a nadie. Pero, dada la lógica de aquel lugar, tampoco estaba segura de haberlo hecho realmente. Al menos, eso me dije para controlar los temblores. Porque, en el fondo, no dejaba de pensar que podría haber intentado razonar con ella un poco más, o no disparar y huir hacia la espesura.

Me levanté y subí por la colina. En general, me sentía dolorida, aunque el hombro solo me hacía un daño relativo. Ahí junto al cadáver, cuyo rifle descansaba justo encima de la cabeza sanguinolenta como un punto de exclamación, pensé en cómo habrían sido sus últimas horas en el campamento base. Qué dudas la habrían torturado. Si quizá había salido rumbo a la frontera y, tras dudarlo, había regresado al campamento, para luego partir otra vez, atrapada en un círculo de indecisión. Supuse que algo la había empujado a enfrentarse a mí, o tal vez una noche a solas con su mente en aquel sitio había sido suficiente. La soledad podía presionar a una persona y exigirle que pasara a la acción. Si yo hubiera vuelto cuando prometí, ¿habría sido todo diferente?

No podía dejarla allí, pero no sabía si llevármela al campamento base y enterrarla en el antiguo cementerio de detrás de las tiendas. Mi esplendor interno me hacía dudar. ¿Y si su presencia en este lugar tenía un propósito? ¿Acaso enterrarla traicionaría una capacidad de transformación que quizá le perteneciera, aun en ese momento? Finalmente, la hice rodar, con su piel todavía elástica y cálida y la sangre manándole de la herida de la cabeza, hasta que alcanzó el borde del agua. Entonces pronuncié unas palabras respecto a que esperaba que me perdonase y a que yo la perdonaba por dispararme. No sé si mi discurso tenía mucho sentido para ninguna de las dos, llegado aquel punto. Al decirlo, a mí todo me sonó absurdo. Si hubiera resucitado de repente, quizá habríamos admitido las dos que no perdonábamos nada.

La cogí en brazos y me metí en el agua negra. La solté cuando esta me llegó a las rodillas y miré cómo se hundía. Cuando ya no pude ver ni la anémona pálida y

extendida de su mano izquierda, regresé a la orilla. Desconocía si la topógrafa era religiosa, si esperaba resucitar en el cielo o ser pasto de los gusanos. En todo caso, los cipreses formaron sobre ella una especie de catedral a medida que se fue hundiendo cada vez más.

Sin embargo, no tuve tiempo para asimilar lo ocurrido. En cuanto volví a plantarme en el camino, el esplendor se apoderó de muchas otras partes además de mis centros nerviosos. Caí al suelo envuelta en lo que percibí como una invasión invernal de hielo oscuro, mientras el esplendor se propagaba en forma de corona de luz azul brillante con un núcleo blanco. Sentí como quemaduras de cigarro al tiempo que una especie de nieve abrasadora descendía y se infiltraba en mi piel. Pronto quedé tan bloqueada, tan extremadamente paralizada, tan atrapada en mi propio cuerpo en mitad del camino, que la vista se me quedó clavada en las gruesas hojas de hierba que tenía enfrente, con la boca medio abierta en la tierra. Debería haber sido consciente del consuelo de ahorrarme el dolor de las heridas, pero me estaba viendo acosada en mi desvarío.

Recuerdo solo tres momentos de esos acosos. En el primero, la topógrafa, la psicóloga y la antropóloga me miraban desde lo alto a través de unas ondas, como si yo fuese un renacuajo que las viera desde un estanque de agua. Se me quedaron mirando durante un lapso anormalmente largo. En el segundo, yo estaba junto a la criatura gemebunda, con la mano sobre su cabeza y murmurando algo en un idioma que no entendí. En el tercero, contemplaba un mapa viviente de la frontera, trazado como si esta fuese un gran foso circular que rodeara el Área X. En dicho foso nadaban grandes criaturas marinas, ajenas a mi mirada, y el hecho de que no me prestaran atención me dolía terriblemente.

Durante todo ese tiempo, como descubrí luego por las marcas en la hierba, no estuve paralizada en absoluto, sino que estuve retorciéndome y sacudiéndome en el barro como un gusano. Mientras, una parte remota de mí sufría unos dolores extremos y trataba de morir por ellos, pero el esplendor no iba a permitir que eso ocurriera. De haber alcanzado mi pistola, creo que me habría disparado en la cabeza… y habría estado bien contenta.

A estas alturas ya habrá quedado claro que no se me da muy bien lo de contarle a la gente cosas que se consideran con derecho a saber, y en este relato he omitido hasta ahora ciertos detalles sobre el esplendor. Los motivos son, de nuevo, la confianza en que la opinión inicial de cualquier lector no se vea influida por estos detalles al juzgar mi objetividad. He intentado compensarlo revelando más información personal de la que me habría gustado, en parte por su importancia respecto a la naturaleza del Área X.

Lo cierto es que, en el instante previo a que la topógrafa intentara asesinarme, el esplendor se expandió en mi interior para acentuar mis sentidos y pude notar el

movimiento de sus caderas sobre el suelo, cuando me apuntaba con la mirilla. Pude oír el sonido de las gotas de sudor rodándole por la frente. Y oler su desodorante y notar el sabor de la hierba amarillenta que había aplastado para ponerme la emboscada. Cuando le disparé, lo hice con los sentidos todavía aguzados, y fue ese el único motivo de que me resultara vulnerable.

Fue, in extremis, una exacerbación súbita de lo que yo ya había estado experimentando. De camino al faro y al volver, el esplendor se había manifestado en parte como un resfriado leve. Me aparecieron unas décimas de fiebre, tos y mucosidad. En algunos momentos me sentí débil y mareada. La sensación de estar flotando o de pesadez me recorrió el cuerpo a intervalos totalmente descompensados, de modo que pasaba de ir ligera a arrastrarme.

Mi marido se habría mostrado precavido respecto al esplendor. Habría encontrado mil maneras de intentar ponerle remedio —y de eliminar todo rastro, de paso— y no dejarme afrontarlo por mi cuenta, razón por la que, durante mucho tiempo, no siempre se lo dije si me encontraba mal. De todos modos, en este caso tanto esfuerzo por su parte habría sido inútil. O te dedicas a preocuparte por una muerte que quizá no llegue o te concentras en lo que te queda.

Cuando al fin volví en mí, ya era mediodía del día siguiente. No sé cómo logré llegar de vuelta al campamento base. Estaba exprimida, era una cáscara necesitada de cinco litros de agua en las próximas horas para sentirme completa. El costado me ardía, pero sabía que estaba teniendo lugar una reparación apresurada, lo bastante como para permitirme ir tirando. El esplendor, que ya me había penetrado en las extremidades, parecía, forzado a retirada en un último arranque de mi cuerpo, que entorpecía su avance por la necesidad de atender a las heridas. Los síntomas de resfriado habían remitido y la ligereza y la pesadez fueron reemplazadas por un murmullo constante y sostenido en mi interior y, durante un rato, una sensación incómoda, como si algo avanzara por debajo de mi piel, formando una capa que imitaba a la perfección la que se podía ver.

Sabía que no debía fiarme de la sensación de bienestar, pues podía ser un mero intervalo previo a otra fase. El alivio que sentí hasta entonces por el hecho de que los cambios no fueran más allá de la agudización de los sentidos y los reflejos y la fosforescencia de mi piel quedó en nada ante lo que acababa de averiguar: para mantener controlado el esplendor, tendría que continuar sufriendo lesiones, tenía que ser herida. Someter mi sistema a impacto.

En aquel contexto, cuando me enfrenté al caos que era el campamento base, mi actitud fue tal vez más trivial de lo que habría sido en otro caso. La topógrafa había destrozado las tiendas hasta el punto de dejar colgando largos jirones de la dura lona. Los registros de datos científicos dejados por expediciones anteriores estaban quemados: aún vi fragmentos carbonizados sobresaliendo entre las cenizas de los

leños. Todas las armas que había podido cargar las había destruido desmontándolas pieza por pieza; después las había esparcido por todo el campamento como para desafiarme. Tiradas por toda el área había latas de comida abiertas y vaciadas. En mi ausencia, la topógrafa se había convertido en una especie de enloquecida asesina en serie de lo inanimado.

Su diario aguardaba como una tentación sobre los restos de su cama, en su tienda, rodeado de una marabunta de mapas, algunos de ellos viejos y amarillentos. Pero estaba en blanco. Las pocas veces que la había visto «escribir» en él, apartada de las demás, fueron un embuste. Nunca tuvo intención de dejar que la psicóloga ni ninguna de nosotras conociéramos sus verdaderos pensamientos. Me di cuenta de que era algo que yo respetaba.

Con todo, había dejado una última y concisa afirmación, en un trozo de papel junto a la cama, que tal vez ayudara a explicar su hostilidad: «La antropóloga ha intentado volver, pero ya me he ocupado de ella». O estaba loca, o demasiado cuerda. Repasé los mapas con cuidado, pero no eran del Área X. La topógrafa había escrito en ellos cosas personales que sonaban a rememoraciones, hasta que comprendí que los mapas debían de señalar sitios que visitó o donde vivió. No podía culparla por regresar a ellos, por buscar algo del pasado que pudiera afianzarla en el presente, por vano que fuese.

Mientras seguía explorando los restos del campamento base, evalué mi situación. Encontré unas cuantas latas de alimentos que, por algún motivo, a la topógrafa se le habían pasado por alto. También se había dejado algo de agua potable porque, según mi costumbre, yo escondí un poco en mi saco de dormir. Aunque todas mis muestras se habían perdido —supuse que las había arrojado al pantano cuando se dirigía a preparar la emboscada—, de nada le había servido esa medida, pues yo conservaba mis mediciones y observaciones al respecto en una libreta pequeña, en mi mochila. Iba a echar de menos el mayor y más potente de mis microscopios, pero el que me llevé me serviría. Tenía alimento suficiente para un par de semanas, pues no comía mucho. El agua me duraría además otros tres o cuatro días, y siempre podía hervir más. Tenía bastantes cerillas como para mantener una hoguera encendida durante un mes y capacidad para encender una sin cerillas, en todo caso. En el faro me esperaban más provisiones, como mínimo en la mochila de la psicóloga.

Al salir otra vez, vi lo que la topógrafa había añadido al viejo cementerio: una tumba vacía, recién cavada, con un montículo de tierra al lado; clavada en el suelo, una cruz sencilla hecha de ramas caídas. ¿Se suponía que esa tumba era para mí o bien para la antropóloga? ¿O para ambas? No me gustó la idea de yacer a su lado para la eternidad.

Algo más tarde, haciendo limpieza, me dio un ataque de risa y empecé a troncharme. De repente me había acordado de cuando lavé los platos después de

cenar la noche en que mi esposo regresó cruzando la frontera. Recordé con claridad que, tirando los restos de espaguetis y pollo de un plato, me pregunté perpleja cómo un acto tan mundano podía coexistir con el misterio de su reaparición.

05: Disolución

Nunca me he movido bien en las ciudades, a pesar de que vivía en una por necesidad: porque mi marido tenía que estar allí, porque los mejores puestos para mí estaban allí, porque siempre me boicoteé cuando me surgieron oportunidades en el campo… Pero yo no era un animal domesticado. La mugre y el polvo de las ciudades, su estado de vigilia interminable, su saturación, la luz constante que oscurece las estrellas, los omnipresentes humos de gasolina, las mil formas en que presagian nuestra destrucción… nada de eso me resultaba atractivo.

—¿Adónde vas tan tarde por la noche? —me había preguntado mi marido varias veces, unos nueve meses antes de que se marchara con la undécima expedición. Hubo un tácito «realmente» después del «vas»: pude oírlo, alto e insistente.

—A ningún sitio —contesté. «A todas partes».

—No, en serio… ¿adónde vas?

Hablaba en su favor que nunca hubiera intentado seguirme.

—No te pongo los cuernos, si te refieres a eso.

Esa respuesta tan directa solía pararlo, si bien no lo tranquilizaba.

Yo le había explicado que un paseo en solitario a altas horas me relajaba, me permitía dormir cuando el estrés por el aburrimiento de mi trabajo se volvía excesivo. Pero lo cierto era que solo recorría la distancia hasta una parcela vacía llena de malas hierbas. La parcela me atraía porque en realidad no estaba vacía. Dos especies de caracoles la habían convertido en su hogar, así como tres especies de lagartos, junto con mariposas y libélulas. Un charco de humildes orígenes —la rodera de barro de unos neumáticos de camión— había ido acumulando agua de lluvia hasta convertirse en un pequeño estanco. Huevos de pez habían llegado hasta ese lugar, donde se veían pececillos y renacuajos e insectos acuáticos. Por todas partes crecían algas, que volvían el terreno menos susceptible de erosión. Pájaros cantores en plena migración lo utilizaban como estación de abastecimiento.

Como hábitat, la parcela no era demasiado compleja, pero su cercanía amortiguaba mis ganas de meterme en el coche y conducir hasta el paraje natural más cercano. Me gustaba visitarlo por la noche por la posibilidad de ver a un precavido zorro o pillar a un petauro del azúcar descansando en un poste telefónico. Los chotacabras se agrupaban ahí cerca para cebarse con los insectos que bombardeaban las farolas. Ratones y búhos ejecutaban antiguos rituales de depredador y presa. Todos ellos mantenían un estado de alerta que los diferenciaba de los animales verdaderamente salvajes: se trataba de una alerta hastiada, resultado de historias largas y fatigosas: experiencias de mala fe en territorios ocupados por humanos, hechos trágicos del pasado.

No le conté a mi esposo que mis caminatas tenían un destino porque quería la

parcela solo para mí. Hay muchas cosas que las parejas hacen por costumbre y porque se espera que las hagan, y a mí eso no me importaba. A veces hasta me gustaba. Pero tenía la necesidad de ser egoísta con aquel pedazo de naturaleza urbana. Me expandía la mente cuando estaba en el trabajo, me calmaba, me proporcionaba una serie de dramas en miniatura de los que estar pendiente. Lo que yo no sabía era que, mientras me aplicaba esta tirita para mis ansias de lo ilimitado, mi esposo soñaba con el Área X y con espacios abiertos mucho mayores. Sin embargo, más adelante el paralelismo contribuyó a mitigar mi furia por su marcha y, luego, la confusión cuando regresó tan cambiado. Aunque la cruda verdad es que seguí sin comprender realmente en qué me había equivocado con él.

La psicóloga había dicho que la frontera avanzaba un poco más cada año. Pero a mí me parecía una afirmación demasiado restrictiva e ignorante. Existían miles de espacios «muertos» como la parcela que yo visitaba, miles de entornos de transición que nadie veía, que se habían vuelto invisibles porque no eran «útiles». En ellos podía habitar cualquier cosa durante un tiempo sin que nadie se diera cuenta. Habíamos llegado a pensar en la frontera como aquel muro monolítico e invisible, pero si los miembros de la undécima expedición fueron capaces de regresar sin nuestro conocimiento, ¿no podrían haberla atravesado ya otras cosas?

En esta nueva fase de mi esplendor, recuperándome de las heridas, la Torre me llamaba de forma incesante; percibía su presencia física bajo la tierra con una claridad equiparable a aquel primer arrebato, a la atracción de cuando, sin mirar, sabes perfectamente en qué lugar de la habitación se encuentra el objeto de tu deseo. Parte de ello se debía a mi necesidad de volver, pero otra parte podía deberse al efecto de las esporas, de modo que me resistí porque antes tenía otro trabajo que hacer. Trabajo que, si podía dedicarme a él sin interferencias ajenas, tal vez lo pusiera todo en orden.

Para empezar, tenía que poner en cuarentena las mentiras y las ocultaciones de mis superiores a partir de los datos correspondientes a las auténticas peculiaridades del Área X. Por ejemplo, el secreto conocimiento de que hubo una proto-Área X, una especie de «preámbulo» o cabeza de playa establecido en primer lugar. Aunque es cierto que el hecho de ver el montón de diarios modificó radicalmente mi perspectiva del Área X, no creía que un número mayor de expediciones me dijera mucho más sobre la Torre y sus efectos. Lo que me decía básicamente era que, aunque la frontera se estuviera expandiendo, el avance de la absorción por parte del Área X aún se podía considerar relativo. Los recurrentes datos hallados en los diarios que se referían a ciclos reiterados y a fluctuaciones temporales de lo extraño y lo corriente fueron de utilidad para establecer patrones. Pero esta información también podían conocerla mis superiores y, por lo tanto, podía considerarse como algo que ya habían comunicado otros. El mito de que solo habían acabado mal las primeras

expediciones, cuya fecha inicial fue artificialmente «sugerida» por Southern Reach, reforzaba la idea de unos ciclos existentes dentro del marco general de un «avance».

Los detalles individuales relatados en los diarios podían contar historias de heroísmo o de cobardía, de buenas o malas decisiones, pero en último término reflejaban una especie de «determinismo». Hasta el momento, nadie había explorado los cimientos de la «meta» o el «propósito» de un modo que obstruyera dicha meta o dicho propósito. Todo el mundo murió o fue asesinado, volvió transformado o no, pero el Área X continuaba como siempre… Mientras, nuestros superiores, por lo visto, temían tanto todo replanteamiento radical de la situación que seguían enviando expediciones poco informadas como si fuese la única opción. Alimentemos el Área X sin contrariarla y quizá alguien, por suerte o por pura repetición, dé con alguna explicación o solución antes de que el mundo «se convierta» en el Área X.

No había modo de corroborar ninguna de estas teorías, pero aun así me proporcionaban cierto consuelo lúgubre.

Dejé el diario de mi marido para el final, aunque su llamada era tan poderosa como la de la Torre. Me centré en lo que había llevado: las muestras del poblado en ruinas y de la psicóloga, junto con las de mi propia piel. Instalé el microscopio en la desvencijada mesa, que supongo que la topógrafa ya encontró tan estropeada que no le mereció mayor atención. Las células de la psicóloga, tanto las del hombro sano como las de la herida, tenían aspecto de células humanas corrientes. Al igual que las de mis propias muestras. Era imposible. Las repasé una y otra vez, incluso fingiendo puerilmente que no me interesaban en absoluto antes de abalanzarme sobre ellas con ojos de lince.

Estaba convencida de que, cuando las miraba, las células se convertían en otra cosa, de que el propio acto de observarlas lo cambiaba todo. Sabía que era una locura, pero aun así lo creía. Era como si el Área X se riera de mí: cada brizna de hierba, cada insecto extraviado y cada gota de agua. ¿Qué ocurriría cuando el Reptador alcanzara el fondo de la Torre? ¿Y cuando volviera a la superficie?

A continuación examiné las muestras del poblado: musgo de la «frente» de una de las erupciones, astillas de madera, un zorro muerto y una rata. La madera era madera, en efecto. Y la rata, una rata. Pero el musgo y el zorro… se componían de células humanas modificadas. *Allí donde aguarda el fruto asfixiante llegado de la mano del pecador yo traeré las semillas de los muertos…*

Supongo que debería haberme alejado del microscopio alarmada, pero ya estaba por encima de semejantes reacciones ante nada de lo que pudiera mostrarme aquel instrumento. Así que me limité a maldecir en voz baja. El jabalí de camino al campamento base, los extraños delfines, la bestia atormentada de los juncos… Incluso, irracionalmente, la idea de que réplicas de los miembros de la undécima expedición cruzaron la frontera de vuelta. Todo respaldaba la prueba de mi

microscopio. En este lugar se daban metamorfosis y, del mismo modo que me sentí parte de un paisaje «natural» cuando me dirigía al faro, no podía negar que se trataba de hábitats de transición en un sentido hondamente «antinatural». Una retorcida sensación de alivio se apoderó de mí: al menos podía demostrar que allí ocurrían cosas extrañas, y tenía además el tejido cerebral extraído por la antropóloga de la piel del Reptador.

Pero ya había tenido bastante de muestras. Después de almorzar resolví no dedicar más tiempo a la limpieza del campamento base; la mayor parte de esa tarea recaería en la siguiente expedición. Era otra tarde deslumbrante de asombroso cielo azul y temperatura confortable. Me senté un rato a observar las libélulas que rozaban la alta hierba y las lazadas y las caídas del vuelo de un carpintero cabecirrojo. Solo estaba aplazando lo inevitable: mi regreso a la Torre; y aun así, seguí perdiendo el tiempo.

Cuando al fin cogí el diario de mi marido y me puse a leer, el esplendor me abrumó con oleadas interminables y me conectó con la tierra, el agua, los árboles y el aire, mientras yo me iba abriendo cada vez más.

Aquel diario no era lo que me esperaba. Salvo lacónicas excepciones, garabateadas a toda prisa, casi todas las entradas iban dirigidas a mí. Yo no quería eso y, en cuanto me percaté, tuve que luchar contra la necesidad de arrojarlo lejos como un veneno. Mi reacción no tenía que ver con el amor ni con la falta del mismo, sino que nacía más bien de una sensación de culpa. Mi marido había querido compartir ese diario conmigo y ya estaba muerto, o bien existía en algún estado que quedaba más allá de toda posible comunicación con él, de toda reciprocidad.

La undécima expedición estuvo formada por ocho miembros, todos varones: un psicólogo, dos médicos (incluido mi marido), un lingüista, un topógrafo, un biólogo, un antropólogo y un arqueólogo. Llegaron al Área X en invierno, con los árboles despojados de casi todas sus hojas y los juncos ennegrecidos y gruesos. Los arbustos de flores se habían «vuelto plomizos» y parecían como «acurrucados» a lo largo del camino, según decía. «Menos aves de las indicadas en los informes —escribió—. Pero ¿adónde van? Solo el pájaro fantasma lo sabe». El cielo se encapotaba a menudo y el nivel del agua en los pantanos de cipreses era bajo. «Ni una lluvia en todo el tiempo que llevo aquí», escribió al final de la primera semana.

También ellos descubrieron lo que solo yo denominaba la Torre, en su quinto o sexto día —yo cada vez me convencía más de que la ubicación del campamento base estaba pensada para favorecer dicho descubrimiento—, pero su topógrafo opinó que debían continuar cartografiando el terreno y siguieron un derrotero distinto al nuestro. «A ninguno de nosotros le ha apetecido bajar allí», escribió mi esposo. «Y a mí, menos aún». Él sufría claustrofobia; a veces, hasta tenía que salir de la cama en plena noche e irse a dormir al porche.

No sé por qué, en aquel caso el psicólogo no coaccionó a la expedición para que descendiera a la Torre, así que continuaron explorando, pasando por el pueblo en ruinas, hasta el faro y más allá. Sobre el faro, mi marido anotó el horror al descubrir las señales de la matanza, pero sintieron «demasiado respeto como para ordenar aquello», refiriéndose, supongo, a las mesas volcadas en la planta baja. No mencionaba la fotografía del farero en la pared del rellano, cosa que me defraudó.

Igual que yo, descubrieron en lo alto del faro la pila de diarios, que también los conmocionó. «Hemos tenido una intensa discusión sobre qué hacer. Yo quería abortar la misión y volver a casa porque es evidente que nos han mentido». Pero, por lo visto, en aquel punto el psicólogo recuperó el control, si bien de un modo algo endeble. Una de las directrices del Área X era que cada expedición debía mantenerse como una unidad. Pero en la entrada siguiente la expedición ya había decidido dividirse, como para salvar la misión atendiendo solamente a la voluntad de cada persona y garantizar así que nadie intentase regresar a la frontera. El otro médico, el antropólogo, el arqueólogo y el psicólogo se quedaron en el faro a leer los diarios e investigar la zona adyacente. El lingüista y el biólogo se fueron a explorar la Torre. Mi marido y el topógrafo continuaron más allá del faro.

«Esto te encantaría», escribió en una entrada especialmente ferviente que, más que optimismo, me transmitió una euforia preocupante. «Te encantaría la luz en las dunas. Te encantaría la pureza espaciosa de su naturaleza».

Siguieron la costa durante toda una semana, cartografiando el paisaje y con la plena esperanza de toparse en algún momento con la frontera, tuviera la forma que tuviese, o algún obstáculo que impidiera su avance.

Pero no fue así, sino que el mismo hábitat los recibió un día tras otro. «Nos dirigimos al norte, me parece —escribió—, pero, a pesar de que cubrimos entre cinco y seis kilómetros al día, nada ha cambiado. Todo es igual». No obstante, hacía bastante hincapié en que no se refería a que estuvieran atrapados en algún tipo de «extraño círculo recurrente». Y aun así, sabía que «a todas luces tendríamos que habernos encontrado ya con la frontera». En efecto, se habían adentrado en una extensión de lo que él llamó el Tramo Sur que aún no se había cartografiado, «que, antes de cruzar la frontera, habíamos dado por hecho que existía, alentados por la vaguedad de nuestros superiores».

Yo también sabía que el Área X terminaba bruscamente no muy lejos del faro. ¿Que cómo lo sabía? Nuestros superiores nos lo dijeron durante la instrucción. Es decir, que, en realidad, no sabía nada.

Finalmente dieron media vuelta porque «hemos visto detrás de nosotros una lluvia de luces extrañas a lo lejos y, desde el interior, más luces, y sonidos que no sabemos identificar. Nos preocupan los miembros de la expedición a los que hemos dejado atrás». En el punto en que regresaron, acababan de alcanzar a ver «una isla

rocosa, la primera que hemos visto», que les despertó un «potente impulso de explorar, aunque no hay manera sencilla de llegar hasta allí». Al parecer, la isla «fue habitada en algún momento: hemos visto casas de piedra repartidas por una colina y, abajo, un muelle».

El viaje de vuelta al faro les llevó cuatro días y no siete, «como si el terreno se hubiera contraído». En el faro, el psicólogo no estaba y se encontraron con las cruentas secuelas de un tiroteo en el rellano de mitad de la escalera. Un superviviente moribundo, el arqueólogo, «nos ha dicho que algo "que no era de este mundo" había subido y había matado al psicólogo y se había replegado con su cadáver. "Pero el psicólogo volvió luego", ha desvariado el arqueólogo. Solo había dos cadáveres y ninguno era del psicólogo, cuya ausencia no ha sabido explicar. Tampoco ha sabido decirnos por qué luego se han disparado mutuamente; solo decía una y otra vez que "no confiábamos en nosotros"». Mi marido señaló que «he visto algunas heridas que no eran de bala, y ni la sangre que salpica las paredes se corresponde con lo que sé del escenario de un crimen. En el suelo había un residuo extraño».

El arqueólogo «se ha enderezado en la esquina del rellano y ha amenazado con dispararnos si me acercaba lo bastante como para verle las heridas. De todos modos, enseguida ha muerto». A continuación se llevaron los cadáveres afuera y los enterraron en la playa, a poca distancia del faro. «Ha sido difícil, pájaro fantasma, y no sé si nos recuperaremos nunca. No de veras».

Quedaban el lingüista y el biólogo en la Torre. «El topógrafo ha propuesto que volviéramos a subir por la costa que queda más allá del faro o que siguiéramos la playa hacia abajo. Pero ambos sabemos que eso sería eludir los hechos. Lo que estaba diciendo en el fondo era que abandonásemos la misión, que nos sumiéramos en el paisaje».

Un paisaje que les estaba afectando. La temperatura caía y se elevaba con violencia. Las profundidades del subsuelo retumbaban en forma de leves temblores. El sol se les aparecía con un «matiz verdoso», como si «la frontera estuviera distorsionándonos la visión de algún modo». También vieron «bandadas de pájaros volando tierra adentro, no de una misma especie, sino halcones y patos, garzas y águilas, todos agrupados como en una causa común».

En la Torre, solo se aventuraron a bajar unos cuantos niveles antes de subir otra vez. No había mención de las palabras en la pared. «Si el lingüista y el biólogo estaban dentro, era mucho más abajo, pero no hemos tenido interés en seguirlos». Al regresar al campamento base, se encontraron con el cadáver del biólogo, apuñalado varias veces. El lingüista había dejado una nota que decía simplemente: «Me he ido al túnel. No me busquéis». Sentí un extraño acceso de simpatía por un colega caído. Seguro que el biólogo había intentado razonar con él. O eso me dije. Quizá había tratado de matarlo. Pero era obvio que el lingüista ya había caído en la trampa de la

Torre y de las palabras del Reptador. Ahora entiendo que conocer el significado de las palabras en términos tan íntimos podía ser demasiado para cualquiera.

El topógrafo y mi marido volvieron a la Torre al anochecer. El porqué no aparece en las entradas del diario: empezaba a haber brechas que correspondían al transcurso de algunas horas, sin recapitulaciones. Pero, durante la noche, vieron una procesión horrenda que penetraba en la Torre: siete de los ocho miembros de la undécima expedición, incluidos un doble de mi esposo y uno del topógrafo. «Y ahí, ante mí, estaba yo mismo. Caminando muy rígido. Con una expresión muy ausente en el rostro. Claramente no era yo… y, sin embargo, lo era. El topógrafo y yo quedamos conmocionados. No intentamos detenerlos. No sé por qué, parecía imposible tratar de detenernos a nosotros mismos. Y no mentiré: estábamos aterrados. No pudimos hacer más que observar hasta que hubieron descendido. Después, por un instante, todo me encajó, todo lo ocurrido: estábamos muertos. Éramos fantasmas vagando por un paisaje embrujado y, aunque no lo sabíamos, la gente vivía aquí vidas normales… pero nosotros no podíamos verlo a través del velo, de la interferencia».

Poco a poco, mi marido fue quitándose esa sensación de encima. Aguardaron varias horas, ocultos entre los árboles que había más allá de la Torre, por si regresaban los dobles. Discutieron sobre qué hacer si eso ocurría. El topógrafo quería matarlos. Mi marido quería interrogarlos. Todavía ofuscados, ninguno dio mucha importancia al hecho de que el psicólogo no se contara entre ellos. En un momento dado, una especie de siseo como de vapor emanó de la Torre y un haz de luz se proyectó hacia el cielo antes de cesar bruscamente. Pero aun así no salió nadie y, al fin, los dos hombres volvieron al campamento base.

Fue en ese momento cuando decidieron tomar caminos separados. El topógrafo ya había visto suficiente y pensaba dar media vuelta e irse de inmediato del campamento base a la frontera. Mi esposo se negó porque sospechaba, por algunas interpretaciones del periódico, que «esta idea de volver por los mismos medios que nuestra entrada podría ser en realidad una trampa». Con el transcurso del tiempo y al no hallar obstáculo para avanzar siempre hacia el norte, mi marido fue volviéndose «receloso con la idea general de las fronteras», aunque no era capaz de sintetizar «la intensidad de esa sensación» en una teoría coherente.

Intercaladas con esta explicación directa de lo acontecido a la expedición había observaciones más personales, la mayoría de las cuales prefiero no exponer aquí. Pero hay un pasaje que pertenece al Área X y a nuestra relación al mismo tiempo:

Viendo y experimentando todo esto, incluso lo malo, me gustaría que estuvieras aquí. Que nos hubiéramos presentado juntos. Aquí te habría entendido mejor, de camino al norte. Sin tener que decirnos nada si tú no hubieras querido. Yo no me habría molestado. En absoluto. Y no habríamos vuelto atrás. Habríamos continuado hasta que ya no se pudiera ir más allá.

Lenta y dolorosamente fui comprendiendo lo que llevaba leyendo desde las primeras palabras de aquel diario: mi marido tuvo una vida interior que iba más allá de su exterior sociable y, si yo hubiera sabido bajar la guardia ante él, quizá me habría dado cuenta. Pero, por supuesto, no lo hice. La bajé ante pozas de marea y hongos capaces de corroer hasta el plástico en mi interior, pero no ante él. De todos los aspectos del diario, este es el que más me consumía. Él había contribuido a nuestros problemas presionándome demasiado, deseando demasiado, intentando ver en mí algo que no existía. Pero yo podría haberle tendido una mano y contener mi soberbia. Ya era demasiado tarde.

Sus observaciones personales incluían varios divertimentos, como la descripción de una poza de marea en las rocas, justo pasado el faro, o la observación detenida del uso atípico de un afloramiento de ostras, en marea baja, por parte de un rayador que intentaba matar a un pez grande. En una solapa trasera había metido algunas fotos de la poza. Y cuidadosamente guardadas en la misma solapa encontré flores silvestres prensadas, una vaina delgada y unas cuantas hojas poco comunes. En principio, a mi marido no le interesaba nada de eso; incluso observar el rayador y escribir una página de anotaciones le habría requerido un gran esfuerzo de concentración. Yo sabía que esos elementos iban dirigidos a mí y solo a mí. No había palabras cariñosas, pero yo entendía en parte el porqué de tal reserva: él sabía que yo odiaba palabras como «amor».

La última entrada, escrita a su regreso al faro, decía: «Volveré a subir por la costa. Pero no a pie. En el pueblo abandonado hay un barco. Está desfondado y carcomido, pero lo arreglaré con madera del muro que hay fuera del faro. Seguiré la línea de la costa mientras pueda. Hasta la isla y quizá más allá. Si llegas a leer esto, ahí es adonde voy. Ahí es donde estaré». ¿Acaso podía existir, entre tantos ecosistemas de transición, uno de más transición todavía, es decir, en los límites de la influencia de la Torre pero fuera aún de la influencia de la frontera?

Después de leer el diario, me quedó el consuelo de aquella imagen esencial y recurrente de mi marido echándose a la mar en un barco construido por él, cruzando el oleaje para salir a la calma. Siguiendo la costa hacia el norte, solo, buscando en esa experiencia la alegría de los pequeños momentos que recordaba de días más felices. Me sentí terriblemente orgullosa. Demostraba resolución. Demostraba valentía. Nos unía de un modo más íntimo de lo que parecía que habíamos estado nunca viviendo juntos.

En destellos, en fragmentos de pensamiento, después de la lectura, me pregunté si aún escribiría un diario, o si la mirada del delfín me había resultado familiar por un motivo distinto al hecho de ser tan humana. Pero pronto rechacé semejante tontería; hay preguntas que pueden acabar contigo si la respuesta se te niega el suficiente tiempo.

Mis heridas se habían reducido a un dolor constante pero razonable cuando respiraba. No por casualidad, al anochecer el esplendor volvió a irrumpir en mis pulmones y a entrarme por la garganta, de un modo que me imaginé que me brotaba en volutas de la boca. Me estremecí al recordar la columna de la psicóloga que había visto desde lejos, como una señal de peligro. No podía esperar a la mañana, aunque solo se tratara de la premonición de un futuro aún lejano. Volvería a la Torre de inmediato. Era el único sitio al que podía ir. Dejé el rifle de asalto. Dejé el cuchillo. Dejé la mochila y me sujeté al cinturón una cantimplora con agua. Cogí la cámara, antes de pensármelo dos veces y abandonarla en una roca a medio camino de la Torre: las ansias por registrar solo me distraerían, y las fotografías no tenían más valor que las muestras. En el faro me aguardaban décadas de diarios. Generaciones de expediciones que habían escrito antes que yo. Lo inútil que era, la presión que representaba, casi pudo conmigo otra vez. El desperdicio de todo ello.

Había llevado una linterna, pero descubrí que veía lo bastante al resplandor verde que emanaba de mi cuerpo. Me deslicé rápidamente por la oscuridad, siguiendo el sendero que conducía a la Torre. El cielo oscuro, libre de nubes, enmarcaba las altas líneas estrechas que formaban los pinos y reflejaba la plena inmensidad del firmamento. Sin fronteras, sin luz artificial que oscureciera las miles de perforaciones titilantes. Podía verlo todo. De niña me gustaba observar el cielo nocturno y buscar estrellas fugaces, como a todo el mundo. De mayor, sentada en el tejado de mi casita de la bahía y, más tarde, rondando la parcela vacía, ya no buscaba estrellas fugaces sino fijas, intentando imaginarme qué clase de vida habitaría en esas pozas celestiales tan lejanas. Las estrellas que veía eran extrañas, se repartían por el cielo formando unos patrones nuevos y caóticos, mientras que la noche anterior me habían reconfortado con su familiaridad. ¿Acaso ahora las veía con claridad? ¿Estaría aún más lejos de casa de lo que creía? Una idea que no debería haberme provocado esa sombría satisfacción.

La palpitación me llegó más distante al penetrar en la Torre, con la mascarilla bien sujeta sobre la nariz y la boca. No sabía muy bien si estaba evitando mayores contaminaciones o si solo procuraba contener mi esplendor. La bioluminiscencia de las palabras en el muro era más intensa y el brillo de mi piel expuesta parecía responderle del mismo modo, iluminándome el camino. Por lo demás, no noté ninguna diferencia al bajar más allá de los primeros niveles. Aunque con los pisos más altos ya estaba familiarizada, jugaba en contra el significativo hecho de que fuese mi primera vez a solas en la Torre. A cada nueva curva de esas paredes que bajaban hacia la oscuridad, disipada solo por la luz granulada y verdosa, estaba más convencida de que algo emergería de entre las sombras para atacarme. En ese momento eché de menos a la topógrafa y tuve que pisotear mi sensación de culpa. Y,

pese a mi concentración, noté la atracción de las palabras en el muro; vi que, por más que intentara concentrarme en las grandes profundidades, esas palabras seguían tirando de mí. *El sembrado entre las sombras es de una gracia y misericordia que hará brotar flores oscuras, y sus dientes devorarán, sustentarán y anunciarán la desaparición de una era…*

Antes de lo esperado, llegué al lugar donde habíamos encontrado muerta a la antropóloga. No sé por qué, me sorprendió encontrarla aún allí, rodeada de los restos de su fallecimiento: jirones de tela, su mochila vacía, un par de viales rotos, su cabeza que dibujaba un perfil quebrado… La cubría una capa movediza de organismos claros que, al detenerme cerca, descubrí que eran los minúsculos parásitos con forma de mano que vivían entre las palabras del muro. Imposible decir si estaban protegiéndola, transformándola o estropeándola; del mismo modo que tampoco podía saber si alguna versión de la antropóloga se le había aparecido a la topógrafa cerca del campamento base, cuando yo ya me había marchado hacia el faro.

No me entretuve, sino que continué bajando. El latido de la Torre empezó a hacer eco y aumentó de volumen. De repente, las palabras en la pared volvían a aparecer más frescas, como si solo se «secaran» una vez creadas. Me percaté de un zumbido menos audible que el latido, un sonido casi de interferencia. La ranciedad quebradiza de aquel espacio dio paso a algo más tropical y empalagoso. Me di cuenta de que estaba sudando. Y lo más importante: el rastro del Reptador bajo mis botas se volvió más fresco, más pegajoso, y procuré ir por la parte derecha para evitar la sustancia. La pared de la derecha también había cambiado, pues la cubría una capa fina de musgo o de liquen. No me gustaba tener que presionarla con la espalda para esquivar la sustancia del suelo, pero no tenía elección.

Al cabo de unas dos horas de lento avance, el latido de la Torre había aumentado tanto que parecía que sacudiera la escalera, y el zumbido subyacente se fragmentó en forma de limpia crepitación. Los oídos me retumbaban, el cuerpo me vibraba y tenía la ropa sudada de la humedad, tan sofocante que me entraron ganas de quitarme la mascarilla para engullir aire. Pero me resistí a la tentación. Estaba cerca. Sabía que estaba cerca; de qué, no tenía ni idea.

Las palabras en el muro se habían formado hacía tan poco que era como si gotearan, y las criaturas con forma de mano no eran tan numerosas, y las que había formaban puños cerrados, como si aún no hubieran despertado del todo a la vida. *Lo mortal descubrirá vida aun en la muerte pues cuanto se pudre no es olvidado y una vez reviva recorrerá el mundo con la dicha del no saber…*

Bajé en espiral otro tramo de escalera y entonces, al llegar al estrecho intervalo antes de la siguiente curva, vi luz. Los bordes de una luz nítida y dorada que emanaba de algún punto fuera de mi campo de visión, oculto por la pared; mi esplendor interno palpitó y se excitó. El zumbido volvió a intensificarse hasta convertirse en un siseo ya

tan aguzado que me pareció que me salía sangre de los oídos. El pico del latido resonó en cada parte de mi ser. No me sentí como una persona, sino como el simple canal receptor de una serie de abrumadoras transmisiones. Sentí el esplendor brotándome de la boca en forma de espray medio invisible y topando con la resistencia de la mascarilla; me la arranqué con un jadeo. Me surgió este pensamiento: «Devuelve a aquello que te dio», sin saber qué podía estar alimentando, ni qué significaba para la colección de células e ideas que me constituían.

Comprenderéis que, si no había podido irme a tiempo, tampoco podía dar la vuelta en ese momento. Mi libre albedrío estaba comprometido, aunque solo fuese por la fuerte tentación de lo desconocido. ¿Dejar aquel lugar, volver a la superficie sin doblar esa curva? Mi imaginación me habría torturado para siempre. Llegado aquel punto, me había convencido de que prefería morir sabiendo… algo, cualquier cosa.

Crucé el umbral. Descendí a la luz.

Una noche, durante los últimos meses en Bahía Rocosa, experimenté una profunda inquietud. Fue después de confirmar que no iban a renovarme la beca y antes de que hubiera perspectivas de un nuevo trabajo. Del bar me había llevado a otro desconocido con el que intentar distraerme de mi situación, pero se había marchado hacía horas. Estaba muy desvelada y todavía estaba borracha. Era estúpido y peligroso, pero decidí ir en camioneta a las pozas de marea. Quería coger desprevenida a toda esa vida oculta y sorprenderla en cierto modo. Se me había metido en la cabeza que las pozas de marea se transformaban por la noche, cuando nadie las miraba. Quizá es lo que ocurre cuando llevas tanto tiempo estudiando algo que puedes distinguir una anémona marina de otra al instante; podría haber distinguido a cualquier morador de esas pozas de marea en una rueda de reconocimiento, si hubiera cometido un crimen.

Así pues, aparqué la furgoneta y bajé por el camino ventoso hasta la playa de arena, ayudándome de una linterna muy pequeña que colgaba de mi llavero. Luego chapoteé por los bajíos y trepé a las rocas. En realidad, deseaba perderme. La gente me ha dicho toda la vida que me controlo demasiado, pero nunca ha sido el caso. Nunca me he controlado de veras, ni he deseado el control.

Aquella noche, aunque se me habían ocurrido mil excusas para culpar a otros, supe que la había cagado. A base de no llenar informes. De no ceñirme al foco del puesto encomendado. De registrar datos raros y periféricos. Nada que satisficiera a la organización que me proporcionó la beca. Yo era la reina de las pozas de marea y lo que yo decía era ley, y lo que comunicaba era lo que había querido comunicar. Me había despistado, como siempre, por confundirme con mi entorno, por no saber mantenerme separada, aparte del mismo; la objetividad era un terreno desconocido para mí.

Fui de una poza de marea a otra con mi patética linterna, perdiendo el equilibrio media docena de veces y a punto de caerme. Si me hubiera observado alguien —¿y quién puede decir hoy que no?—, habría visto a una bióloga malhablada, bebida y temeraria que había perdido toda perspectiva, que estaba en mitad de la nada por segundo año consecutivo y se sentía vulnerable y sola, aunque se había prometido no entristecerse nunca por su soledad. «Cosas que hizo y dijo ella que la sociedad tachó de antisociales o egoístas». Rastreando algo de noche en las pozas de marea, pese a que ya era bastante milagroso lo que halló durante el día. Tal vez gritara incluso, vociferando y revoloteando sobre las rocas resbaladizas como si las mejores botas del mundo no pudieran fallar, como si no pudieran hacerte romper el cráneo contra el suelo y llenarte la frente de lapas y percebes y de sangre.

Pero el hecho es que, aunque no me lo merecía —¿o sí?, ¿y realmente solo buscaba algo familiar?—, encontré algo milagroso, algo que se manifestaba con luz propia. Vislumbré una trémula y chispeante promesa de iluminación, procedente de una de las pozas más grandes, y me dio que pensar. ¿Realmente deseaba una señal? ¿Realmente quería descubrir algo o solo lo creía? Pues bien, decidí que sí quería descubrir algo, porque me encaminé hacia allí, lo bastante sobria de repente como para vigilar dónde ponía el pie, para ir con cuidado y no abrirme la cabeza antes de ver lo que había en esa poza.

Lo que encontré cuando al fin llegué allí y me asomé con las manos en las rodillas flexionadas fue una rara especie de estrella de mar colosal, de seis brazos, mayor que una sartén y que exudaba un color dorado oscuro dentro del agua quieta, como si estuviera ardiendo. Los que nos dedicamos a esto preferimos a su nombre científico el de «destructor de mundos», más pertinente. La cubrían gruesas espinas y, a lo largo de los bordes, pude ver, con contornos verde esmeralda, los más delicados cilios transparentes, miles de ellos, que la propulsaban por el camino designado para alcanzar a su presa: otra estrella de mar, más pequeña. Yo nunca había visto un destructor de mundos, ni en acuarios, y fue tan inesperado que me olvidé de la roca resbaladiza, perdí el equilibrio y no me caí por muy poco, gracias a que me apoyé con un brazo en el borde de la poza.

Pero, cuanto más la observaba, menos comprensible me resultaba la criatura, más ajena se me hacía y mayor mi sensación de no saber nada de nada, ni de naturaleza, ni de ecosistemas. Algo en mi humor y en su resplandor oscuro me ofuscaba la razón y me hacía ver a esa criatura, que de hecho ocupaba un lugar en la taxonomía —catalogada, estudiada y descrita—, como algo irreductible a nada de todo ello. Y supe que, si seguía mirando, tendría que acabar admitiendo que nada sabía tampoco de mí misma, fuese cierto o no.

Cuando al fin conseguí apartar la vista de la estrella de mar y volver a enderezarme, no habría sabido decir dónde se tocaban cielo y mar, si estaba de cara al

agua o a la orilla. Estaba completamente descolocada, y lo único que tenía para guiarme en aquel momento era ese haz resplandeciente a mis pies.

Doblar esa curva en la Torre y encontrarme con el Reptador por primera vez fue una experiencia similar elevada a la enésima potencia. Si, años atrás, fui incapaz de distinguir el mar de la costa encima de aquellas rocas, en ese momento tampoco distinguía la escalera del techo. Y aunque me apoyé con un brazo en la pared, fue como si esta se hundiera al contacto y me costó trabajo no caerme.

Allí, en las fauces de la Torre, no logré entender en absoluto qué era lo que estaba viendo; incluso ahora tengo que esforzarme para formar un todo a partir de fragmentos. Y no sabría decir qué espacios en blanco podría estar rellenando mi mente con tal de aligerar el peso de tantas incógnitas.

¿He dicho que vi luz dorada? En cuanto doblé esa curva por completo, ya no era dorada sino azul verdosa, y esa luz azul verdosa no se parecía a nada que yo hubiera experimentado hasta entonces. Manaba a borbotones, cegadora y sangrante, densa, estratificada y absorbente. Superaba hasta tal punto mi capacidad de asimilar las formas que contenía que me obligué a prescindir de la vista para centrarme primero en lo que me decían otros sentidos.

El sonido que me llegaba era como un crescendo de hielo o cristales de hielo estallando para crear un ruido no terrenal que antes había confundido con un zumbido, y que empezaba a transmitir una melodía y un ritmo intensos que me colmaban el cerebro. Vagamente, desde algún lugar remoto, vi que las palabras en la pared se infundían también de sonido, un sonido que hasta entonces yo no había sido capaz de oír. La vibración tenía peso y textura, y llevaba consigo un olor a quemado, como de tardías hojas de otoño o de algún motor lejano y enorme que se estuviera recalentando. El sabor en mi lengua era como de salmuera en llamas.

«Ninguna palabra puede… ninguna foto podría…»

Mientras yo me acoplaba a la luz, el Reptador seguía transformándose a la velocidad del rayo, como burlando mi capacidad de abarcarlo. Era una figura dentro de una serie de hojas de cristal refractadas. Era una serie de capas en forma de arco. Era un gran monstruo semejante a una babosa y cercado por satélites de criaturas aún más raras. Era una estrella reluciente. Mis ojos le echaban vistazos sin parar como si no bastara con un nervio óptico.

Entonces se convirtió en una enormidad abrumadora en mi maltrecha visión, que parecía aumentar cada vez más mientras se dirigía hacia mí. La forma se propagó hasta que estuvo incluso donde no estaba o no debía haber estado. De repente parecía más una especie de obstáculo o muro o gruesa puerta cerrada que bloqueaba la escalera. No un muro de luz —dorada, azul y verde, existentes en algún otro espectro —, sino un muro de carne que parecía luz, con elementos afilados y curvos y texturas como el hielo cuando se ha helado agua corriente. Daba la impresión de que cosas

vivas flotaban perezosas en el aire alrededor, cual blandos renacuajos, pero en el límite de mi visión, por lo que yo no sabía si eran como esas motas oscuras que son efectos visuales y no existen.

Dentro de esa masa fracturada, dentro de esas distintas impresiones del Reptador —medio cegada pero todavía cuadrando a través de mis otros sentidos—, me pareció ver la sombra, más oscura, de un brazo o una especie de eco de brazo en constante movimiento borroso, confiriendo sin cesar a la pared de la izquierda una repetición de profundidad y signo que avanzaba costosamente despacio: su mensaje, su código de cambio, de recalibrados y ajustes, de transformaciones. Y, tal vez, otra forma oscura, vagamente parecida a una cabeza, que sentía por encima del brazo, pero tan poco definida como si, nadando en aguas turbias, viera a lo lejos una silueta medio oculta por algas gruesas.

En ese punto traté de apartarme, de volver a subir los peldaños, pero no pude. Ya fuese porque el Reptador me había apresado o porque el cerebro me traicionaba, fui incapaz de moverme.

El impacto del Reptador cambió, o bien yo empecé a perder la conciencia repetidamente para luego volver en mí. Me parecía como si allí no hubiera nada, nada de nada, como si las palabras se escribieran solas, y a continuación el Reptador cobraba existencia temblorosamente antes de desaparecer otra vez, y lo único que permanecía constante era la sugerencia de un brazo y la impresión de las palabras escribiéndose.

¿Qué hacer cuando los cinco sentidos no son suficientes? Porque yo seguía sin verlo realmente, no más de lo que lo había visto al microscopio, y era eso lo que más me asustaba. ¿Por qué no lo veía? En mi cabeza, me encontraba de pie junto a la estrella de mar de Bahía Rocosa y esta crecía y creía hasta ocupar no solo la poza de marea sino el universo, y yo me tambaleaba sobre su superficie áspera y luminosa, contemplando de nuevo el cielo nocturno mientras la criatura proyectaba su luz hacia arriba, atravesándome.

Contra la horrible presión de esa luz, como si allí se concentrara todo el peso del Área X, cambié de estrategia e intenté centrarme tan solo en la creación de palabras en el muro, la impresión de una cabeza o un casco o… algo, en algún punto por encima del brazo. Una cascada de chispas que yo sabía que eran organismos vivientes. Una nueva palabra en la pared. Y yo que seguía sin ver, y el esplendor enroscado conmigo casi se tornó susurrado, como si estuviéramos dentro de una catedral.

La envergadura de la experiencia, combinada con el latido y el crescendo de sonido procedente de la escritura incesante, me colmaron hasta que no me quedó espacio. Aquel instante, que tal vez llevase esperando toda mi vida aun sin saberlo —el encuentro con la cosa más hermosa y más terrible que quizá llegara a experimentar

nunca—, me sobrepasó. Qué equipo tan poco adecuado había llevado y qué nombre tan poco adecuado había elegido: el Reptador. El tiempo prolongado no hacía sino alimentar las palabras que esa cosa había creado en el muro desde hacía quién sabe cuándo para quién sabe qué.

No sé cuánto tiempo me quedé allí observando al Reptador, paralizada. Podría haberlo observado para siempre sin percatarme nunca del terrible paso de los años.

Pero entonces ¿qué?

¿Qué viene tras la revelación y la parálisis?

O la muerte, o un deshielo lento pero seguro. Un retorno al universo físico. No es que me hubiera acostumbrado a la presencia del Reptador, pero sí alcancé un punto —un solo instante infinitesimal— en que volví a reconocer que el Reptador era un organismo. Un complejo, único, intrincado, pavoroso y peligroso organismo. Tal vez fuese inexplicable. Tal vez quedara más allá de la capacidad de mis sentidos para captar —o de mi ciencia o intelecto—, pero aun así creía estar en presencia de algún tipo de criatura viviente, la cual practicaba el mimetismo utilizando mis pensamientos. Pues incluso entonces me pareció que podía estar extrayendo de mi mente esas distintas impresiones de sí mismo y proyectándomelas de nuevo, a modo de camuflaje. Para desubicarme como bióloga y para frustrar la lógica que me quedara.

Con un esfuerzo que percibí en el quejido de mis extremidades y en la dislocación de mis huesos, logré darle la espalda al Reptador.

El simple acto, sencillo y desgarrador, fue un gran alivio, y me aferré a la pared opuesta, con toda su fría aspereza. Cerré los ojos —¿para qué la visión si aquello no hacía más que traicionarme?— y empecé a volver sobre mis pasos como un cangrejo, notando aún la luz sobre mi espalda. Sintiendo la música que provenía de las palabras. La pistola, de la que me había olvidado por completo, se me clavaba en la cadera. La sola idea de una pistola resultaba tan patética e inútil como la palabra «muestra». Ambas implicaban pretender algo. ¿Y qué había que pretender allí?

Solo había dado un par de pasos cuando sentí un calor y un peso crecientes, y una especie de humedad de lengüetada, como si la luz densa se transformara en el mar mismo. Me había creído con posibilidades de escapar, pero no era así. Con solo un paso más, empecé a asfixiarme y me di cuenta de que la luz se había convertido de hecho en el mar. De algún modo, y aunque no me encontrara debajo del agua, me estaba ahogando.

El frenesí que me invadió por dentro era aquel pánico espantoso e informe del crío que se cae a una fuente y por primera vez sabe, con los pulmones llenándosele de agua, que podría morir. Aquello no tenía final, no había modo de salvarlo. Me encontraba inundada por un océano caldoso, de color verde azul salpicado de chispas. Y seguí ahogándome y luchando por no ahogarme hasta que una parte de mí

comprendió que continuaría ahogándome para siempre. Me imaginé tropezando con las rocas y cayéndome, zarandeada por las olas. Arrastrada a miles de kilómetros de distancia, irreconocible bajo alguna otra forma pero aún con el recuerdo horrible de aquel instante.

Entonces tuve la impresión de que, a mi espalda, cientos de ojos empezaban a volverse en mi dirección, observándome. Yo era un bicho en una piscina, contemplado por una niña descomunal. Era un ratón en una parcela vacía, rastreado por un zorro. Era la presa que la estrella de mar había alcanzado y derribado dentro de la poza.

En algún compartimento estanco, el esplendor me dijo que debía aceptar el hecho de no sobrevivir a aquel momento. Yo quería vivir, de verdad quería. Pero ya no podía. Ni siquiera podía seguir respirando. De modo que abrí la boca y acogí el agua, acogí el torrente. Salvo que en realidad no era agua. Y los ojos sobre mí no eran ojos, y el Reptador me tenía bien sujeta, yo lo había dejado, me di cuenta, de modo que su mirada completa se posaba en mí y yo no podía moverme, no podía pensar, estaba indefensa y sola.

Una furiosa catarata rompió contra mi mente, pero el agua se componía de dedos, cientos de ellos, que me palpaban y me apretaban la piel del cuello, y luego subían clavándoseme en el hueso de la nuca y metiéndoseme en el cerebro… hasta que la presión aflojó, sin que cesara la sensación de fuerza sin límites; durante un lapso, todavía ahogándome, me envolvió una calma gélida y, a través de esa calma, manó una especie de luz monumental verde azulada. Olí a quemado dentro de mi cabeza y vi un destello de rojos y amarillos, y llegado ese momento grité; mi cráneo se deshizo en polvo y se recompuso, mota a mota.

«Habrá un fuego que conoce tu nombre y, en presencia del fruto que asfixia, su llama oscura tomará posesión de cada parte de ti».

Fue la peor agonía que he sufrido nunca, como si me clavaran una y otra vez una barra metálica y el dolor se repartiera como una segunda piel por la periferia de mi silueta. Todo se tiñó de rojo. Perdí el conocimiento. Volví. Lo perdí, volví y lo perdí, sin dejar de jadear, con las rodillas combadas y arañando la pared en busca de apoyo. Abrí tanto la boca del chillido que algo se me reventó en la mandíbula. Creo que dejé de respirar un minuto, pero mi esplendor interno no experimentó dicha interrupción, sino que continuó oxigenándome la sangre.

Entonces, la terrible invasión se retiró, se desprendió y, con ella, la sensación de ahogo y la mar gruesa que me había rodeado. A continuación, algo me empujó; el Reptador me arrojó unos peldaños más abajo. Allí, magullada y abatida, sin nada en que apoyarme, me desplomé como un saco, vencida ante algo que nunca tuvo que haber sido, algo que nunca tuvo que invadirme. Cogí aire con grandes y trémulos resuellos.

Pero no podía quedarme allí, aún dentro del alcance de su mirada. Ya no tenía elección. Con la garganta en carne viva y destripada por dentro, me arrojé a la oscuridad más abajo del Reptador, con las manos y las rodillas por delante, braceando por escapar, poseída por el impulso ciego y despavorido de alejarme de su vista.

Solo cuando la luz a mi espalda se difuminó, solo cuando me sentí segura, me dejé caer de nuevo al suelo. Me quedé allí tirada largo rato. Al parecer, me había vuelto reconocible para el Reptador. Al parecer, yo era palabras que él entendía, a diferencia de la antropóloga. Me pregunté si aquello era el principio del final. Pero, sobre todo, sentí el alivio extremo de haber superado el reto, aunque por los pelos. Dentro de mí, mi esplendor se contraía, traumatizado.

Es posible que mi única habilidad real, mi único talento, consista en aguantar más allá de lo aguantable. No sé cuándo logré ponerme otra vez en pie y seguir adelante, con las piernas temblando. No sé cuánto me llevó, pero al fin me levanté.

Pronto la escalera en espiral se volvió recta y, con ello, la sofocante humedad disminuyó bruscamente, y las criaturas minúsculas que vivían en la pared ya no se veían, y los sonidos procedentes del Reptador, más arriba, adoptaron una textura mitigada. Con todo, aún podía ver las sombras de antiguas escrituras en el muro, pese a que mi luminiscencia enmudeció. No me fiaba de aquella tracería de palabras, como si en cierto modo pudieran dañarme de forma tan certera como el Reptador; sin embargo, seguirlas me proporcionaba cierto consuelo. En ese punto, las variaciones eran más inteligibles y yo les encontraba más sentido. «Y vino a por mí. Y expulsó todo lo demás». Rastreado una y otra vez. ¿Acaso las palabras eran más descarnadas allí abajo, o yo poseía un mayor conocimiento?

No me pasó por alto el hecho de que esos nuevos peldaños eran casi exactos, en profundidad y anchura, a los del faro. Sobre mí, la superficie ininterrumpida del techo había cambiado: lo atravesaba una profusión de surcos hondos y curvos.

Paré a beber agua. Paré a coger aliento. El impacto posterior al encuentro con el Reptador seguía abrumándome a rachas. Continué, pero no sin una especie de adormecida conciencia de que aún podía haber otras revelaciones que asumir, de que debía estar preparada. Sin saber por qué.

Minutos después, un pequeño bloque rectangular de luz borrosa y blanca empezó a tomar forma. Bastante más abajo. A medida que yo descendía, se fue haciendo más grande, con una reticencia que solo podría calificar de vacilación. Al cabo de otra media hora, pensé que sería una especie de puerta, pero la vaguedad permanecía, casi como si la luz se ocultara a sí misma.

Cuanto más me acercaba y teniéndola aún lejos, más segura estaba de que esa puerta guardaba un inquietante parecido con la que había visto, al echar la vista atrás, después de cruzar la frontera para dirigirnos al campamento base. Fue esa misma vaguedad la que desencadenó tal asociación, pues era un tipo de vaguedad muy

concreto.

En la media hora siguiente empecé a sentir un instintivo impulso de dar media vuelta, el cual ignoré diciéndome que aún no podía afrontar el trayecto de vuelta y al Reptador otra vez. Pero los surcos del techo resultaban dolorosos a la vista, como si recorrieran el exterior de mi propio cráneo, como si se rehicieran allí continuamente. Se habían convertido en las líneas de alguna fuerza repulsiva. Una hora más tarde, con aquel rectángulo blanco y tembloroso creciendo pero no concretándose, me colmó tal sensación de «maldad» que sufrí náuseas. La idea de una trampa se impuso en mi mente. De que esa luz flotante en la oscuridad no era en absoluto una puerta, sino las fauces de una bestia, y si yo penetraba hacia el otro lado, me devoraría.

Finalmente, me detuve. Las palabras continuaban, implacables, hacia abajo, y calculé que la puerta estaba a unos quinientos o seiscientos peldaños más abajo. De pronto ardía ante mi vista; percibí una aspereza en la piel. Como si, al mirarla, me bronceara como un sol. Quise continuar, pero no podía. No lograba poner las piernas en marcha, ni obligar a mi mente a superar el desasosiego y el miedo. Incluso la ausencia pasajera del esplendor, como escondido, aconsejaba no seguir adelante.

Permanecí allí, sentada en los peldaños, contemplando la puerta durante algún tiempo. Me preocupaba que esa sensación fuese el residuo de un mandato hipnótico; que, desde más allá de la muerte, la psicóloga hubiera hallado el modo de manipularme. Tal vez había alguna orden o directriz codificada que mi infección no había podido burlar o invalidar. ¿Me encontraba en la fase final de alguna forma prolongada de aniquilación?

Qué más daba el motivo, sin embargo. Sabía que nunca alcanzaría la puerta. Me pondría tan enferma que sería incapaz de moverme, nunca regresaría a la superficie; con los ojos rajados y cegados por los surcos del techo, me quedaría apresada en los peldaños, igual que la antropóloga, y casi tan fracasada como ella y la psicóloga a la hora de reconocer lo imposible. De modo que di media vuelta y, con un dolor inmenso, sintiéndome como si dejara allí una parte de mí, me puse a subir peldaños otra vez como podía, con la imagen de una puerta nebulosa de luz tan grande como la inmensidad del Reptador.

Recuerdo la sensación, en ese instante de dar media vuelta, de que algo me observaba desde esa puerta de abajo; pero, cuando me volví a echar un vistazo, tan solo me recibió aquel fulgor blanco y nebuloso que ya conocía.

Me gustaría poder decir que no recuerdo bien el resto del trayecto, como si yo, en efecto, fuese la llama que la psicóloga había visto y mirase a través de mi propio ardor. Quisiera que lo que vino a continuación fuesen la luz del sol y la superficie. Pero, aunque me había ganado el derecho a que todo terminase, nada había terminado.

Recuerdo cada peldaño de subida, doloroso y aterrador; recuerdo cada instante.

Recuerdo parar antes de doblar la curva donde volvía a encontrarse el Reptador, aún inmerso e inabarcable en su tarea. Sin saber si tendría que soportar de nuevo que me excavara la mente. Sin saber si esta vez me enloquecería la sensación de ahogarme, por más que la razón me dijera que era una ilusión. Pero sabiendo también que, cuanto más me debilitara, más me traicionaría la mente. Pronto sería muy fácil replegarse entre las sombras, convertirse en una cáscara afincada en los peldaños más bajos. Quizá no volviera a tener más fuerza o capacidad de resolución que en aquel momento.

Dejé correr lo de Bahía Rocosa y la estrella de mar de la poza y me dediqué a pensar en el diario de mi marido. Pensé en mi marido, a bordo de un barco, en algún punto hacia el norte. Pensé que todo se encontraba ahí arriba y ya nada había ahí abajo.

De modo que volví a abrazar la pared. De modo que cerré otra vez los ojos. De modo que volví a soportar la luz y me estremecí y gemí, disponiéndome para el torrente de agua en la boca y para que se me partiera la cabeza… pero no ocurrió nada de eso. Nada de nada, y no sé por qué, a no ser que, después de analizarme y de soltarme ya una vez, basándose en criterios desconocidos, el Reptador no tuviera más interés en mí.

Ya casi estaba fuera del alcance de su vista, doblando la curva más arriba, cuando una terca parte de mí insistió en arriesgarse y volver la vista atrás. Una sola, última, imprudente y desafiante mirada a algo que tal vez nunca pudiera llegar a entender. Y observándose entre la plétora de identidades que generaba el Reptador, vi, apenas distinguible, el rostro de un hombre a la sombra de una capucha y orbitado por cosas indescriptibles de las que solo se me ocurrió que eran sus carceleros.

La expresión del hombre reflejaba una emoción extrema, tan compleja y descarnada que me paralizó. Vi en esos rasgos un dolor y una pena interminables, sí; pero también traslucían una especie de sombría satisfacción y de éxtasis. Era una expresión que yo no había visto nunca, pero reconocí el rostro. Lo había visto en una foto. «Una afilada mirada de águila en aquel rostro contundente. Una densa barba dejaba asomar tan solo la barbilla firme».

Era el farero, atrapado en el interior del Reptador. El último farero que hubo, mirándome, al parecer, no solo a través de un vasto abismo infranqueable, sino a través de los años. Pues, aunque más delgado —los ojos, más hundidos en sus órbitas, y la mandíbula, más pronunciada—, el farero no había envejecido ni un día desde que le hicieron esa foto hacía más de treinta años. Un hombre que existía en un sitio que nadie entre nosotros podría comprender.

¿Sabía en qué se había convertido o había enloquecido tiempo atrás? ¿Podía verme de verdad?

Ignoro cuánto llevaba observándome antes de que yo me volviese y lo viera. O si

existió siquiera antes de que lo viera yo. Pero para mí era real, aunque le sostuve la mirada poco tiempo, demasiado poco, y no puedo decir que pasara nada entre nosotros. ¿Cuánto tiempo habría sido el suficiente? No había nada que yo pudiera hacer por él, y ya no me quedaba espacio para nada aparte de mi supervivencia.

Puede que haya cosas mucho peores que ahogarse. No supe adivinar qué había perdido él o qué pudo haber ganado en los últimos treinta años, pero no envidié su viaje en lo más mínimo.

Yo nunca soñé antes del Área X o, al menos, nunca recordaba los sueños. A mi esposo le extrañaba y en cierta ocasión dijo que tal vez significara que vivía en un sueño continuo del que nunca había despertado. Puede que lo dijera en broma o puede que no. Al fin y al cabo, a él lo persiguió una pesadilla muchos años, y le influyó hasta que todo se vino abajo y se reveló pura fachada. «Una casa y un sótano, y horribles crímenes ocurridos allí».

Pero yo volvía de un día agotador en el trabajo y me lo tomé en serio. En especial porque era la última semana antes de su marcha con la expedición.

—Todos vivimos en una especie de sueño continuo —le dije—. Cuando despertamos, es porque algo, algún hecho o hasta algún pequeño incordio, ha alterado los límites de lo que tomábamos por realidad.

—¿Me estás diciendo que yo soy un incordio que altera los límites de tu realidad, pájaro fantasma? —me preguntó, y esta vez capté la desesperación en su voz.

—Vaya, ¿es la hora de martirizar al pájaro fantasma? —repliqué alzando una ceja.

No era que me lo tomara a la ligera. Tenía el estómago encogido, pero creí importante parecer normal. Cuando, más adelante, él volvió y vi qué podía ser la normalidad, deseé haber sido anormal, haber gritado, haberme mostrado de todo menos banal.

—A lo mejor soy una invención de tu realidad —continuó—. A lo mejor solo existo para cumplir tus órdenes.

—Pues lo haces espectacularmente mal —señalé mientras me dirigía a la cocina a por un vaso de agua. Él ya iba por la segunda copa de vino.

—O espectacularmente bien porque tú quieres que lo haga mal —dijo, aunque estaba sonriendo.

Entonces se me acercó por detrás y me abrazó. Tenía los antebrazos gruesos y el torso ancho. Sus manos eran redomadamente masculinas, como algo digno de vivir en una caverna: ridículamente fuertes, muy ventajosas cuando salía a navegar. El olor a la goma antiséptica de las tiritas lo impregnaba como una colonia especialmente empalagosa. Todo él era una gran tirita aplicada directamente sobre la herida.

—Pájaro fantasma, ¿dónde estarías si no estuviéramos juntos? —quiso saber.

Yo no tenía respuesta para eso. «No aquí. Tampoco allí. En ninguna parte, tal vez». Y luego:

—¿Pájaro fantasma?

—Sí —dije resignada a mi apodo.

—Pájaro fantasma, ahora estoy asustado. Estoy asustado y tengo una pregunta egoísta. Una pregunta que no tengo derecho a hacerte.

—Pregúntamelo igual.

Aún estaba enfadada, pero aquellos últimos días me había reconciliado con la idea de mi pérdida, la había compartimentado para no negar mi cariño por él. Además, había una parte de mí a la que enfurecía mi pérdida sistemática de asignaciones de campo y que tenía envidia de su nueva oportunidad. Que se regodeaba con la parcela porque era solo mía.

—¿Me vendrás a buscar si no vuelvo? Si puedes…

—Volverás —le aseguré. A base de estar aquí, como un golem, todas las cosas que sabía de ti se han ido evaporando.

Cuánto desearía, más allá de toda lógica, haberte respondido, aun para decirte que no. Y cuánto desearía ahora —pese a que fue siempre imposible— haber ido, al final, al Área X por él.

Una piscina. Una bahía rocosa. Una parcela vacía. Un faro. Una torre. Estas cosas son reales y no lo son. Existen y no existen. Las reelaboro en la mente con cada nuevo pensamiento, con cada detalle recordado, y en cada ocasión son ligeramente diferentes. A veces son camuflajes o disfraces. A veces son algo más verídico.

Cuando, por último, llegué a la superficie, me tumbé de espaldas en lo alto de la Torre, demasiado exhausta como para moverme y sonriendo por el simple e inesperado placer del calor, en los párpados, del sol de la mañana. Aun entonces volvía a imaginarme continuamente el mundo, con el farero colonizando mis pensamientos. No paraba de sacar la foto del bolsillo y mirar su rostro, como si contuviera alguna respuesta que yo no lograra captar. Quería —necesitaba— saber que, en efecto, lo había visto, que no era una aparición conjurada por el Reptador, y me aferraba a cualquier cosa que me ayudara a creérmelo. Lo que más me convenció no fue la foto; fue la muestra que la antropóloga había cogido de la parte externa del Reptador, la muestra que había resultado ser tejido cerebral humano.

Con eso como punto de partida, empecé a concebir un relato para el farero, lo mejor que pude, mientras me ponía en pie y volvía otra vez al campamento base. Resultaba difícil, porque no sabía nada de su vida, no contaba con ningún indicador que me permitiera imaginármelo. Tan solo la fotografía, y aquella visión terrible de él dentro de la Torre. Lo único que se me ocurría era que una vez fue un hombre con una vida normal, tal vez, pero que ninguno de los rituales familiares que definen la normalidad había permanecido… o lo había ayudado. Se había visto atrapado en una tormenta que aún no había amainado. Puede que hasta la viera venir desde lo alto del faro, el Acontecimiento acercándose como una especie de ola.

¿Y qué se había manifestado? ¿Qué creo que se manifestó? Pensemos en ello como una espina, tal vez; una larga y gruesa espina, tan enorme que se clava bien hondo en el costado del mundo. Inyectándose al mundo. Y de dicha espina gigante emana una necesidad incesante, quizá automática, de asimilar e imitar. Asimilador y asimilado interactúan a través del catalizador de una escritura, unas palabras que alimentan el motor de la transformación. Tal vez sea una criatura que vive en perfecta simbiosis con multitud de otras criaturas. Tal vez sea «tan solo» una máquina. Pero en todo caso, si posee inteligencia, es muy distinta a la nuestra. Crea, a partir de nuestro ecosistema, un nuevo mundo, cuyos procesos y objetivos son en extremo ajenos; un mundo que funciona mediante actos supremos de reflejo y manteniéndose oculto de muchas otras maneras, todo ello sin renunciar a los fundamentos de su «otredad» al convertirse en aquello que encuentra.

No sé cómo llegó aquí la espina ni desde qué distancia pero, por suerte o destino o planificación, se topó con el farero en un momento dado y no lo dejó marchar. De cuánto tiempo dispuso mientras lo rehacían y lo replanteaban, es un misterio. Nadie lo observó, nadie aportó testimonio hasta que, treinta años después, una bióloga lo vislumbra y especula sobre en qué se ha convertido. Catalizador. Chispa. Motor. ¿El grano de arena que formó la perla? ¿O tan solo un pasajero involuntario?

Y, una vez determinado su sino, imaginémonos las expediciones —doce, cincuenta o un centenar, qué más da— que van llegando para entrar en contacto con esa entidad o entidades, que se van convirtiendo en forraje y se van rehaciendo. Expediciones que llegan aquí por un punto de entrada escondido de una frontera misteriosa, un punto de entrada que (quizá) tiene su reflejo en las profundidades más hondas de la Torre. Imaginémonos esas expediciones y reconozcamos entonces que todas existen todavía en el Área X bajo alguna forma, incluidas las que regresaron, y en especial ellas: coexistiendo, solapadas unas con otras, comunicándose de cualquier modo que aún les quede. Imaginémonos que esa comunicación infunde a veces al paisaje una sensación de extrañeza, debido al narcisismo de nuestra perspectiva humana, pero que aquí no es más que una parte del mundo natural. Quizá nunca llegue a saber qué originó la creación de los dobles, aunque puede que no importe.

Imaginémonos también que la Torre, al tiempo que hace y rehace el mundo de fronteras para adentro, envía emisarios al otro lado de estas en cantidades cada vez mayores para que, en jardines descuidados y campos en barbecho, sus enviados inicien su labor. «¿Cómo viaja y hasta qué distancia? ¿Qué extraña materia combina y mezcla?» En algún momento futuro, la infiltración podría incluso alcanzar cierta capa remota de roca costera y germinar discretamente en esas pozas de marea que yo conozco tan bien. A menos, claro, que me equivoque al creer que el Área X despierta de un sopor, cambia y se transforma en algo diferente a lo que era antes.

Lo terrible, lo que no puedo ignorar después de todo lo que he visto, es que ya no

estoy convencida de que se trate de algo malo. No ante la naturaleza inmaculada del Área X en comparación con el otro mundo, que tanto hemos alterado. Antes de morir, la psicóloga dijo que yo había cambiado; creo que se refería a que me había cambiado de bando. No es cierto —ni siquiera sé si los bandos existen o qué significarían—, pero podría serlo. Ahora veo que se me podría persuadir. Una persona religiosa o supersticiosa, alguien que creyera en ángeles y demonios, lo vería de otro modo. Casi cualquier otra persona sé que lo vería de otro modo. Pero yo no soy ellos. Soy tan solo la bióloga; no preciso nada de eso para poseer un significado más profundo.

Reconozco que toda esta especulación es incompleta, inexacta, imprecisa e inútil. Si no dispongo de respuestas reales, es porque todavía no sabemos qué preguntar. Nuestros instrumentos son ineficaces; nuestra metodología, fragmentada; nuestras motivaciones, egoístas.

No queda mucho más que decir, pese a que no lo he contado muy bien. En todo caso, lo he intentado. Al salir de la Torre, volví brevemente al campamento base antes de venir aquí, a la cima del faro. He dedicado cuatro largos días a perfeccionar el relato que tenéis en vuestras manos, aun con sus imperfecciones; lo complementa un segundo diario, con el registro de todos mis hallazgos a partir de las muestras recogidas por mí u otros miembros de la expedición. Hasta he escrito una nota para mis padres.

He unido estos materiales al diario de mi marido y los dejaré aquí, en lo alto de la pila que descansa bajo la trampilla. He desplazado la mesa y la alfombra para dejar a la vista de cualquiera lo que antes se ocultaba. También he vuelto a colocar la fotografía del farero en su marco, en la pared del rellano. No he podido evitar añadir un segundo círculo alrededor de su cara.

Si los indicios de los diarios apuntan en la dirección correcta, cuando el Reptador finalice el último ciclo dentro de la Torre, el Área X entrará en una época convulsa de sangre y barricadas, una especie de muda catastrófica, si se prefiere pensarlo de este modo. Hasta puede que el detonante fuese la dispersión de unas esporas activadas, salidas de las palabras que escribió el Reptador. Las dos últimas noches he visto un cono creciente de energía que se alzaba desde la Torre y se extendía por la espesura circundante. Aunque todavía no ha salido nada del mar, del poblado en ruinas han emergido figuras que se han dirigido a la Torre. Del lado del campamento base, ningún signo de vida. En cuanto a la playa, de la psicóloga no queda ni una bota, como si se hubiera fundido en la arena. Cada noche, la criatura gemebunda me ha hecho saber que mantiene el dominio sobre su reino de juncos.

Observar todo esto ha sofocado las últimas cenizas de mi ardiente impulso por saberlo todo, o cualquier cosa; en su lugar persiste el conocimiento de que el esplendor no ha terminado conmigo. No está haciendo más que empezar y la idea de infligirme daño continuamente para seguir siendo humana me resulta patética. No

estaré aquí cuando la decimotercera expedición llegue al campamento base. (¿Acaso me han visto ya o están a punto de hacerlo? ¿Me confundiré con este paisaje y me asomaré desde los juncos altos o las aguas del canal, para ver a otro explorador que me contempla incrédulo? ¿Seré consciente de que algo va mal o está fuera de lugar?)

Pienso continuar adentrándome en el Área X, llegar lo más lejos que pueda antes de que sea demasiado tarde; seguiré a mi marido costa arriba, más allá de la isla, incluso. No creo que lo encuentre —no necesito encontrarlo—, pero quiero ver lo que él vio. Quiero sentirlo cerca, como si estuviera aquí. Y, para ser sincera, no me quito de encima la sensación de que todavía vive, en alguna parte, aunque muy transformado: en el ojo de un delfín, en el tacto de una erupción de musgo, donde sea y en todas partes. A lo mejor hasta me encuentro un barco abandonado en una playa desierta, con suerte, y algún signo de lo que ocurrió a continuación. Podría conformarme con eso, aun sabiendo lo que sé.

Esta parte la haré sola, dejándoos a vosotros. No me sigáis. Ya estoy mucho más allá y viajo deprisa.

¿Habrá habido siempre alguien como yo para enterrar los cuerpos, para tener remordimientos y para seguir adelante cuando ya han muerto todos?

Soy la última víctima, tanto de la undécima expedición como de la duodécima.

No voy a volver a casa.

Agradecimientos

Gracias a mi editor, Sean McDonald, por sus muchas atenciones y sus maravillosas aportaciones a la novela. Gracias también al estupendo y entregado equipo de FSG que ha trabajado en el libro: aprecio de veras vuestra labor. Gracias a mi agente, Sally Harding, y a toda la buena gente de la agencia Cooke. Todo mi amor para mi esposa Ann, la única persona con la que puedo compartir las obras mientras las escribo, por sus ideas sobre los personajes y las situaciones. Gracias a mis primeros lectores —la mayoría sabéis quiénes sois— y, en especial, a Gregory Bossert, a Tessa Kum y a Adam Mills por sus exhaustivos comentarios. Por último, gracias al Refugio Nacional de St. Marks, el personal que trabaja allí y la gente que lo ama.